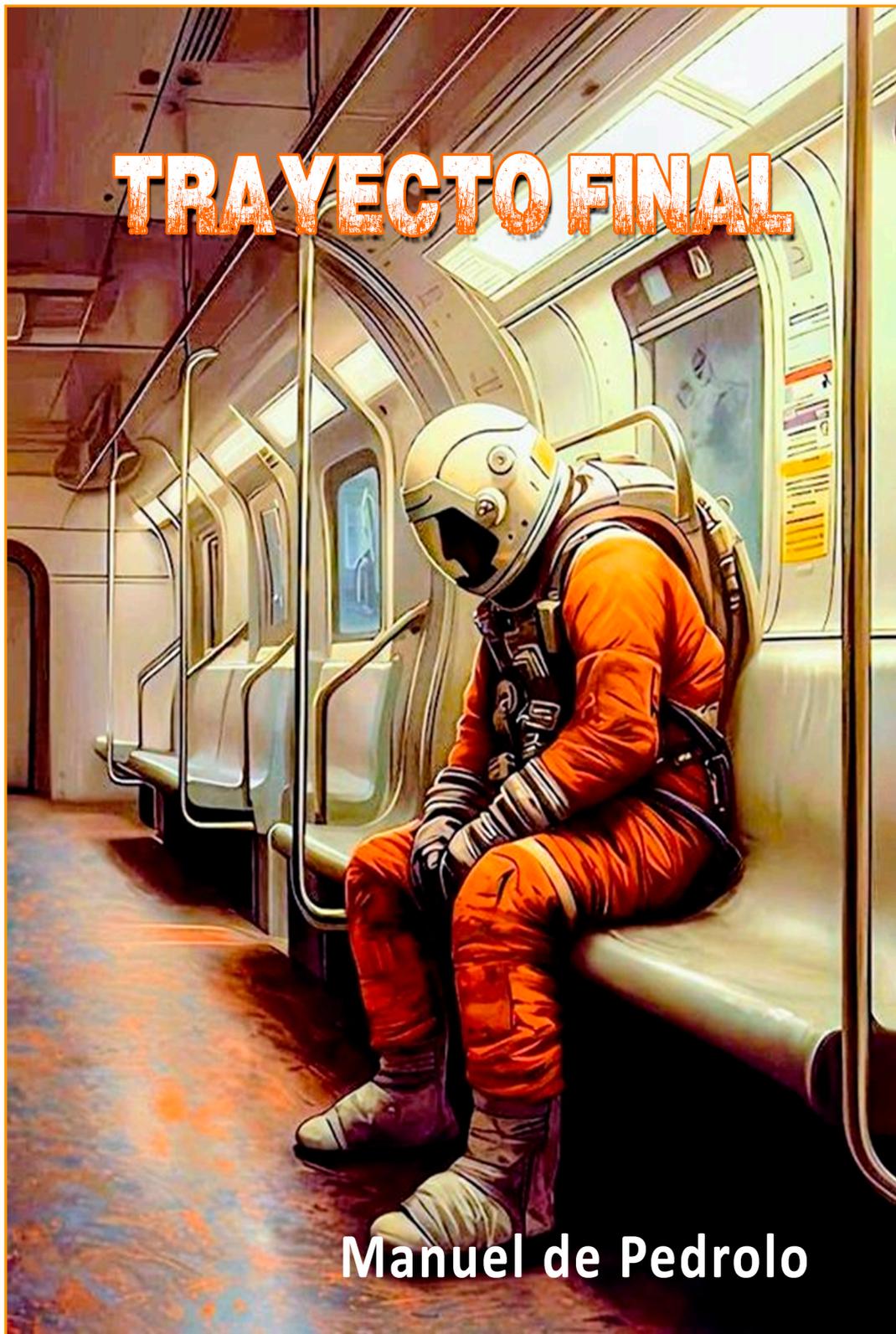


TRAYECTO FINAL

Manuel de Pedrolo



El aficionado a la ciencia ficción está de enhorabuena. El autor, en un derroche de fantasía y de inspiración, le ofrece múltiple ocasión de disfrutar con los siete relatos que constituyen este volumen.

Si por una parte es seguro que al lector le ha de saber a poco, por otra parte, presenta el aliciente de que no podrá resistir la tentación de volver a leer, más de una vez, cada una de estas narraciones, y cada vez descubrirá nuevos aspectos insospechados, nuevos detalles emocionantes, aventuras, en fin, de la más bella factura.

MANUEL
DE PEDROLO

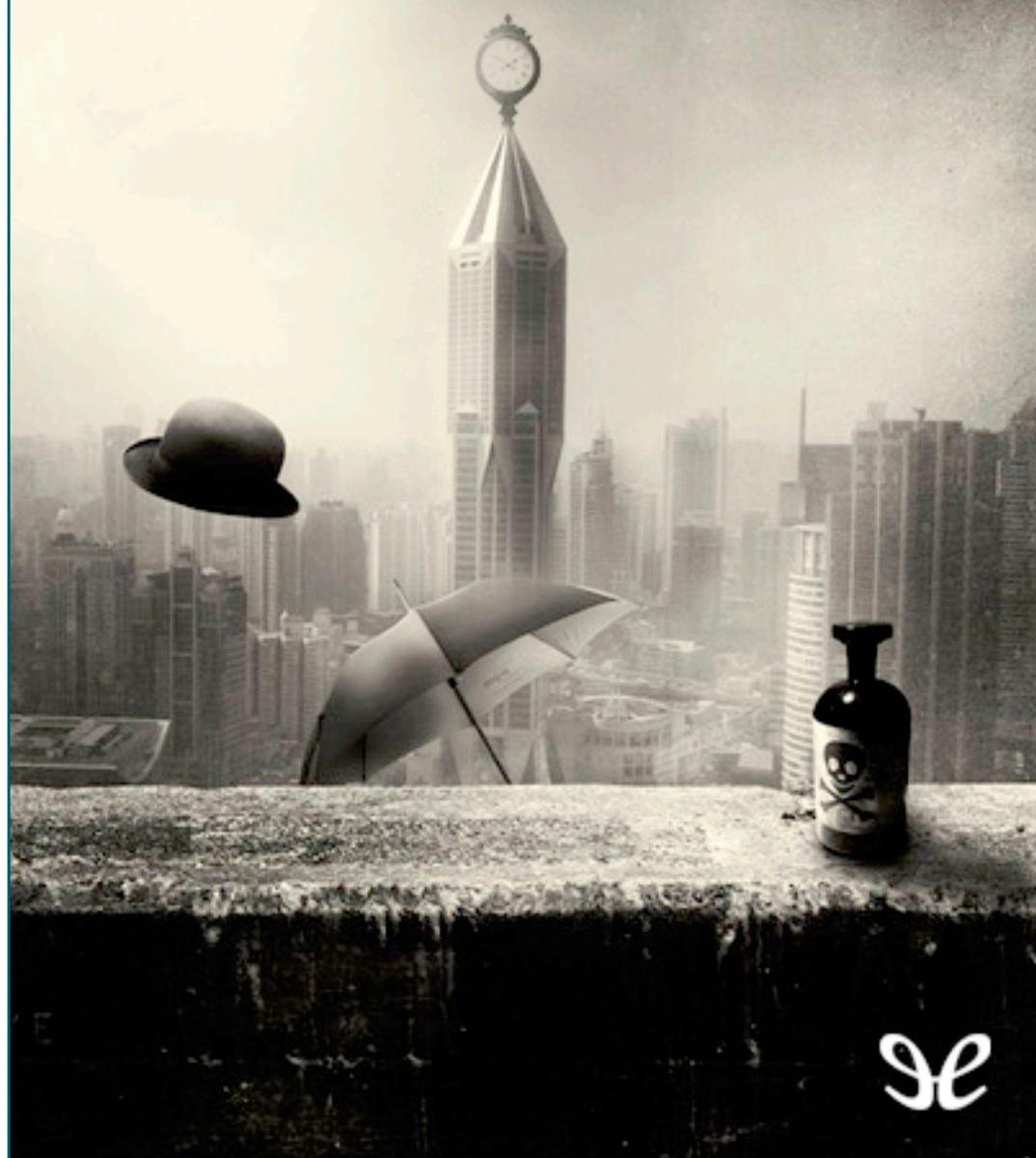
TRAJECTE FINAL



Manuel de Pedrolo

TRAYECTO FINAL

manuel de pedrolo
trajecte final



se

Título original: *Trajecte final*

Manuel de Pedrolo, 1984

Traducción: Esteban Riambau Saurí

Cubierta original: Jordi Fornas i Martínez

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

EL CENSO TOTAL

UN MUNDO DISTANTE Y VECINO

SERVICIO OFICIAL

CADÁVERES

URN, DE DJLNL

LA MUCHACHA QUE VENÍA DEL FUTURO

EL REGRESIVO

ACERCA DEL AUTOR

EL CENSO TOTAL

A míster Franky tuve la ocasión de verle en tres lugares diferentes, y en dos de ellos me pareció que su presencia no tenía motivo alguno. El despacho de Park Drive ya existía cuando yo alquilé el contiguo hace siete años, poco antes del accidente que costó la vida a Moure, la mujer con la que iba a casarme. Siempre me causó extrañeza aquel rótulo en letras negras y discretas sobre la puerta de vidrio mate, que decía: PROSPECCIONES EN ARENA. También era curioso el hecho de que, hasta el límite que me permitió mi observación, entraran y salieran siempre de allí las mismas personas, un grupo de empleados jóvenes, chicos y chicas de aspecto enfermizo, tan pálidos que parecían haber reñido con el sol; en cuanto a clientes, nunca tropecé con ninguno. Por otra parte, era una oficina perfectamente silenciosa, en la que nunca se oía el menor tecleo, a pesar de que, según me constaba, tenían máquinas de escribir, calculadoras, e incluso un ordenador. Lo supe el día en que se les estropeó y el operario que había de repararlo se equivocó de puerta.

A míster Franky, un hombre de complexión gelatinosa y cutis lechoso, casi transparente, lo conocí en el ascensor y un día, cuando llevábamos algún tiempo coincidiendo en él con cierta frecuencia y nos habíamos presentado mutuamente, me atreví a preguntarle:

–¿Qué es eso de las prospecciones en arena?

–Investigamos las posibilidades auríferas de determinadas arenas por cuenta de los clientes que nos lo piden –me contestó con aparente franqueza.

–¡Ah! Y esto, ¿es rentable?

–Para la agencia, sí –reconoció con la misma simplicidad–. Trabajamos a cambio de unos honorarios y, si los resultados son positivos, se cobra una comisión.

–¿Y todavía queda gente que se interesa por esta clase de prospecciones?

–Más de la que pueda imaginar –respondió sonriendo.

Tal vez sí, pero yo seguía considerando aquello extraño. Tampoco era muy normal que, en la guía telefónica, no figurase ningún número a nombre de la empresa.

Fue más adelante cuando, a una distancia de tres semanas de una a otra oportunidad, vi a míster Franky en Daliana y en Ofense, lugares a los que me había llevado mi trabajo de

representante. En Daliana, acababa de detenerme cerca de un semáforo en rojo cuando él salió de una casa baja, planta y piso, de ladrillo, cuya placa metálica informaba de que allí tenía sus oficinas la Sociedad de Estudios Orales. En Ofense, en cambio, le sorprendí en el momento de entrar en el edificio que albergaba las Aguas Marítimas, S.A., al otro lado de la calle del restaurante en que yo comía.

Me pareció que entre los estudios orales, fueran lo que fuesen éstos, y las prospecciones en arena no podía haber nada en común. La relación era más evidente con un nombre como aguas marítimas, pero en este caso había otra pega: en Ofense no había mar y la costa más cercana se encontraba a sus buenos mil doscientos kilómetros de la localidad.

Era tanta mi curiosidad que prolongué mi estancia en el restaurante hasta que el hombre salió de la casa, y entonces, cuando hubo desaparecido en su coche, un artefacto desvencijado que nunca le había visto en Drive, atravesé la calzada en dirección a la oficina.

Había en ella un vestíbulo, con una muchacha de cara desdeñosa y amarillenta, sentada detrás de una mesita sobre la cual se veían solamente un teléfono y un jarro con cuatro flores moradas y medio marchitas. Las visitas no debían de ser muy corrientes, porque abrió unos ojos muy sorprendidos antes de brindarme una sonrisa forzada de sus labios exangües.

–¿El señor Franky? –pregunté.

Se mostró todavía más desconcertada e incluso se ruborizó ligeramente, como si le hubiera hecho una pregunta demasiado íntima.

–¿El señor Franky?

–Sí –insistí–. Teníamos que encontrarnos en el bar Xalca, pero de eso hace ya más de una hora. He supuesto que tal vez le hubiera entretenido algo...

–No, se ha marchado ya –reconoció entonces–. Hace poco.

–Está bien..., ¿y no ha de volver?

–Sólo viene los días de inspección.

–Comprendo... Gracias.

Mi curiosidad iba en aumento y, al cabo de diez días, al regresar a Daliana, repetí la maniobra en la Sociedad de Estudios Orales. Había allí un mostrador y un empleado de facciones anémicas y ojos descoloridos que salió de algún lugar del interior, al oír el timbre de la puerta.

–¿El señor Franky?

El jovenzuelo acentuó su expresión de pescado ya pasado y denegó con la cabeza.

–No, aquí no. Creo que usted se equivoca.

–El inspector –me aventuré.

–¡Ah, sí! En un primer momento... –se excusó a medias–. Pero no ha de volver hasta el miércoles.

Me hice el loco:

–¿El miércoles? ¿Acaso no es hoy?

–¡No, no! Hoy es lunes.

Y los dos consultamos un calendario de pie, arrinconado en un extremo del pequeño mostrador.

–Bueno –comenté riendo–, parece ser que he adelantado un par de días, ¿no cree?

Me entendió, y también se echó a reír.

De vuelta a casa, volví a decirme que aquello no tenía pies ni cabeza. ¿Inspector? ¿Y de unas sociedades con unos objetivos en principio tan diferentes? Sólo una cosa las vinculaba, y era que, según los rótulos, las tres realizaban unas actividades muy poco normales. Claro que ello no era de mi incumbencia, pero excitaba mi curiosidad, ¡qué diantre!

No obstante, probablemente no hubiera tomado ninguna decisión si a los tres días no hubiera visto por casualidad, en

el momento en que salía de mi despacho, a cuatro hombres de aspecto robusto que introducían no sin esfuerzo, puesto que debían pesar lo suyo, dos enormes archivadores metálicos que casi no pasaban por la puerta, alta como era ésta. En el interior, una joven que me resultaba familiar, ya que alguna vez habíamos coincidido en el ascensor al ir a trabajar por la mañana, esperaba junto al dintel de otra puerta abierta, ante una habitación en la que se apilaban paquetes compactos de algo que debía de ser impresos o tarjetas. No pude evitar el preguntarme para qué diablos necesitaban todo aquello. Había una desproporción clarísima entre un negocio que forzosamente había de tener pocos clientes y la capacidad de aquellos archivadores o la cantidad de fichas acumuladas. Aquel material correspondía a una empresa de ámbito prácticamente mundial. Y Prospecciones en Arena no podía serlo.

No sé si fue en aquel mismo momento o más tarde cuando empezó a aguijonearme la tentación de investigar algo más a fondo. Sea como fuere, al anochecer ya había sucumbido a ella. Entraría en la oficina.

El local no disponía de ninguna protección especial. No había sistemas de alarma y la puerta sólo tenía dos cerraduras corrientes, como todas las del edificio, una construcción de quince plantas que reunía unos ciento cuarenta despachos de empresas comerciales, médicos, abogados, consultores matrimoniales, sectas religiosas minoritarias, etc. Sin embargo, entré por la ventana del

patio, lindante con la mía, y, puesto que no quería que nadie se enterase de mi intrusión, una vez dentro volví a clavar los ganchos que habían saltado al apalancarlos; con ello me aseguraba poder cerrarla nuevamente al salir.

En seguida comprendí por qué no se oía nunca el menor ruido: todas las habitaciones estaban insonorizadas. Había un despacho pequeño, que debía de ser el de míster Franky, la habitación del ordenador, una sala grande con unas quince mesitas, todas ellas con la correspondiente máquina de escribir, y cinco cuartos repletos de archivadores que llegaban hasta el techo. Era un local mucho más espacioso de lo que yo había imaginado, porque yo no sabía que ocupaba la zona trasera respecto al mío y otros cuatro; de hecho, era el equivalente de siete despachos.

Abrí un fichero, al azar. Extraje de él una cartulina en la que había un nombre seguido por dos fechas con una indicación de ciudad y, debajo, otros varios nombres precedidos por la abreviatura Cl. Todos ellos eran muy diferentes del nombre titular y, excepto el último, al que sólo acompañaba una cifra, los otros tenían también dos. A los cinco minutos había comprobado ya, que todas las tarjetas obedecían a la misma norma.

No podía comprenderlo. Si eran nombres de clientes, con las referencias que éstos debían haber dado, ¿por qué en ningún lugar figuraba una dirección, unas siglas o un nombre comercial, ninguna indicación profesional? Por otra parte,

los números que acompañaban a los nombres hacían pensar, por su disposición, en fechas de nacimiento, de defunción... Lo más sorprendente de todo, sin embargo, era la cantidad de fichas. Si todos aquellos archivadores estaban llenos, en ellos cabían cien veces todos los habitantes de Drive...

Al pasar este pensamiento por mi mente, busqué mi ficha. Estaba en el lugar que le correspondía, hacia el final de la efe. Leí, aterrado:

FUTH, John (Palissade, 1946–)

Cl. Cleland, James (Londres, 1902 – Venecia, 1945)

Cl. Rodera, Ramón (Sueca, 1837 – Barcelona, 1902)

Cl. Ribaux, Jacques (Marsella, 1781 – Marsella, 1836)

Cl. Moriot, Pierre (El Havre, 1707 – Lyon, 1779)

Hasta entonces no advertí que todas estas cifras se referían a fechas anteriores, o sea que iban retrocediendo en el tiempo. Y las que seguían, que eran muchas, se hundían todavía más en él. La primera inscripción, cronológicamente hablando, era del siglo VIII.

Busqué inmediatamente la ficha de Cleland, James. Era idéntica, con la única excepción de que en ella era éste el nombre escrito con mayúsculas. Los otros, que fui

localizando, se repetían. Todo, empezando por aquella sucesión de fechas, apuntaba a una idea: la de que todos nosotros –yo, Cleland, Roderer, Ribaux, etc.– éramos la misma persona; poco tiempo después de desaparecida una, a veces antes de que transcurriera un año, aparecía la otra. ¡Hacía, pues, doce siglos que yo vivía!

Tuve que sentarme en el suelo, porque la cabeza me daba vueltas. Si lo que sospechaba era cierto, siempre vivían las mismas personas. Cambiaban los nombres, los lugares de nacimiento, pero las personas se repetían de una u otra manera; de no ser así, aquel archivo no tenía sentido. Las mismas personas y, de año en año, algunas más, reflexioné. Por este motivo había una fecha inicial. Continuamente aparecían criaturas nuevas y, a partir de aquel momento, perduraban. Pero si había un momento inicial, también podía haber otro final...

Removí centenares de fichas, siempre al azar, antes de encontrar una cuya primera (o última) inscripción indicaba: 1917–1926. Por lo tanto, hacía unos cincuenta años que no regresaba... Después encontré otras por el estilo, pocas, tal vez un par de docenas. Bastaban para comprobar que el retorno no era inevitable.

Casi a las seis, cuando sólo faltaba media hora para que amaneciera y cuando debía yo llevar ya casi cinco en las oficinas de Prospecciones en Arena, vi la ficha que correspondía a Moure. Sobre su nombre, con las fechas

exactas del nacimiento y la muerte que yo sabía, había otra: Ordalia, Ruth (Nueva York, 1968). Tenía, pues, seis años.

Pasé la mañana aturdido; la tarde y buena parte de la noche las dediqué a beber, con gran disgusto de mi madre, que veía en ello una recaída en la depresión que me produjo la muerte de Moure, cuando estuve borracho ocho días, y la mañana siguiente, al despertarme con una lengua tan saburrosa que ni siquiera podía moverla, me dije que aquello no podía ser. Simplemente, era obra de locos. Incluso si admitía la posibilidad de una reencarnación, en la forma que fuese, ¿cómo se explicaba la existencia de un organismo encargado (¿por quién?) de llevar al día un fichero de todos esos cambios? ¿De dónde sacaban la información? No estaba al alcance de ninguna persona corriente...

Hice un alto. Acababa de pensar: persona corriente. Pero, ¿lo eran aquellos chicos y chicas que trabajaban en la agencia? Y el propio míster Franky... Siempre lo había tenido ante mis ojos pero hasta entonces no caí en ello: todos se parecían. Y se parecían también a la muchacha que había visto en Ofense y al joven que me recibió en Daliana. Todos eran pálidos, de apariencia fofa, con unos ojos aguados y una complexión anémica que los diferenciaba.

Me estremecí. ¿De dónde procedían? ¿Qué se proponían? ¿Quién les había encargado aquel trabajo? ¡Y un trabajo a escala mundial! Porque ahora todo se me aclaraba. La Sociedad de Estudios Orales y Aguas Marítimas, S.A., eran

sucursales. Y debía de haber otras, debía de haber una en cada ciudad importante, y otras que tal vez recopilaban los datos de comarcas enteras con sus pueblos, sus aldeas, sus casonas rurales... ¡Existía un archivo universal de todos los vivientes desde el origen del mundo, de la humanidad!

Volví a emborracharme, naturalmente, pero, al serenarme de nuevo, nada había cambiado. Había visto el archivo de Drive, mi ciudad, había encontrado mi nombre, el nombre de Moure... ¡Moure! Esto podía comprobarlo. Ahora se llamaba Ruth Ordalia y vivía en Nueva York.

Efectué el viaje en tren y a los dos días me apeé en la Estación Central. Era demasiado tarde para ir a la oficina del Registro, pero la mañana siguiente, a las diez, ya tenía el certificado de nacimiento, con la dirección. Era en Harlem, cosa que no me sorprendió. El nombre ya me había hecho prever que Ruth fuese negra.

El taxi me dejó delante de una casa que sólo se sostenía gracias a la presencia de las casas contiguas; entre todas conseguían lo que ninguna de ellas hubiera podido hacer por sí sola: seguir en pie. Y la gente que había en las escaleras, dos hombres y una mujer que parecían viejos sin serlo, eran inimaginables fuera de aquel callejón que, algo más arriba, desembocaba en una plazoleta en la que sólo quedaban las barras que habían sostenido trapecios, toboganes y otros juegos.

No pregunté nada, porque nadie me hubiera informado. Casi con toda seguridad, una niña de seis años, que ni siquiera debía ir a la escuela, estaría en el parque a esa hora. Pero no estaba. No llegó a él hasta casi el mediodía, cuando yo empezaba a decirme que no tendría más remedio que volver a la casa y hacer preguntas.

La reconocí en el acto. Aparentemente, era una cuarterona, ya que no tenía el color muy intenso y los rasgos eran caucásicos. De Moure conservaba la proporción casi clásica de las facciones y una expresión dulce que la recordaba a unos ojos atentos, como lo eran los míos en aquel instante. Se acercaba poco a poco, no sin esfuerzo, porque la pierna izquierda, más delgada que la otra, estaba aprisionada en una estructura metálica que le llegaba hasta el pie, calzado con un zapato ortopédico. Sí, era una niña lisiada.

Esperé hasta que pasó delante del banco, reducido a dos listones, en el que me había sentado, y entonces la llamé:

–¡Moure!

Se detuvo, experimentó una vacilación que, después de todo, podía atribuirse a motivos físicos, y se volvió. Me miró, como para asegurarse de que era yo quien había hablado, y al ver que le sonreía me preguntó:

–¿Quién eres?

–John. Soy John, Moure.

Sus ojos cambiaron de expresión, como si profundizaran en algo que estuviera a punto de comprender sin conseguirlo del todo, pero en seguida mostró su extrañeza:

–¿Por qué me llamas Moure?

–Ya sé que eres Ruth –le dije.

–Sí.

Confiadamente, correspondió a mi ademán de alargarle la mano y sus deditos morenos y delicados reposaron entre los míos.

–¿Te conozco? –dijo.

–Sí, Ruth.

Yo no me había propuesto nada, pero ahora me la llevé, siempre cogida de la mano, a su casa. Su padre estaba ausente y nadie confiaba en que volviera; había abandonado a la esposa y a los cinco hijos, de los que Moure era la tercera.

Todo fue relativamente sencillo, pero las formalidades eran las formalidades y, hasta que transcurrió una semana, cuando las autoridades tuvieron suficientes elementos de juicio para decidir que podían confiármela, puesto que en

casa había una mujer, mi madre, que cuidaría de ella, no pude regresar a Drive. Ella, consultada por cuestión formularia, había dicho de inmediato:

–Sí, quiero irme con John.

Y me miraba con sus ojos cálidos y trémulos, esperanzados, que seguían buscando una respuesta que nunca encontraría.

Exactamente como yo. Pues el día siguiente, al ir a la oficina, el rótulo de Prospecciones en Arena ya no estaba, y al preguntar a los porteros, el de noche y el de día, supe que míster Franky y su gente se habían marchado hacía ya tres días. No, no habían dejado ninguna dirección. Decidí que, a pesar de mis precauciones, algún que otro detalle les reveló el paso de un intruso por el local y, antes de exponerse a unas investigaciones que debían creer inevitables, habían preferido emigrar.

También se habían esfumado la Sociedad de Estudios Orales y Aguas Marítimas, S.A. Pude convencerme al respecto cuando fui a Daliana y a Ofense la semana siguiente. Pero no habían cesado en sus actividades, de eso estaba yo seguro. En un lugar u otro, bajo un nombre diferente, míster Franky y sus anémicos colaboradores seguían trabajando en el fichero universal. Por esta razón, vaya donde vaya yo actualmente, siempre miro las placas

comerciales de los edificios. Tal vez un día encuentre una que me resulte especialmente extraña...

UN MUNDO DISTANTE Y VECINO

Delante del edificio, Alida duda, sin saber si se ha equivocado o no. Es una casa de vecinos, desconchada y sucia, con la puerta de la calle colgando de un gozne y una entrada en la que ya no queda ni una losa entera. Un profundo pasillo se aleja, junto a la escalera, hacia una mancha de luz que en esa hora, media tarde, no aclara nada.

Abre el portamonedas y lee de nuevo el anuncio que unas horas antes ha recortado en el diario: JOVEN SOLA, HUÉRFANA, BUENA MECANÓGRAFA Y CON UN CONOCIMIENTO PERFECTO DEL FRANCÉS Y DEL INGLÉS. SUELDO INMEJORABLE. PRESENTARSE EN STRADELLA DI SPARVIERE, 6. Sí, la dirección es ésta, en los bajos.

Comprende que, a pesar de las promesas, no haya ninguna otra chica. Nadie que tenga el negocio en un lugar tan

miserable puede pagar un buen sueldo. Por consiguiente, todas las candidatas deben de haber dado media vuelta apenas echar una ojeada al edificio.

Y también lo haría ella si no poseyera un espíritu inquisitivo que, sin que se dé cuenta, la impulsa hacia adelante, por el pasillo, con ganas de saber qué debe entender por sueldo inmejorable la persona, hombre o mujer, que ha redactado el anuncio. Un anuncio que, por otra parte, ya la ha intrigado al leerlo. ¿Por qué la joven ha de ser huérfana?

La mancha luminosa corresponde a un patio interior, alargado y estrecho, también enlosado, donde sólo hay, casi en medio, una escalera de tijera, abierta. En el otro extremo, la pared del local bajo que lo continúa tiene una ventana enrejada con barrotes torcidos y cubiertos de óxido, y una puerta en la que, con chinchetas, han clavado una tarjeta: «Pietro Rambla».

La recibe él mismo. Es un joven alto, de unos treinta años y aspecto agradable, vestido con un jersey grueso, impropio de la estación, y que habla con un acento extraño, inidentificable, pero con una gran corrección gramatical. Hace que atraviese ella un local tan estrecho como el patio, con el suelo entarimado y amueblado con una mesa escritorio, una mesita con una máquina de escribir, una silla y un armario ventrudo, todo ello tan viejo y deteriorado, excepto la máquina, que es nueva, como el edificio.

Sin embargo, lo que más llama la atención es la gran cantidad de diarios y revistas que se apilan por doquier.

En el despacho interior, donde la hace pasar, hay otra mesa, un mueble auxiliar con múltiples cajones, dos sillas y más revistas y periódicos. Es una habitación sin aberturas de ninguna clase, pero hay en el techo una claraboya que, en pleno día, debe permitir trabajar con luz natural.

–¿Italiana? –pregunta el joven.

–Sí.

–¿Y conoce bien el inglés y el francés?

–Mi madre era inglesa y he vivido siete años en Francia. Escribo normalmente ambos idiomas.

Él asiente con una expresión de seriedad en sus ojos melancólicos, más benévolo que grave, que le dan un aspecto simpático.

–Aquí –explica– no tendría que escribir nada en ninguno de estos idiomas; tendría que traducir textos al italiano. ¿Puede hacerlo?

La muchacha se ríe.

–¡Si es lo que hago ahora! Traduzco para una editorial.

–¿Y por qué quiere usted dejarlo? Me parece interesante...

–Es inseguro. Y usted habla de un sueldo inmejorable.

Sin embargo, el joven todavía no se compromete y sigue preguntando:

–Debo entender que no tiene padres, ¿es así?

–No, los dos han muerto. Y yo era hija única. Tampoco estoy casada.

–De acuerdo... –Se inclina levemente hacia adelante y, casi avergonzado, dice–: ¿Le importaría que le hiciera una prueba?

–¿Ahora?

–Sí. Me traduciré un artículo.

Alida le mira sonriendo:

–Pero si todavía no hemos hablado de la remuneración...

–¡Ah, sí! Quinientas mil liras. Mensuales.

La muchacha se envara.

–¿Y sólo tengo que traducir?

–Sí.

–¿Está seguro?

Él sonrío por primera vez y se levanta.

–Venga. Le daré el artículo.

Eran ocho horas de trabajo, cinco días cada semana, en la soledad del despacho exterior. Pietro Rambla pasaba muchas horas fuera, al parecer persiguiendo diarios y revistas extranjeros, en francés y en inglés, por los quioscos de la ciudad. El resto del tiempo lo dedicaba a elegir y señalar con lápiz rojo los artículos que ella había de traducir. Exigía dos copias, pero Alida no sabía qué hacía con ellas, a quién o a qué las destinaba. Jamás le confiaba una carta y no recibían ninguna correspondencia. Tampoco les visitaba nadie y no parecía que el joven tuviera ninguna clase de relación, personal o de negocios.

Mostraba siempre una corrección absoluta, aunque ella notó que lo atraía; tenía un carácter agradable y, después de aquel primer día que la contrató, nunca había vuelto a hacerle preguntas de índole personal. Sin embargo, de vez en cuando exhibía alguna rareza, como en la ocasión en que ella, cansada de ver la escalera de tijera en medio del patio, la retiró hacia un lado.

–¿Ha sido usted quien ha movido la escalera?

–Sí. Estorbaba un poco, ¿no cree?

–No. Y le agradeceré que no vuelva a tocarla.

Naturalmente, le respetó el capricho.

También quería que lo mecanografiara todo en papel cebolla y en un solo interlineado, como si le doliera gastar holandesas. Pero no se trataba de esto, puesto que Alida tenía órdenes de repetir cualquier página en la que hubiera aunque sólo fuese un error: los textos habían de ser immaculados. Afortunadamente, ella era una mecanógrafa pulcra. De todos modos, puesto que el arte de traducir es de por sí traicionero, se acostumbró a hacer borradores. Y a él le pareció bien la idea.

Ya que nadie es tan exigente con el trabajo si se destina éste a un consumo interior y, por otra parte, era improbable que el joven coleccionara artículos por duplicado, aquellas traducciones tenían que estar destinadas a alguien. Se le ocurrió pensar que tal vez las vendía a diarios y revistas del país, pero no hubiera podido hacer tal cosa sin el permiso del autor o de los periódicos extranjeros que publicaban los escritos, y esto, a su vez, no podía hacerse sin que hubiera una correspondencia más o menos seguida, contratos, liquidaciones, etc. Y cuando, durante una temporada, ella se dedicó a comprar más publicaciones italianas de las que podía leer, comprobó que nunca había en ellas ninguno de aquellos textos que traducía.

¿De qué se trataba, pues? ¿De espionaje tal vez? Cierto que buena parte de los artículos versaban sobre temas científicos que podían tener interés para otras potencias,

pero no veía por qué motivo habían de traducirse al italiano; las revistas de las que los sacaba podían comprarse en las cinco partes del mundo y, por tanto, su contenido era de dominio público...

La situación era tan intrigante que un día, al cabo de tres meses, decidió arriesgarse y, aprovechando una de las salidas, siempre prolongadas, de Pietro Rambla, entró en el despacho que él nunca cerraba con llave y lo revolvió todo. Los cajones del mueble estaban abiertos y los del mueble auxiliar pudo abrirlos con la llave del armario del despacho exterior; no encajaba perfectamente, porque las cerraduras eran algo más anchas, pero el mecanismo era sencillo y funcionó. En uno de ellos había sobres y en otro, bien ordenadas, todas las traducciones que ella había hecho. Sin embargo, sólo había una copia. La otra debía de haberla enviado a alguien; la presencia de los sobres lo confirmaba.

Alida quedóse confusa, extrañada, con más ganas que nunca de averiguar para quién trabajaba.

Hasta pasados unos quince días no dio el segundo paso. Una tarde, al terminar su tarea, cruzó la calle y se metió en el portal de enfrente, que siempre estaba oscuro. Adosada a la pared y protegida, además, por la puerta de madera maciza que no podía abrirse del todo porque la parte inferior debía de haberse dilatado y se clavaba en el suelo, esperó la aparición de Pietro Rambla, que siempre se quedaba al marcharse ella.

Fue una larga espera, de casi tres cuartos de hora. Y cuando por fin le vio salir, el joven no llevaba nada en las manos. Pensó que tal vez lo llevara en el bolsillo, pero tampoco; antes de entrar allí donde debía vivir, una casa moderna de apartamentos para solteros, pasó por delante de dos buzones sin echar ninguna carta en ellos. Tampoco encontró a nadie ni se detuvo en lugar alguno.

Era posible, claro, que no enviase las traducciones cada día, pero no dejó de ser intrigante que el día siguiente, al proceder a otro registro en ausencia de él, Alida viera que faltaba una de las dos copias de los artículos que le había entregado la víspera. Como fuese, Rambla las había sacado del despacho.

Dedujo que si las pasaba a alguien, debían verse en casa de él. Para verificar de una vez los hechos, lo siguió otros tres días y el cuarto lo precedió en la casa. Entró en ella dispuesta a dar una excusa convincente al portero, si la interrogaba, pero en el vestíbulo no había nadie y los buzones la informaron de que Pietro Rambla vivía en el tercero B.

El joven llegó solo, abrió la puerta con la llave, la cerró discretamente tras él y, durante las dos horas siguientes, nadie acudió al piso. Eran ya las diez, la hora de cerrar la puerta de la calle. Sin embargo, Alida se obstinó y, a las once y media, todavía seguía en su puesto de guardia, ahora a oscuras. No lo abandonó hasta medianoche, cuando le pareció que era improbable que hubiera alguna visita. Abajo,

en la entrada, esperó a que alguien abriese desde la calle y salió como si fuera una vecina más.

La mañana siguiente faltaba igualmente una copia de los artículos traducidos el día antes.

Decidió cambiar de táctica. Tal vez había alguien que iba a buscarlos cuando ella estaba fuera. Mientras vigilaba, tres o cuatro veces había entrado gente en la escalera, pero ella había pensado que eran vecinos. Y tal vez no lo eran. Por tanto, dos días consecutivos se apostó en el rellano del primer piso, desde el cual se dominaban bien los bajos. Pero nadie entró en el local y los artículos seguían desapareciendo.

La tercera noche, ya sin saber qué hacer, se quedó en el pasillo, cerca de la puerta que daba al patio. Al cabo de veinte o veinticinco minutos oyó la puerta interior y, creyendo que él salía, corrió hacia afuera. Sin embargo, el joven no salió hasta pasados unos veinte minutos más. Poco más o menos, esto coincidía con los tres cuartos de hora que siempre solía tardar.

El día siguiente, pues, no se dejó intimidar por el ruido de la puerta y siguió esperando cuando él abandonó el despacho. Seguidamente, oyó un ruido que, cuando pudo identificarlo, la desconcertó: ¡Pietro Rambla subía por la escalera de tijera!

Apretó levemente la puerta y, por la rendija, pudo verlo ya en lo más alto. Había demasiada oscuridad para que distinguiera bien lo que hacía, pero le pareció que aquella especie de mancha más blanca, rectangular, que tenía en lo alto del brazo levantado, era un papel, o un sobre... Pero tal vez los ojos la engañaban, pues de repente constató que la mancha ya no estaba, a pesar de que él siguiera con el brazo en la misma posición. Se frotó los ojos y, al mirar nuevamente, Rambla ya había rectificado el ademán. No obstante, no se veía ninguna mancha blanca. Era inexplicable.

La mañana siguiente, al encontrarse sola, Alida salió al patinillo y estudió la escalera. Tras asegurarse de que nadie podía verla, ya que la pared de la casa lindante con aquel lado era ciega, quizá por si algún día se decidía construir en altura donde había ahora el local, trepó por la escalera y, una vez arriba, se sentó en el último barrote. Con sobre o sin él, ¿de qué servía que hubiera allí aquella escalera y que él no le permitiera moverla? Le pareció que si podía contestarse esta pregunta ya lo habría averiguado todo. Pero no podía contestársela. Era una escalera de tijera perfectamente corriente, ya vieja, en un patio ordinario... ¿O tal vez no fuese un patio ordinario?

Al bajar, había tomado una determinación: forzar las cosas. Por ello, al anochecer, esperó de nuevo al otro lado de la puerta y, cuando los ruidos le indicaron que Pietro Rambla ya se había subido a la escalera, la abrió y se quedó

junto al dintel, mirando cómo él levantaba el brazo, con un sobre en la mano, y cómo el sobre, misteriosamente, se desvanecía en el aire.

El joven, que le daba la espalda, no la vio hasta que hubo bajado. La miró sin sorpresa aparente y, con su voz correcta de siempre, preguntó:

–¿Cuántos días hace que lo sabe?

–No sé nada –respondió ella.

–Pero quiere saberlo, ¿verdad?

Alida asintió con la cabeza y él fue a cerrar la puerta del despacho. Después la cogió por el brazo y dijo, tuteándola:

–Ven.

Recorrieron el trayecto sin hablarse y, una vez en la casa, subieron en el ascensor hasta el tercer piso. El apartamento, que debía de haber alquilado amueblado, era convencional, y sobre una mesita había dos fotografías enmarcadas. Una de ellas era de una mujer, y en la otra se veían un niño y una niña, de unos dos y unos tres años. Ella las miró y el joven explicó:

–Mi mujer y mis hijos.

Alida levantó la mirada:

–Pero tú vives solo...

–Sí, vivo solo. Creo que nunca más volveré a verlos.

–¿No viven aquí?

–No, Alida. –Hizo una pausa–. No viven en este mundo.

–¿Quieres decir que murieron?

Pietro denegó con la cabeza.

–Siéntate –dijo–. ¿Quieres beber algo?

–No, no tengo sed.

Tampoco debía tenerla él, porque no sacó ningún vaso, ninguna botella.

–No, no han muerto –repitió, ahora con palabras–. ¿Has oído hablar alguna vez de mundos paralelos?

–Sí, en novelas de... –empezó ella, y se interrumpió–. No irás a decirme...

–Sí, vengo de un mundo paralelo. Porque los hay, Alida. Bueno, tal vez no del todo paralelos, pero diferentes, otros, que coexisten con éste, el vuestro. Y a veces, en algún lugar, incluso coinciden. Por esto Orna y yo estamos aquí.

–¿Orna?

–Un compañero. Entramos juntos y ya no pudimos volver a salir. Actualmente, que nosotros sepamos, no hay ninguna..., digamos ninguna rendija lo bastante grande para que pasemos por ella.

Alida le miraba, impresionada, y se estremeció. Él lo advirtió.

–¿Tienes miedo, quizá?

–No lo sé.

–No debes tenerlo. Somos gente más o menos como vosotros.

Ella tragó saliva, con un espasmo doloroso de la garganta.

–¿Por qué entrasteis?

–¿Y por qué no?

–¿Para invadirnos, tal vez?

Pietro meneó la cabeza, riéndose.

–¡Es, desde luego, una idea de la gente de este lado! No, no somos belicosos, y nos sobra espacio. Nos sobraré durante siglos... Pero tenemos un espíritu investigador y el descubrimiento de que había un mundo paralelo no podía dejarnos indiferentes. Queríamos saber cómo érais.

También tenía interés por si un día vosotros hacíais el mismo descubrimiento...

–¿Y esas traducciones?

–Sí, hay lo de las traducciones. Se nos ocurrió poco después de entrar, al quedar encerrados, hace cinco años...

–¿Cinco años? –se admiró Alicia–. ¿Y ninguna mecanógrafa–traductora había sospechado nada, hasta hoy?

–Es que tú eres la primera. Hemos necesitado casi cuatro años para establecer una identidad. ¿Cómo, si no, hubiera podido alquilar el local y este apartamento? Entretanto, he estado aprendiendo el italiano y enseñándolo a mis conciudadanos.

–¿Cómo?

El joven volvió a reír, con buen humor.

–He tenido que escribir una gramática..., ¡oh, no creas, muy elemental!, y pasársela a través de la rendija. Pero no les podía enseñar también francés e inglés, otras dos lenguas de las que apenas sé lo indispensable para orientarme sobre los artículos. Ahora ya comprendes por qué necesitaba a alguien que lo tradujera todo a tu idioma. Así los tengo bien informados de las cosas que hacéis, sobre todo de vuestros progresos científicos; nosotros nos inclinamos más bien

hacia la especulación y no siempre extraemos las consecuencias prácticas de nuestros hallazgos. Lo advertí casi en seguida.

–Y esa rendija de la que hablas, ¿cómo la encontraste?

–Yo sabía ya que existía, como existen otras, pero ésta era la que mejor me convenía. Se encontraba en un lugar cerrado y a una altura conveniente, y por tanto alquilé el local. Por desgracia, no durará mucho.

–¿Se cerrará? –le preguntó ella, ahora fascinada, sin el menor escepticismo.

–Por así decirlo. En la materia no hay inmovilidad, como sabes; todo son fluctuaciones. Por lo tanto, la separación entre los dos mundos puede aumentar y, de hecho, aumenta en algunos lugares mientras disminuye en otros. En general, las «paredes» no llegan a agujerarse y, cuando lo hacen, suele ser por poco tiempo, en lugares impracticables. Ahora, sin embargo, después de casi un siglo de estudios, empezamos a estar en condiciones de prever la aparición de estas «ventanas» y, en algunos casos, la duración que tendrán.

–Y cuando tú y tu compañero entrasteis, calculasteis mal...

Él asintió, apesadumbrado.

–Sí, muy mal. Como disculpa, para nosotros o para nuestra ciencia, puedo decir que jamás había habido una ventana tan grande; al parecer, son rarísimas. Por esto creo que tendremos que quedarnos aquí para siempre.

–¿Y él, Orna, también envía informaciones?

–No. Decidimos que debía haber una compensación y ahora él se dedica a enseñar eso que vosotros llamáis parapsicología, un campo en el que estamos más adelantados.

La muchacha parpadeó y después preguntó:

–¿Te comunicas con tu mujer?

–Sí. –Se miró las manos, quizá para ocultar su expresión–. Le he aconsejado que se case otra vez.

–¿Y tú?

Pietro Rambla se encogió de hombros.

–No puedo engañar a nadie.

Y ella, casi sin tener tiempo ni de reflexionar, inquirió:

–¿Por esto me lo cuentas?

–No lo sé...

Hubo un silencio que rompió Alida al encender un cigarrillo; él no fumaba. Entonces, con la cerilla todavía entre los dedos, dijo:

–¿Y si yo te denuncio? –Alargó en seguida la mano, desde la que la cerilla cayó al suelo, y oprimió la del joven mientras añadía–: No es que quiera hacerlo; yo te creo... Pero, ¿y si se presenta una circunstancia que me obliga a ello? Te expones mucho, y expones a tu amigo...

–No –repuso él, sin separar la mano de la de la muchacha–. Antes de salir de aquí lo olvidarás todo. Esto que te he contado y todos esos meses que has trabajado conmigo.

Alida abrió desmesuradamente los ojos.

–¿Puedes hacerlo?

–Sí.

–¿Y dices que lo olvidaré para siempre?

–Tal vez no para siempre –contestó el joven. Con la otra mano le sacó el cigarrillo de la boca y le tocó la mejilla, la frente–. Pero tardarás mucho tiempo en recordarlo. –Le hundió los dedos detrás de la oreja, mirándola con unos ojos que ella no le había visto nunca–. Lo siento, Alida...

Nada recordó hasta pasados veintitrés años, cuando ya había tenido tiempo para casarse, enviudar y dar vida a un

hijo que ahora, precisamente aquel mismo día, ingresaba en la escuela de electrónica. Era quizá la primera vez, en tanto tiempo, que volvía a pasar por la Stradella di Sparviere, y al llegar delante del número seis, algo la obligó a detenerse. Vio la fachada, sucia y desconchada, la puerta con un solo gozne, el largo pasillo y la mancha luminosa al fondo, allí donde había el patio. La memoria afluyó en el acto, entera e inmediata, como si el día antes hubiera dejado aquel trabajo. Pasado un momento de estupefacción, sonrió, sin desplegar los labios, y avanzó hacia el antiguo despacho.

En la puerta exterior, abierta, habían pintado con letras azules un rótulo que decía: «Compraventa de accesorios de automóvil», y el patio estaba lleno de ellos. Pero nadie se había desprendido después de la escalera de tijera, ahora apoyada contra la pared de la derecha. La tocó con un ademán de ternura, como si fuera una persona y no un objeto, y entonces, al ver que alguien salía del local, retrocedió rápidamente hacia la calle, donde paró un taxi.

Al entrar en la casa, la portera, que bajaba de algún piso, la saludó con expresión alegre y le dijo:

–Su hijo ya está arriba. ¡Dice que lo han admitido!

–Confiaba en ello.

–Sí –reconoció la mujer–. Antes de que nos demos cuenta, ya habrá una placa aquí, en la puerta: «Pietro Rambla, ingeniero de Electrónica...».

Ella sonrió y subió los dos escalones que conducían al ascensor.

SERVICIO OFICIAL

Cuando su tía le habló al respecto, Burt lo tomó con escepticismo. La mujer, jubilada desde hacía años de un marido sanguinario y juerguista que le había dado mucha guerra, y ahora vieja, sola y enferma, nunca había sido muy sociable; no tenía hijos, le había pasado ya el tiempo de las pasiones carnales y era natural, pues, que perdiera muchos ratos detrás de las cortinillas transparentes de la ventana de los bajos en que vivía, espiando las idas y venidas de unos vecinos al fin y al cabo desconocidos. Y de eso a dar rienda suelta a la imaginación sólo había un paso, sobre todo en una mujer como ella, que siempre se había caracterizado por hacer interpretaciones precipitadas.

–¡Supongo que debes pasarte todo el día mirando la calle!
–le contestó él no sin brutalidad, pues le molestaba que fuese tan curiosa.

–No, ni hace falta.

Porque, según la mujer, todo aquello ocurría por la mañana. A primera hora, hacia las nueve menos cuarto o las nueve, llegaban los que, según ella suponía, eran el dueño y las mecanógrafas, un joven de unos treinta años, de cabello blanco y anchos hombros, y dos chicas lindantes en los veinticinco, y pasado un rato empezaba a entrar gente en la casa, en general personas ya maduras que nunca volvían a salir. Las mecanógrafas y el dueño, sí; sin duda hacían jornada intensiva, puesto que salían a las tres de la tarde. Los otros, sin embargo, se quedaban dentro.

–¿No comprendes que no es posible? –le dijo el muchacho–. ¿Y cuánto tiempo hace que dura eso?

–Cinco o seis semanas como mínimo. Desde que se han instalado en la casa de los Fellow.

–¿No se marcharon hace ya más de un año, éstos? Yo creía que me habías dicho...

–Sí, es que primero había el despacho de una empresa urbanizadora, que no ha durado mucho. Supongo que les iría mal el negocio.

–Pues en cinco o seis semanas de entrar gente que no vuelve a salir, la casa ya estaría llena. Mejor dicho, no cabrían en ella.

Y se quedó un rato mirando hacia el edificio, que era estrecho y bajo.

–Algo deben hacer con ellos –se obstinó ella.

–Como no los maten... –rió él–. Y ni siquiera así; los cadáveres también necesitan espacio.

–Ya lo sé. Pero también sé que, salvo esos tres, nunca he vuelto a ver a nadie.

–¿Y no se te ha ocurrido pensar que puede haber otra puerta? Tal vez en la calle de detrás...

No; sencillo como era, no se le había ocurrido. Se calló, pues, pero aquella misma tarde, a última hora, dio una vuelta por el antiguo arroyo, que ahora tenía un nombre extraño, de un poeta, según le había dicho Burt, e incluso entró, con la excusa de que le interesaban unos listones, en el almacén de maderas que, por aquel lado, correspondía a la casa que antes había pertenecido a los Fellow. Al fondo, había una pared de piedra junto a la cual se alzaban varias pilas de tablones, y a la izquierda una especie de quiosco que hacía las veces de oficina. No había en ninguna parte una puerta o una abertura que permitiera pasar de una finca a otra.

A los quince días, al volver a visitarla, Burt admitió que, efectivamente, bien mirado el asunto resultaba algo raro,

pero siguió negándose a concederle la importancia que la anciana pretendía. Sin embargo, preguntó:

–¿Y qué clase de negocio dices que tiene esa gente?

–Esto no lo sé. Nunca han puesto ningún rótulo.

Vagamente intrigado, al salir cruzó la calle, en dirección a la puerta ahora abierta, y, al distinguir un rectángulo de papel clavado en la parte interior del muro, entró para leerlo. Era una hoja cuadriculada, arrancada de algún bloc, y alguien había escrito en ella: «Se admite personal», debajo de una flecha que señalaba hacia lo alto de la escalera.

Se encogió de hombros y no volvió a pensar en ello hasta que la mujer, que parecía obsesionada, le obligó a reconsiderar el problema cuando una tarde afirmó:

–Desde el último día que viniste, he contado veintitrés.

–¿Veintitrés qué?

–Veintitrés visitantes que no han vuelto a salir; diecisiete hombres y seis mujeres.

Él se frotó la barbilla con la palma de la mano.

–Mira, tía, no es que no te crea, pero ¿no te parece que si hubieran desaparecido tantas personas se sabría?

–Si todo el mundo hace como tú, no.

–¿Qué quieres decir?

–Que lo escuchas como si oyeras llover. ¿Por qué no te quedas una mañana y lo compruebas tú mismo?

Con tal de que le dejara en paz, prometió hacerlo, pero después lo olvidó y seguramente habría seguido aplazando la cuestión si entonces la vieja no hubiera tenido que guardar cama. Era un segundo ataque cardiaco y el médico le dijo, a solas los dos, que no le gustaba nada su estado. En ningún lugar hubiera estado tan bien atendida como en el hospital, claro, pero la mujer tenía sus prevenciones y prefirió una enfermera domiciliaria.

Sólo duró una semana, puesto que el ataque se repitió, y el único consuelo de Burt, que pese a todo le tenía afecto, fue que debía de haberse muerto contenta, ya que no sólo él la visitaba ahora a diario, sino que además pasaba cinco o seis horas a su lado. Eran muchas horas y, sin él quererlo, el joven empezó a fijarse de veras en la casa de enfrente. Primero fue por la tarde, y ya anochecido, cuando la oficina estaba cerrada, pero después acudió una mañana, lo bastante temprano para ver entrar el joven de los cabellos blancos y las dos chicas. Más tarde, entre las diez y las doce y media, entraron también dos hombres de unos cincuenta años y una mujer que no debía pasar de los cuarenta. A partir de aquel momento, Burt ya no se apartó de la ventana.

Faltaban unos minutos para las tres cuando salieron las dos chicas, juntas; seguidamente, el individuo cerró la puerta de la calle con una llave que sacó del bolsillo posterior del pantalón y se alejó calle abajo, a pie. Las otras tres personas, si no había ninguna otra salida, continuaban dentro.

El día siguiente los visitantes fueron cuatro: tres hombres y una mujer cuyas edades oscilaban entre los cuarenta y cinco y los sesenta. Eran gente de aspecto normal y la mujer incluso llevaba la cesta de la compra. Y tampoco ellos habían abandonado la oficina cuando el de los cabellos blancos cerró, a las tres en punto.

La tía murió aquella noche, quietamente, sin darse cuenta de nada, y Burt pasó casi veinticuatro horas muy ocupadas, ya que la mujer, contra toda previsión, no pertenecía a ninguna sociedad funeraria ni a ninguna mutualidad. Tuvo que encargarse él, personalmente, de todas las maniobras a las que, en una sociedad civilizada, obliga la defunción de un familiar.

No volvió a la casa hasta dos días después del entierro, cuando ya sabía con certeza que la finca era suya. Su tía se lo había legado todo: casa, joyas y un confortable paquetito de acciones que tal vez le permitiera emanciparse de su trabajo de periodista y emprender algún negocio por su cuenta.

Antes, sin embargo, había de tomar una decisión respecto a aquel asunto que, según como lo mirase, también formaba parte de la herencia. No había duda de que la mujer siempre había querido que se ocupara de solucionar el presunto misterio. El problema era cómo hacerlo.

Al pensar en ello en la soledad del piso, volvió a recordar aquella hoja de papel según la cual se admitía personal. ¿Qué personal?, se preguntó. No importaba. Le pareció que allí había un punto de partida aceptable, puesto que le proporcionaba una excusa para entrar en el despacho. ¿Qué podía perder con ello, si lo probaba?

La primera sorpresa de la mañana siguiente, cuando subió por la escalera que conducía a la puerta única del piso superior, la tuvo al leer otro papel, también cuadriculado, que decía: «Entren». Obedeció y se encontró en un vestíbulo diminuto, frente a un espejo que le devolvió una fiel imagen de su persona, un tanto despeinada, como de costumbre. Pero no tuvo tiempo para entretenerse con ella, pues una de las dos chicas a las que tenía vistas ya acudía desde el interior. Era una rubita de cutis blanco y fino y con unos labios generosos que ahora sonreían amablemente, como los de cualquier recepcionista que se haya aprendido bien la lección.

–He visto el anuncio que hay abajo... –empezó él.

La muchacha acentuó su sonrisa acogedora y, levantándose, le dijo:

–¡Ah, sí! ¿Quiere pasar?

Lo precedió hacia el pasillo, donde había dos puertas, y otra al final, las tres entornadas. Empujó la primera, a la izquierda: un despacho discreto y de buen gusto, con dos butacas de aspecto confortable ante la mesa, sobre la cual una lámpara extensible y graduable extendía un amplio círculo luminoso. En un extremo había libros y un cenicero, y en el otro numerosos papeles mecanografiados que debían de proceder de la máquina situada a la derecha, en una mesa metálica.

–Siéntese.

Lo hizo en la butaca junto a los libros, que eran textos legales, y ella, detrás de la mesa, abrió un cajón y sacó de él un impreso.

–Es una solicitud –le explicó–. Si le parece bien, podemos llenarla ahora mismo.

–Sí, sí. Para eso he venido –mintió él.

Durante diez minutos, la rubita le dirigió preguntas que él, en conjunto, contestó con veracidad. No tenía por qué ocultar su licenciatura en ciencias económicas y en historia moderna, por ejemplo, ni su condición de soltero.

Aprovechó los dos semestres que tiempo atrás, antes de renunciar a la docencia, había pasado en la Universidad de Kent, Ohio, para fingir que ésta fue su última ocupación, y observó que, curiosamente, ninguna pregunta del formulario se refería al puesto que pretendía ocupar.

Al terminar, la joven le hizo firmar y le dijo:

–Esta misma semana, por correo, le comunicaremos qué día puede recibirle el señor Jofrei. Es nuestro jefe de personal.

–Perfectamente. Mientras sea esta semana...

Ella le sonrió con cordialidad.

–No le quepa duda.

Y lo acompañó hasta la puerta.

No recibió la convocatoria, pero a los cinco días, a las ocho de la mañana, cuando todavía estaba en la cama, llamaron a la puerta. Fue a abrir en pijama y se encontró ante un individuo alto y de cara afilada y al mismo tiempo enérgica, que, después de haberlo mirado con unos ojos pequeños y escrutadores, se presentó:

–Soy Jofrei.

No lo esperaba, en verdad, y se desconcertó hasta el punto de casi enfadarse consigo mismo. Sin saber por qué, se sentía como un estúpido, en pijama. Tal vez porque el hombre vestía de modo muy formal, con corbata y americana cruzada. Se aclaró la garganta.

–Bien... Yo no esperaba... Entre, por favor.

Lo tenía todo desordenado como siempre, pero, por suerte, en el diván sólo había unas cuantas revistas y un vaso que no podía suponer cómo diablos había ido a parar allí. El señor Jofrei, educado, prescindió olímpicamente de estas circunstancias ambientales, se sentó procurando no alterar la raya de los pantalones y dejó en el suelo, cerca de sus pies, la cartera que traía.

En vista de que era muy temprano para ofrecerle una copa, Burt preguntó:

–¿Una taza de café?

–No, gracias.

–Bien... Yo no esperaba –repitió– una visita personal.

El otro asintió.

–Lo creo.

Se inclinó, abrió la cartera y extrajo de ella la solicitud que el joven había firmado unos días antes. La examinó.

–Parece ser –dijo– que omitió algún detalle. Por ejemplo, el de que es usted periodista.

Burt sonrió con una actitud humilde, de excusa.

–Quizá sí...

Sin embargo, el hombre movió la mano, como si ahuyentara a un insecto inoportuno.

–No importa. Pero, como periodista, debe usted saber que tan sólo en nuestra ciudad desaparece cada año un promedio de ochocientas cuarenta y tres personas. La policía localiza a una décima parte de ellas. Por lo tanto, de más de setecientas no vuelve a saberse nada más.

Burt, que no esperaba ni mucho menos aquella entrada en materia, no supo qué contestar. Nerviosamente, había empezado a roerse una uña. El señor Jofrei prosiguió:

–Y naturalmente, usted, como todo el mundo, debe de haberse preguntado más de una vez qué es de ellas.

–Sí, es posible...

–Porque ignora, también como todo el mundo, que hay una agencia que dispone de ellas. ¿Había establecido la relación últimamente?

–No, de veras.

Era una noticia tan inesperada que ahora, en vez de aturdirlo, le hizo recobrar la serenidad. Se incorporó ligeramente y, con las manos colgando entre los muslos, miró fijamente a su interlocutor.

–Y ustedes son esa agencia.

–Formamos parte de esa agencia.

Burt buscó el paquete de cigarrillos, lo ofreció al señor Jofrei, que rehusó, y encendió uno.

–¿He de entender que las matan?

–En absoluto –respondió el señor Jofrei, sin molestarse por esa suposición–. Disponemos de ellas de acuerdo con su voluntad. Y no son suicidas, puedo asegurárselo.

–Bien, pero de la oficina de ustedes nunca sale ninguna de ellas... –objetó.

–Dirá usted que no salen por la puerta.

–¿Hay otra salida, pues?

El señor Jofrei afirmó casi con solemnidad:

–Pero no da aquí, sino a otros lugares.

Burt contemplaba la punta del cigarrillo, desde la que el humo se elevaba en línea recta.

–Es difícil creerlo.

–¿Por qué? Vivimos en una civilización técnicamente mucho más avanzada de lo que supone el ciudadano corriente. Hay centenares de inventos que son retenidos por diferentes agencias gubernamentales y que jamás llegan a conocimiento del público.

–¿Y los inventores, qué? –preguntó Burt.

–No pierden nada con ello.

–¿Y por qué este control?

–Hay cosas que no pueden dejarse en manos de la iniciativa privada; serían motivo de abusos. Nosotros las destinamos a fines útiles.

–¿Qué tienen de útil, por ejemplo, las desapariciones?

–El ciudadano que quiere desaparecer es insociable. Tal vez él no lo sepa; cree que únicamente quiere cambiar de condición, de familia, de amistades... En una palabra, de vida. Y no es esto; siempre y en todas partes será un

descontento, un insatisfecho. Y el mundo actual no es lugar para gente insatisfecha.

Ahora Burt se echó a reír con ganas.

–¡Yo diría que nunca ha habido tanta!

–Que la haya no quiere decir que la nuestra sea la época histórica en la que estas personas puedan manifestarse tal como son. Les convienen más otras épocas menos evolucionadas que favorecen el individualismo y pueden dar salida a los instintos rebeldes, insolidarios. Épocas que, a diferencia de la actual, no están fuertemente organizadas, sometidas a controles insoslayables por el hecho de ser nacionales.

–¿Fuerza pues la agencia estas desapariciones?

–No. Las canaliza, con el asentimiento de los interesados. Jamás se ha facilitado el paso a alguien que no lo quisiera. Facilitamos este paso, pero no obligamos a darlo; sería contrario a nuestros principios democráticos.

–Los gastos deben ser pavorosos... –reflexionó el joven–. ¿Quién subvenciona todo esto?

–Ellos mismos; es un servicio que se cobra.

Burt desenterró un cenicero que había debajo de un libro abierto boca abajo, y dejó el cigarrillo en él.

–Se me ocurre otra objeción: ¿cómo saben ustedes que alguien quiere desaparecer? Supongo que esos insatisfechos no van pregonándolo por ahí...

–No, no lo pregonan. En este aspecto, debo confesar que todavía somos unos principiantes. Pero nuestra sección de agentes especializados en detectar las señales de un deseo de fugarse, mejora cada día. Destinamos a ella el personal más inteligente. Y usted formará parte de ella.

Al joven le sorprendió no sorprenderse. Fuera como fuese, desde un buen principio había previsto que aquellas confidencias no podían terminar de otro modo. Pero exclamó:

–¿Yo?

–Naturalmente. Todas las personas que conocen la existencia de nuestros servicios han de ingresar en ellos. Es elemental.

–¿Y si me niego?

El otro meneó la cabeza con un gesto amable, que chocaba un tanto en aquella cara.

–Sabemos que no se negará. Hemos realizado una investigación a fondo, como de costumbre...

Burt le interrumpió:

–¿Es frecuente, pues, que alguien de fuera se huelga algo?

–No. Muy rara vez ocurre. Concretamente, usted es la quinta persona. No está mal, si se tiene en cuenta que ya llevamos siete años operando... Como le decía, hemos hecho una investigación a fondo, cuyos resultados nos llevan a las siguientes conclusiones: primera, que podemos confiar en usted, y segunda, que es un tipo de trabajo que le interesará. Si no fuese así, no habría venido a verle.

–¿Qué habrían hecho? Ya no podían evitar que yo hubiese observado las maniobras de la agencia...

–Nada. Hubiéramos esperado hasta que se cansara de estrellarse contra una pared.

Cerró la cartera, tras guardar el formulario en ella, y se levantó.

–¿Cuándo cree que podrá incorporarse al servicio?

–Pronto... Digamos quince días, porque no quiero quedar como un cochino con mi periódico.

–Bien hecho –aprobó el señor Jofrei–. Dentro de quince días, pues, le esperaré en el despacho.

–No faltaré.

Sin embargo, los investigadores no debían ser tan aptos como imaginaba el señor Jofrei; en algún lugar u otro, algo había fallado. La sola idea de formar parte de un servicio como aquél le revolvía el estómago. Paradójicamente, por tanto, ahora se trataba de desaparecer. Ni por un solo momento había creído que la agencia fuese inofensiva; no podía serlo.

En seguida vio que debería proceder con gran circunspección. En primer lugar, no podía vender la casa, ni las joyas, ni las acciones heredadas; si lo hacía, se enterarían de ello y de una u otra manera impedirían sus proyectos. Por consiguiente, tendría que abandonar el país secretamente y con los bolsillos vacíos; en aquel momento disponía apenas de cuatrocientos dólares, a los que añadiría otros trescientos cincuenta al presentar su dimisión al periódico. Una miseria. Con aquella cantidad no se podía ir a ninguna parte.

Su trabajo de periodista le había relacionado, unos meses antes, con unos cuantos individuos de los bajos fondos, pero no tenía bastante amistad con ellos como para que le hicieran un favor sin cobrárselo. No obstante, decidió probarlo. Consiguió entrevistarse con Joe «Shark», que había podido infiltrar su organización en el sindicato de transportes, y con James «Wolf» Alens, un hombre más misterioso que, haría unos treinta años, había entrado en los Estados Unidos como un «wet back»¹ y ahora controlaba el

¹ Espalda mojada. El inmigrante que ha entrado ilegalmente en el país, en especial los trabajadores mexicanos itinerantes en la zona sudoeste de los Estados Unidos. (N. del T.).

negocio del juego. Los dos comprendieron que las necesidades de un gran reportaje que proyectaba, como les explicó, le aconsejaran prescindir de los canales regulares si quería salir del país, pero ni el uno ni el otro se mostraron muy optimistas. Según ellos, era más fácil una entrada ilegal que una salida. Harían cuanto pudieran, desde luego...

Esa falta de entusiasmo hizo que apenas se extrañara cuando, pasada una semana, ni «Shark» ni «Wolf» siguieran sin dar señales de vida, Por consiguiente, ¿debería colarse en un barco y confiar en que no le descubrieran hasta que fuese ya demasiado tarde para que lo devolvieran de nuevo al puerto de origen? La idea no le entusiasmaba. Cualquiera que fuera el lugar donde recalara el buque, lo entregarían a las autoridades.

Sin embargo, dos días después tuvo que confesarse que se había precipitado. Uno de los dos, no sabía si «Shark» o «Wolf», se manifestó a través de una voz femenina que le dijo por teléfono:

–Tal vez podamos solucionar su problema.

Como es natural, él quería más precisiones, pero la voz dijo que no estaba autorizada para dárselas, y que seguramente él lo comprendería. Si el asunto todavía le interesaba, era necesario que pasado mañana, a las nueve, se presentara con mil dólares en un lugar del distrito sexto. No era posible

hacerlo por menos; se trataba, además, de un favor que debía agradecer a las recomendaciones que le avalaban.

No tenía mil dólares. En realidad, ahora no tenía ni los setecientos iniciales. Pero había la máquina de escribir, un magnetófono, ropa abundante que no podría llevarse consigo y otros objetos que, una vez pignorados, lo enriquecerían con cuatrocientos ochenta y dos dólares más. Era suficiente. Una vez fuera del país, ya se las arreglaría.

A las nueve en punto, se presentó en el número 49 de Hubris Street, cerca del río, donde le recibió un individuo rechoncho con una barba de tres o cuatro días, y que se rascaba sin cesar debajo de los sobacos. Era explicable, ya que la casa, sólo con verla, ya daba ganas de rascarse. Aquello debía de ser un nido de chinches.

–No trae fotografías, ¿verdad?

–No, nadie me ha dicho nada al respecto.

–Siempre ocurre lo mismo –rezongó el hombre–. Venga.

Le hizo entrar en una habitación más bien pequeña, donde había una máquina de aspecto imponente y, en un rincón, otros dos aparatos que no supo identificar, empotrados en la pared de azulejos grises, cerca de una ventana pequeña, redonda como un ojo de buey, que debía comunicar con otro cuarto.

–Un momento, voy a buscar las placas...

El hombre dio media vuelta y cerró la puerta tras de sí. Simultáneamente, se encendió en la máquina una lucecilla amarilla y los dos aparatos empezaron a funcionar con una especie de susurro metálico desagradable. La habitación se oscureció.

Demasiado tarde, Burt se precipitó hacia la puerta, pero estaba cerrada y, en su cara interior, no había ni cerradura ni pomo; era lisa. Sintió que el ambiente se calentaba, como si hubieran encendido una gran estufa, y una sensación muy peculiar, de dejadez, le obligó a apoyarse en la pared, de la que tuvo que separarse en el acto, conmocionado por una descarga. Tambaleándose, se encaminó hacia la máquina con la intención imprecisa de desconectarla, de hacer algo, pero su cuerpo ya no tenía suficiente solidez para llegar hasta ella. Comprendió que había caído en una trampa.

La cara del señor Jofrei, que le miraba desde el otro lado del ojo de buey, se lo confirmó antes de que perdiera el conocimiento; era una cara seria, enérgica y fría, como correspondía a un oficial de la agencia.

CADÁVERES

Lo hizo en un momento de inspiración. Para Mathieu Lanier, esto equivalía a aprovechar una circunstancia favorable. No solía proceder así; normalmente, preparaba los detalles con suficiente rigor para que ahora, a los treinta y dos años, sus antecedentes penales fueran ridículamente cortos, pues sólo le habían detenido y condenado una vez, cuando tenía diecinueve años. Entonces, lo reconocía, era un mozalbete atolondrado, sin experiencia; ahora, en cambio, podían echarle un galgo...

La ventana, que debía pertenecer a un despacho, estaba entreabierta y el callejón era suficientemente oscuro y desierto como para asegurarle una escalada sin complicaciones. El hecho de que se encontrara en una segunda planta, o sea tal vez a seis metros del suelo, no era

problema para un hombre joven como él, acostumbrado, si convenía, a trepar por paredes más lisas.

Se quitó los zapatos, se los colgó del cuello, atados por los cordones, y con los pies sólo protegidos por los calcetines, saltó a la ventana del primer piso, enrejada, desde cuya repisa, de pie, exploró el muro hasta que sus dedos encontraron la inevitable grieta. Le bastaba para izarse y mover los pies hacia el barrote transversal, y desde allí palpó de nuevo con la mano libre. Ésta se detuvo en otra irregularidad de la pared, ya casi debajo del antepecho de la ventana de encima, y con todo el cuerpo pegado al muro abandonó la grieta y exploró más arriba. Había un clavo.

Sonrió, satisfecho, y a los pocos segundos ya empujaba las hojas de la ventana. Sin embargo, la falleba estaba puesta y tuvo que sacar la navaja para levantarla; inmediatamente, la ventana se abrió silenciosamente hacia la oscuridad del interior.

Una vez dentro, volvió a cerrarla y, con el haz delgado y claro de su linterna, examinó los alrededores. Tal como había pensado, se trataba de un despacho: mesa, un mueble biblioteca con más papeles que libros, archivador de fuelle, al alcance de todo el mundo... Colgaban de las paredes tres cuadros y un calendario que levantó, uno tras otro, por si debajo había la caja fuerte. No estaba.

Abrió los cajones de la mesa, donde vio más papeles, una grapadora, una regla, lápiz, cuadernos, cintas de máquina... En el segundo a la izquierda encontró una medalla de San Cristóbal, de buen tamaño y que le pareció de plata.

Sin perder tiempo con el archivador o el mueble biblioteca, se trasladó a la salita que precedía al despacho y otra puerta le condujo a un pasillo con más puertas. Detrás de la primera había una habitación no muy grande con una serie de estantes sobre los cuales se acumulaban montones de cajas de diferentes formatos y herramientas de un diseño extraño que recordaban instrumentos quirúrgicos. Lo abandonó sin reparo, porque bien claro estaba que aquello era un almacén en el que no podía haber dinero ni nada de valor.

La segunda puerta que abrió le dejó tan aterrado que la linterna se le cayó de la mano. Sin embargo, no se rompió y, desde el suelo, siguió iluminando aquella profusión de mujeres. Era una auténtica carnicería, si bien no se veía ni una gota de sangre. Tres mujeres en el suelo, totalmente desnudas y una de ellas decapitada; la cabeza reposaba sobre un taburete, a la derecha. A una de las demás le faltaba una pierna y la tercera tenía el pecho abierto. Las tres, para mayor ludibrio, descansaban en actitudes francamente obscenas, la decapitada con las piernas abiertas y la segunda agachada y ligeramente arrodillada, con el trasero levantado. Jamás había visto un espectáculo como aquél.

Apenas se recobró un tanto, recogió la linterna y, con piernas temblorosas, corrió como pudo hacia el despacho por donde había entrado y abrió la ventana de par en par. En el momento de disponerse a saltar, recordó la medalla que tenía en el bolsillo y fue a dejarla en el cajón; no quería que quedara ningún rastro de su paso por el local.

Una vez fuera, se escurrió como una sombra callejón abajo.

Tres cadáveres de mujeres en un despacho era una noticia sensacional y no dudaba de que los periódicos la explotarían. No leía nunca ninguno, pero al cabo de un par de días compró uno y, al no encontrar nada en él, otro, un tercero, un cuarto... Ninguno decía nada.

Naturalmente, esto le extrañó, pero pensó que también podía ser que los asesinos se hubieran ocupado de hacer desaparecer los restos antes de la hora de abrir la oficina. Bien pensado, todavía era más sorprendente que no hubieran dispuesto de ellos en el acto. Quién sabía si en el momento en que él penetraba tan inocentemente no habían ido a buscar un saco, un baúl, lo que fuese, para sacarlas del edificio... Unos minutos más y podía habérselos encontrado cara a cara. Sólo con pensarlo se le puso la piel de gallina. ¡Debía de haber faltado muy poco!

Ahora bien, estaba seguro de que los cadáveres acabarían por aparecer. Los encontrarían en la consigna de una

estación, mal enterrados en un bosque, en el fondo de un pozo abandonado, flotando en el río... No sabía dónde, pero los encontrarían. Continuamente se encontraban cadáveres. Más difícil era hallar a los asesinos.

O tal vez no. Si la policía podía relacionar aquellos cadáveres con el despacho... Por cierto, ¿qué clase de negocios debían tratarse en él?

Lo supo al cabo de una semana, cuando, en vista del persistente mutismo de los diarios, una curiosidad malsana le impulsó a desear ver la cara que tenían quienes trabajaban allí. Porque, forzosamente, ellos lo habían hecho, o alguno de ellos. ¿Quién, si no era de la casa, podía entrar y salir impunemente de noche con los brazos cargados de mujeres muertas?

La placa metálica, a un lado de la puerta, le informó de que aquéllas eran las oficinas de Importaciones Femir, cosa que nada le aclaró. Dentro, delante de la puerta, había un pequeño mostrador, más alto que la centralita telefónica de la que se ocupaba una muchacha de facciones gruesas y aspecto malhumorado, que le miró como si personalmente la estorbara.

–¿El señor Mercier? –le preguntó.

Ella frunció los labios, despectiva, antes de contestar:

–No hay ningún señor Mercier en la casa.

–Ha trabajado en ella, pues.

–No.

–¿Podría ver al jefe de personal?

–No se llama Mercier.

–Ya lo supongo. ¿Podría verle?

–Ahora está ocupado.

–Esperaré –decidió él.

La joven puso una cara todavía más agria, pero al ver que él sacaba un cigarrillo y lo encendía, arrancó una clavija del agujero en que estaba conectada y la pasó a otro agujero a la izquierda.

–¿Señor Laborde? Aquí hay alguien que pregunta si habíamos tenido en la casa a un tal Mercier...

Se abrió la puerta y entró una chica alta y bien plantada, de expresión risueña, que, al verle, lo miró con ojos profesionalmente dulces, incitadores. Iba muy poco maquillada y su manera de vestir tampoco era chillona, teniendo en cuenta que ahora todas las muchachas enseñaban su buen palmo de muslo y muchas iban sin sostén, pero en seguida comprendió que era una puta.

–¿Ve? Dice que no –se volvió hacia él la telefonista. Y, dirigiéndose a la joven–: Entra, ya te esperan.

–¿No puedo verle?

–Nunca hemos tenido un Mercier aquí.

–Pero, ¿puedo hablar con el jefe de personal? –insistió, mientras seguía con el rabillo del ojo a la muchacha que, sin pronunciar palabra, se alejaba hacia el fondo. Por costumbre, movía las caderas algo más de lo que correspondía.

–¡No, no puede hablar con él! –Casi le gritó la telefonista–. Tiene otras ocupaciones.

–Está bien –dijo él–. Tampoco es para ponerse así. Volveré –amenazó.

Después, ya fuera, se echó a reír al recordar la expresión venenosa de la chica. Sin embargo, bien mirado, menuda idea había sido la suya. ¿Qué le importaban a él los líos de aquella gente? Si querían matarse unos a otros...

No supo que todavía no había olvidado el asunto hasta casi dos semanas más tarde, cuando en Pigalle se encontró cara a cara con la joven que había entrado en la oficina cuando él estaba allí. Claro que lo mismo se hubiera ido con ella de ser otra, pues le gustaba de veras. Como otros muchos, no lo negaba: últimamente, las chicas que se dedicaban a la vida

habían mejorado como nunca. Cada día las había más guapas. Y podía hablar con conocimiento de causa porque nunca había querido cargar con preocupaciones. Que otros se enredaran con una amiguita, o con esponsales, si querían; a él le bastaba con aquel ganado. Y sobre todo ahora, cuando incluso el estilo, por así decirlo, era más refinado, más sociable. Algunas parecía como si lo pasaran tan bien como él. Si lo simulaban, sabían hacerlo muy bien.

La siguió a la habitación, donde ella se mostró tan agradable y encantadora que, de repente, decidió pasar la noche con ella. Era algo cara, eso sí, pero valía la pena. ¿En qué iba a gastarse la pasta, si no? ¡Qué chica! Tenía una carne firme, flexible, y una piel de lo más suave, sin mácula...

Al salir de uno de sus arrebatos, comentó:

–El otro día, me gustaste en seguida...

–¡Ah! –Hizo ella–. ¿Hemos dormido juntos otras veces?

–No, me refiero a cuando te vi en el despacho de Importaciones Femir. Claro, tú no lo recordarás... –se interrumpió–. ¿Qué te ocurre?

La joven, que había puesto una cara de lo más raro, intentó sonreír.

–Nada. Es que no sabía que fueses de la casa...

Cuando se disponía a contestar, lo pensó mejor y optó por no decir nada. Obró con acierto, porque ella ya añadía:

–Ya lo suponía que, de vez en cuando, hacían alguna comprobación, pero nadie me lo ha dicho nunca.

–Bien, yo...

Ella se echó a reír.

–Ya veo que se te ha escapado. Y ahora te preocupa que te denuncie, ¿verdad?

Mathieu le siguió el juego.

–Sí, un poco.

La muchacha se enderezó un poco y apoyó los senos en su pecho mientras lo acariciaba.

–No te preocupes; no diré nada.

Ella movió los hombros y sus pechos se desplazaron agradablemente por el torso del joven.

–No lo sé... Después de todo, me has hecho feliz. Y creo que volverás a hacerlo.

–¿De veras te ha gustado, pues?

–Ya sabes que ha de gustarme forzosamente; estoy condicionada para ello. Pero hay veces, según con quién, que es mejor que con otros. Ya sé que no está bien. Por esto fui allí el otro día, precisamente. El doctor Landris dice que conmigo se pasó un poco de rosca. Y ahora cuesta ajustarme.

–Personalmente, me felicito por ello –repuso él, sin saber lo que decía.

La chica le miró, sorprendida, y después soltó una carcajada.

–¡Ay, si te oyeran!

–¿Quién, el doctor Landris?

–Él, el señor Laborde, la señorita Margo y... todos. –Y entonces, de pronto, se pintó el pavor en su cara–. ¡Oh! ¡No he debido decir todo esto! Has querido ponerme a prueba y ahora...

Estaba al borde de las lágrimas y Mathieu quiso tranquilizarla.

–Te aseguro que no... ¿Cómo te llamas?

–Olga –contestó ella, entre dos pucheros.

–Te aseguro que no, Olga. Todo lo que hemos dicho, todo lo que hemos hecho, queda entre nosotros. Por nada del mundo querría perjudicar a una chica como tú...

–¡Una chica como yo! ¿Y a ti qué puedo importarte? Como si no hubiera otras.

–¿Y qué? Cada chica es diferente.

Olga, más tranquilizada, dijo:

–Cada día menos.

–Vamos, vamos, no digas tonterías. –La acarició y ella, a pesar de estar alterada, se mostró tan dulce que él se enardeció de nuevo–. Ven... –susurró.

–Sí, sí –asintió la muchacha, complaciente.

Por orgullo de varón, quiso asegurarse de que también esta vez ella lo siguiera, y después, exhausto, se deslizó a un lado y se durmió.

Al despertarse, muy tarde, Olga ya no estaba.

Al día siguiente, al anochecer, volvió a verla cerca del mismo bar donde la había encontrado y, a pesar de que hablaba con un presunto cliente, no dudó en interrumpir la transacción. El hombre, un viejo, se alejó refunfuñando. Ella

le miraba con cierta curiosidad. Mathieu sacó unos billetes y se los puso en la mano.

–Muy bien –rió ella–. Si no te bastó lo de ayer...

Echó a andar hacia el hotel, pero él la detuvo.

–No; antes demos un paseo.

–¿Un paseo?

La joven no lo entendía.

–¿Y por qué quieres pasear?

–Porque me gusta estar contigo, hablar...

–Pero yo estoy hecha para ir a la cama, ¡no para pasear!

–objetó Olga.

–Te he pagado, ¿no?

–Sí... Como quieras, pues.

–Supongo –tanteó– que los de Importaciones Femir no tendrán nada en contra mientras les entregues el dinero.

–Esto debes saberlo tú mejor que yo –replicó ella.

Aparentemente, seguía convencida de que él pertenecía a la organización y, desde luego, no hizo nada para

desengañarla. No ignoraba que, si se quiere hacer hablar a la gente, no hay nada como simular que ya se sabe todo.

Se dirigieron hacia el Sena, donde se sentaron un rato en el parapeto, entre otras parejas que se hacían un amor superficial y lánguido a base de besos y caricias discretas. Ella los miraba como si aquello le representara una novedad y, tal vez contaminada por el ejemplo, se apoyó contra su pecho y le buscó los labios. Seguidamente, dijo:

–Me parece que hago algo que no es debido...

–¿No te gusta?

–Demasiado... Lo más raro es que tú me obligues a hacerlo.

–Reflexionó unos instantes y seguidamente preguntó–: ¿Debe ser bonito enamorarse, verdad?

–¿No te has enamorado nunca?

–¿Yo? ¡Estás de broma!

–Quiero decir antes.

–¿Antes de qué?

–De hacer este oficio.

–¿Por qué haces preguntas tan tontas?

Se levantó, impaciente, y él la siguió, desconcertado. Sin embargo, una vez en el hotel volvió a mostrarse cálida y amorosa, aunque por una u otra razón rehuyó toda conversación de cariz demasiado personal. Era como si la hubiera herido o inquietado.

No se negó, sin embargo, a su deseo de verse mañana, e incluso se mostró complacida, lo que no le impidió observar:

–Te costará mucho dinero.

–Lo vales –la halagó él–. No conozco ninguna chica que pueda compararse siquiera contigo.

–¿De veras? ¡Me gustaría que lo oyera el doctor Landris!

–Si no opina como yo, es señal de que no lo ha probado.

–¡Claro que lo ha probado! Nos prueban a todas, ¿verdad?

Con precaución, él dijo:

–Naturalmente. Pero no sabía que fuese él.

Olga parpadeó, como si aquella respuesta fuese incongruente, y Mathieu comprendió que acababa de cometer un error. Por lo tanto, observó una actitud más prudente y la mantuvo el día siguiente y también dos días más tarde, al advertir que ella parecía perturbada. Pero tal vez fuese por otros motivos, ya que aquella tercera noche,

al querer concertar una nueva cita, Olga explicó que no podía ser.

–¿Por qué? ¿Tienes otro compromiso?

–He de pasar por la oficina.

–Pues cuando salgas, mujer...

–Puede ser un poco largo... –titubeó ella.

–¿Acaso no cierran como todo el mundo? Las siete, las ocho...

–No quiero decir nada. –Hizo una pausa y lo miró con cierto recelo–. Sé sincero. ¿Tú les has dicho algo?

–Te juro que de lo nuestro no he hablado con nadie.

–Lo nuestro... –repitió ella, meditabunda–. No sé qué creer. –Volvió a mirarlo con fijeza–. Dime, ¿eres o no uno de ellos?

En el tono de su voz había una especie de súplica tan angustiada que, sin pararse a reflexionar, Mathieu decidió hablar con franqueza.

–No, no lo soy. Ni sé quiénes son, ellos. Nada, absolutamente nada.

–Entonces... ¿has venido todos estos días conmigo sólo por ganas?

–Sí, Olga.

Pensó unos momentos más, todavía insegura, y repitió:

–No sé qué creer... Me dijiste, el primer día, que me viste en el despacho.

–Y es verdad.

–¿Y qué hacías allí, si no eres uno de ellos?

–Fue una casualidad. Había ido a preguntar por una persona. Y entonces entraste tú. ¡Yo nunca he traficado con mujeres!

–En este caso... Pero ¿cómo puede ser que te guste tanto?

–¿Tú te has mirado, Olga?

–Sí –contestó ella con toda naturalidad–. Soy perfecta, ya lo sé. –Se pasó las manos por los pechos, las caderas, a lo largo de los muslos–. Perfecta –repitió–. Todas lo son.

–¿Quiénes, todas?

–Todas. Pero a veces no dura.

–Todos tenemos que envejecer, Olga.

La joven le dirigió una mirada que ahora parecía ligeramente burlona.

–¿Estás seguro?

–Claro. Pero yo hablo de ahora, este ahora.

Ella seguía mirándolo con la misma expresión.

–Oye... ¿Acaso te has enamorado de mí?

–No lo sé... Es posible.

–¿De una mujer que sólo está hecha para ir a la cama? –Se echó a reír–. ¡Tú estás loco!

–Está bien, mujer, búrlate...

Pero Olga adoptó una expresión seria.

–No... –Se le echó encima y se apretó contra él–. Mathieu..., ¿verdad que hay otras cosas, además de acostarnos juntos?

–Claro, Olga.

–Aquellas parejas junto al río... y las mujeres que tienen hijos, y...

Dejó de hablar y él le acarició los cabellos esparcidos sobre su pecho, la mejilla, el cuello. Se sentía ahora enardecido. ¿Y si fuese cierto que la amaba?

Olga se movió, pegándose más a su cuerpo y susurrando junto a su oreja:

–No puedo hacer nada más, Mathieu, nada más... Hagámoslo...

Después siguió adherida a su pecho, quieta, y hasta pasado un rato no dijo:

–Si quieres, nos podemos quedar hasta las siete..., las seis y media. A las siete tengo que presentarme.

–¿Y qué quieren de ti?

–No lo sé... Creo que quieren retirarme del servicio.

–Meneó la cabeza–. Dime, Mathieu, ¿nos quedamos?

–¿Lo dices de veras?

–Sí.

–No puedo estar siempre sobre ti, ¿no crees?

–No, ya lo sé. Así, sólo así... Me contarás cosas.

–¿Qué cosas?

–Las cosas que un hombre cuenta a su mujer. Porque le cuenta cosas, ¿verdad?

–Sí..., supongo.

–¿No lo sabes?

–Quiero decir que nunca he estado casado.

–Debes haber tenido una amiguita, una novia...

–Sí, cuando era más joven.

–Y se lo contabas todo, ¿verdad?

–Sí..., casi todo.

Ella rió.

–¡Casi todo! ¿Por qué? Cuéntame cómo era ella... Y cómo eras tú cuando eras un muchacho, un niño... Sí, eso es, empieza por cuando eras un niño...

Y Mathieu empezó a contar y siguió hablando hasta que ella se durmió. También él se durmió, y pasadas largas horas se despertaron y volvieron a hacer el amor antes de que él continuara... La última vez que abrió los ojos la chica ya se había marchado, como aquella primera noche, pero esto no le preocupó en exceso, porque sentía un apetito descomunal. Hasta entonces no se dio cuenta de que desde el día anterior no había comido nada...

Eran ya las diez y media y estaba a punto de entrar en el Damian's cuando la idea acudió a su mente. Se inmobilizó como paralizado, con la mano todavía tendida hacia la barra de latón, en diagonal, de la puerta del establecimiento, y un segundo después echó a correr. En aquel momento su corazón corría ya más que sus piernas, pero el cerebro seguía inmobilizado en torno a aquellas palabras de Olga: «Quieren retirarme del servicio».

Redujo el paso al ver un guardia en la esquina, pero después, al doblarla, se lanzó de nuevo con tan fuerte impulso que estuvo a punto de caerse. Recuperó el equilibrio con un braceo ridículo, de ave poco diestra con las alas, y siguió cruzando calles hasta la esquina del callejón, donde se detuvo.

Estaba oscuro y solitario, como aquella otra noche, pero hoy, al adentrarse en él, vio que la ventana estaba cerrada. No importaba, otras había forzado. Por lo tanto, trepó y sus dedos, instintivamente, encontraron los mismos soportes que le ayudaron la otra vez y llegaron al antepecho, en el que se izó hasta descansar el vientre en él; entonces, incómodamente por falta de espacio, hundió la herramienta entre la parte inferior del marco y los batientes, hizo palanca para que cediera un poco, la hundió más, volvió a presionar con todas sus fuerzas y la madera se astilló con un ruido sordo. Bastaba, y a los cinco segundos estaba ya dentro.

Atravesó sin detenerse el despacho, detrás del haz luminoso de la linterna que le guiaba, salió a la salita exterior y corrió hacia la puerta, donde noches atrás había permanecido horrorizado, sin atreverse a entrar.

Esta vez, sin embargo, avanzó hacia los dos cadáveres tendidos en el suelo. El de Olga estaba en primer término, boca arriba, de modo que se veía claramente allí donde habían separado la piel para hacer correr la cremallera que, desde el inicio superior de la vagina, subía por el abdomen en dirección al tronco. Dentro, bajo una capa de carne, quedaban todavía varias redes de hilos enredados alrededor de una especie de nudos de aspecto metálico; el vientre descendía un tanto a la derecha, allí donde debían de haber retirado una parte del mecanismo; nada se parecía a los grabados de aquel libro de anatomía que, en cierta ocasión, hojeó en una biblioteca; los órganos eran muy diferentes.

Se arrodilló junto al cuerpo y tocó la cara muda y como adusta, con los ojos cerrados y la piel oscura, de un sucio color ceniciento. Ya no tenía aquel tacto flexible y dulce de la carne de la Olga que lo abrazaba, sino que ahora respondía a sus dedos con una esponjosidad de goma, de plástico, y se hundía más que la materia viva...

Antes de marcharse, cerró la cremallera sin saber por qué y, una vez afuera, mientras vomitaba ante un árbol, pensó que en adelante, siempre que necesitara una chica, verificaría que no fuese muy joven ni muy bella.

URN, DE DJLNL

Se presentó al atardecer, cuando ella se encontraba en el porche desgranando legumbres, y lo vio venir por el camino, con toda la puesta de sol que se fundía tras él. Se acercaba con paso sosegado, provisto de una caña que debía de haber recogido en los pantanos y que le servía de bastón. No lo necesitaba, sin embargo, ya que era un hombre muy joven, aunque su aspecto obligaba a pensar en una persona no muy bien nutrida y carente de nervio. La expresión era descolorida, desprovista de carácter, y parecía como si los rasgos de su cara se mezclaran de manera que resultaba difícil retenerlos en la memoria. Todo ello causaba una sensación extraña que su voz venía a reforzar; Mari nunca había oído a nadie que hablara en un tono tan anónimo. No hubiera podido decir de qué país procedía, puesto que su lenguaje era tan descolorido como la voz, sin el menor rastro de acento.

–¿Trabajo? –dijo, cuando él le preguntó si necesitaban un jornalero–. Tal vez sí, pero por pocos días, hasta que hayamos acabado de recoger las manzanas. Espere hasta que venga mi marido.

Laris ya estaba cargando la camioneta, en el otro extremo del campo, para evitar entretenerse el día siguiente por la mañana. Hacía media hora que lo había dejado con los cestos a punto para volver a casa y preparar la cena.

–¿Lo hacen todo ustedes solos? –preguntó el desconocido.

–Es el primer año que tenemos el arrendamiento y nos interesa ahorrar. ¡Pero no habíamos previsto que madurarían todas a la vez! –añadió riéndose.

El joven se sentó en el escalón, algo por debajo de ella, y dijo:

–También puedo conducir, si conviene.

–En seguida vendrá –repitió Mari.

Al cabo de un par de minutos oyeron el motor y los dos miraron en aquella dirección. La camioneta avanzaba lentamente por el estrecho camino, entre la doble hilera de árboles, cuyas ramas, cargadas de fruta, rozaban las barandas del vehículo, cargado de cuévanos hasta los topes. Al salir de la finca aceleró un poco y después desapareció detrás de la casa, para salir por el lado opuesto. Se detuvo a

cinco o seis metros del edificio, frente al camino por el que había llegado el joven.

–Laris –dijo la mujer cuando su marido se apeó de la cabina–. Este joven pregunta si le podríamos dar trabajo.

El muchacho se levantó con la caña en las manos, y Laris, que respiraba fatigosamente, le saludó con una sonrisa.

–Si nos puede echar una mano con las manzanas, sea bienvenido. Pero creo que no le interesará; son unos ocho días, quizá...

–No importa –dijo el desconocido–. Esto me gusta.

–¿Viene de muy lejos? –preguntó Laris.

–Sí –contestó el otro, sin precisar detalles–. Quiero conocer el país, y prefiero pasar temporadas cortas.

–Ha caído en buen lugar, pues.

El desconocido sonrió por primera vez.

–Creo que sí –y añadió–: me llamo Urn.

Durante cuatro días convivieron y trabajaron con él sin que les diera el menor motivo de queja. Hablaba poco y nunca contó nada concreto sobre su persona o su lugar de procedencia. No obstante, era educado y servicial, y, a la hora de trabajar, arrimaba el hombro sin pestañear. Era más

activo y tenía más fuerza de lo que hacía suponer la blandura aparente de su cuerpo o la circunspección, de gestos y movimientos, que solía mostrar. Apenas advirtió que Laris tenía algún trastorno respiratorio, procuró sustituirlo cuando se trataba de cargar los cestos. Había en él un algo de contradictorio que extrañaba a los dos cónyuges.

–¿Y te has fijado en su cara? –comentó un día la joven.

–Sí. Es... no sé... un poco amorfa, como si tuviera que acabarse de formar.

–¿Estás seguro de que es de nuestra raza?

Laris se echó a reír.

–¡Nuestra raza! Con los cruzamientos que se han venido dando durante los siglos, todos somos un poco mestizos.

–Y los ojos... ¡Todavía no sé de qué color son!

–No te preocupes. Lo importante es que cumpla.

Cumplía. Y parecía también un hombre sin vicios. No fumaba, no bebía, comía sobriamente y se levantaba al despuntar el día, sin que se le tuviera que llamar.

Sin embargo, cuando el quinto día acompañó a Laris a la ciudad, le descubrieron un punto flaco: las mujeres.

–¿De veras? –se admiró Mari, cuando su esposo se lo contó, en la cama–. Nunca me ha mirado con la menor malicia...

–Esto no quiere decir nada. Pero me ha preguntado si podía disponer de media hora y después lo he visto salir de casa de Merta. Allí, no podía ir para otra cosa.

–Supongo que no.

Pero seguía extrañada.

–No me imaginaba que fuese así...

–¿Qué quieres decir con eso? ¡Como todo el mundo, mujer!

–Pero es que cuando le ves tan deshuesado... ¡Sí, ésta es la palabra! Parece deshuesado, ¿no crees?

–Ya que lo dices... Se comprende que tenga que ir a casa de Merta. No resulta muy atractivo... Está bien, durmamos ya; mañana hay mucho trabajo.

La recolección terminó el noveno día, más tarde de lo previsto, porque la lluvia les hizo perder toda una tarde y buena parte de una mañana; al anochecer, Laris pagó los jornales sin regatearle la fiesta.

–¿Y adónde irá ahora? –preguntó éste para decir algo.

–Hacia arriba. Pero antes me quedaré un par de días en la ciudad. ¿Podría ir con usted, mañana?

–Naturalmente –contestó Laris, dirigiendo un guiño a su mujer.

Salieron a las cinco y, libres ya de aquel trabajo urgente, que no admitía espera, Mari dedicó la mañana a realizar una serie de tareas hogareñas atrasadas y, después de almorzar, durmió una breve siesta y salió al huerto para hacer la colada en el lavadero. Laris siempre volvía tarde, porque Margala estaba a cien kilómetros.

Estaba ya a punto de terminar cuando oyó el ronquido del motor de la camioneta que enfilaba el camino de la masía y después, en el silencio, la puerta que Laris cerraba con fuerza. Sin volverse, gritó:

–¡En seguida estoy!

Su marido se acercó y dijo:

–No hay ninguna prisa.

–Hoy has tardado más, ¿no crees?

–No... Más o menos como siempre.

–¿Y aquel chico? ¿Se ha quedado en casa de Merta?

Laris tardó un momento en contestar, como si no entendiera de qué le hablaba, y después respondió:

–No lo sé. Nos hemos separado en el mercado.

Estaba detrás de ella y de pronto, cuando se inclinaba para recoger una prenda que se le había deslizado entre las manos, sintió que él le desabrochaba el botón de los *shorts* y los hacía bajar a lo largo de los muslos. Se volvió, asombrada.

–¿Qué haces?

–Ahora lo verás –rió Laris, y le tocó las nalgas.

–¿Aquí?

–Ahora no hay nadie.

–¡Pero es que no llevo el diafragma! –protestó ella.

–No importa. Algún día teníamos que empezar a pensar en la familia.

Y la abrazó para embestirla.

Fue en aquel preciso momento cuando Mari tuvo la impresión de que ocurría algo fuera de lo normal. Laris jamás se había comportado de aquel modo, ni con tanto vigor. En cierto modo, aquello no le resultaba familiar. Pero después él actuó con tanta naturalidad, como si todo fuese igual que siempre, que no se atrevió a interrogarlo.

Tampoco lo hizo más tarde, ni la noche, ya acostados, ni al amanecer, cuando él la despertó con sus caricias, a pesar de que aquel afán era insólito y totalmente contrario a los hábitos moderados de Laris. De hecho, no abrió la boca hasta pasados dos días, al ver que el entusiasmo de él no cedía.

–¿Qué te ha ocurrido, Laris? Desde anteayer no eres el mismo.

Casi se sobresaltó.

–¿Cómo que no soy el mismo?

–Tú ya me entiendes. Nunca habías tenido tantas ganas.

–¿Acaso te quejas?

–¡Oh, no, no! Pero es que ahora eres tan... ¡tan robusto!

Entonces Laris se echó a reír.

–Hay cosas que con el uso mejoran.

–Pero... ¿tanto?

–Ya lo ves. ¿No estás contenta?

–Claro –dijo ella.

Pero todavía estaba más confusa.

El niño nació al cabo de nueve meses, exactamente, en el hospital de la ciudad, y a la mañana siguiente Laris desapareció. Había salido de la habitación de la partera después de haberse asegurado de que tanto la madre como el pequeñín estaban bien, pero ya no regresó a la masía, puesto que la camioneta seguía allí donde la dejaron la víspera, al hacer el viaje los dos.

El asunto se oscureció todavía más cuando, al cabo de doce días, una pareja forastera que se adentró en él para hacer el amor, como confesaron al advertir que resultaban sospechosos, encontró su cadáver enterrado en un bosquecillo, a tres kilómetros de Margala. Las últimas lluvias habían arrastrado la tierra que lo cubría.

No podía dudarse de que era Laris; todo correspondía, incluso las particularidades de la dentadura, pero había un detalle inexplicable: el cadáver tenía ya cerca de un año. Coincidieron en ello dos de los tres médicos que, a petición del forense, examinaron también los restos; el otro expresó sus reservas al respecto. Y la causa de la muerte, admitieron, aunque dejando prudentemente un margen a otras posibilidades, era la ruptura de un aneurisma.

Las autoridades de la ciudad no estaban equipadas para llevar a cabo una investigación en regla y acudieron, desde la capital, dos policías que, durante unos días, interrogaron a mucha gente, sin averiguar nada que resultara sustancial. Es decir, paradójicamente todo llevaba a creer que Laris

había entrado en el hospital y ya no salió de él, puesto que la última persona que lo vio fue una enfermera que se cruzó con él en el pasillo del pabellón de la maternidad. Pero había salido de él, y la prueba era su cadáver enterrado en el bosquecillo.

Con Mari habló un inspector, Merna, que tuvo la delicadeza de esperar que la joven se repusiera un tanto de las noticias que la dirección del hospital le dio con cautela pasada una semana, cuando les pareció que se alejaba todo peligro de recaída. Por uno u otro motivo, había quedado muy debilitada.

El hombre, de unos cuarenta y cinco años, más bien rechoncho y ademanes lentos, como si reflexionara antes de hacerlos, le confió desde un buen principio que nunca había caído en sus manos un asunto más desconcertante.

–Tan desconcertante –dijo– que ni siquiera sé qué preguntarle. Su marido estaba vivo el día del parto y, sin embargo, los informes médicos son perfectamente conclusivos: hacía entonces cerca de un año que estaba muerto. Un tiempo durante el cual usted convivió con él a diario...

–Sí.

–Sólo lo explicaría una confusión. Me refiero a que aquél no fuese su cadáver. Sobre todo por esto he venido a verla.

Ella palideció.

–¿Quiere, acaso, que lo identifique?

–No; no creo que ahora pudiera reconocerlo... Ya sabe que se ha certificado que murió a causa de una ruptura de aneurisma. ¿Se había quejado alguna vez de molestias? Al parecer, nunca consultó a un médico.

–No, le molestaba mucho hacerse visitar. A menudo se quejaba de una especie de opresión y también se cansaba fácilmente, y entonces respiraba de una manera anormal, como si le costara.

–¿Había sufrido una fractura, verdad?

–Sí, en el tobillo izquierdo. ¿Coincide?

El inspector asintió.

–¿Dónde se la redujeron?

–No lo sé.

–¿Ni el nombre del médico?

–Tampoco. Fue antes de casarnos. ¿Es importante esto?

–En absoluto. ¿Alguna otra peculiaridad? Sin que yo tenga que orientarla con una pregunta concreta.

–No, ninguna... ¡Sí! El cartílago de la nariz. Lo tenía ligeramente torcido, inclinado a la izquierda.

–Exacto –dijo el inspector, desanimado, y abandonó la silla–. Aunque no pueda ser él, lo es –y se despidió precipitadamente, como si algo le avergonzara–. No la molestaré más.

Fue ella quien le molestó, transcurridos ya tres años. Había pasado dos de ellos vacilante, sin atreverse a confiar en nadie, llevando una vida solitaria, desde la tienda en la que trabajaba como vendedora a su casa y desde la casa a la tienda, casi sin más contacto que el obligado con Elia, la anciana un poco tonta pero de confianza, que cuidaba al niño durante sus ausencias. Pero ahora ya no podía esperar más. El niño crecía, pronto tendría que llevarlo a la escuela y, para colmo, aquel indicio de cambio...

–¿Qué cambio? –preguntó el inspector.

La había reconocido en el acto. Aquel asunto, le aseguró, no lo olvidaría nunca.

–Me ha quedado clavado como una espina. No quiero decir que aquí lo solucionemos todo, pero una contradicción como ésta...

–Tal vez ahora pueda ayudarle... –dijo Mari.

–¿Y por qué no antes?

–Porque antes no hubiera sabido cómo hacerlo.

Y empezó a hablarle de la llegada de aquel jornalero llamado Urn, que les ayudó a recolectar manzanas durante más de una semana, y del cambio repentino que observó en su marido el día en que el joven les dejó. Sin ocultar detalle, lo introdujo en las peculiaridades de su vida íntima, y acerca de Laris dijo:

–Era el de siempre. Pero en este aspecto era diferente. Por completo.

–Pero esto ya lo vio en seguida. ¿Por qué lo considera ahora más importante?

–Porque el niño siempre ha tenido la misma expresión indecisa, como no formada, o desdibujada, de aquel jornalero. Una cara sin personalidad, anónima... Y ahora –añadió con voz quebrada, pero sin llorar–, desde hace meses, puede adoptar la cara que quiera: la mía, la de Elia...

El inspector, que tenía un lápiz entre los dedos, advirtió que acababa de romper la punta al apretarlo contra la mesa.

–Vamos a ver si la he entendido... Usted pretende que su hijo es del jornalero.

–Pretendo que se hizo pasar por mi marido, que adoptó su cara, sus ademanes, su voz, todo... todo excepto lo otro, tal vez porque no lo conocía en ese aspecto.

–Y por consiguiente –resumió el inspector–, que lo mató para ocupar su puesto...

–Sí.

–Pero no hubo crimen –le recordó el hombre.

–Tuvo que haberlo –se obstinó ella–. Pudo darle algo, algún producto... ¿No se puede provocar una ruptura de aneurisma?

–Primero habría que provocar el aneurisma... No lo sé, no soy médico. –Hizo una pausa y se inclinó sobre la mesa, con las manos, que no habían abandonado el lápiz, unidas frente a él; la joven observó, extrañada, que temblaban ligeramente–. Vamos a suponerlo... Entonces, esta sustitución de persona lo explicaría todo, claro. Mas para llegar a esta explicación, mi querida señora –dijo, y alzó el lápiz entre los dedos–, hay que pasar por otra... Nadie puede cambiar su cara y adquirir la de otro. Es posible maquillarla, imitarla, pero usted se habría dado cuenta. También cabe pensar en una operación de cirugía estética, pero esto no se resuelve en pocas horas ni afecta a la actitud, a los gestos habituales. Usted habla de una transformación total...

–¿Y cree usted que todo eso no me lo he dicho yo cien veces? Era alguien con una personalidad lo bastante plástica como para ser cualquiera.

El inspector meneó la cabeza, pero al ademán le faltaba convencimiento.

–Ningún hombre es capaz de hacerlo.

–¿Y el niño? Bien sabe hacerlo él... Debe haberlo heredado.

–Una criatura... –comenzó él, pero la joven lo interrumpió:

–He tratado muchas criaturas, inspector. Antes de que se nos ocurriera la idea de trabajar en el campo, estuve en un parvulario. Y los niños no pueden cambiar de cara y tener la de otro. Es decir, para empezar no hay ningún pequeño que no tenga una expresión propia...

–Está bien. No pretendo tener la menor competencia en la materia, pero con todo... –se interrumpió–. Debe usted tener una teoría que explique todo esto...

–Sí –contestó Mari, decidida–. El jornalero no era un hombre.

–No era... –Se interrumpió nuevamente y dijo–. Perdona un momento.

Volvió después de diez o doce minutos, con la actitud tan comedida como siempre, pero en sus ojos había una nota de pánico. No se sentó.

–Le agradeceré –dijo– que me acompañe a hacer una visita. Nos esperan en el ministerio de Seguridad.

Los funcionarios eran dos: el señor Minella, secretario del ministro, y el señor Clora, un jefe de negociado, y sobre la mesa, tan brillante que se reflejaba en ella la luz del techo, el magnetófono portátil parecía una incongruencia. Una vez hechas las presentaciones, el señor Clora, un hombre de anchos hombros y bigote amarillo a causa de la nicotina, dijo:

–Interrogatorio de la señora Mari Drau, en presencia del inspector Merna...

Querían saberlo todo, sin descuidar el menor detalle. En primer lugar, una descripción completa de Urn, que incluía hasta las características de color y de textura de la piel, la distribución de la pilosidad en todos los lugares normalmente visibles del cuerpo, la consistencia de las uñas y otras muchas particularidades que Mari ignoraba o había olvidado; después, una apreciación, igualmente minuciosa, de los rasgos de su carácter y de la posible evolución que hubieran experimentado entre el momento de su llegada a la masía y el instante en que se despidió; en tercer lugar, hábitos que parecieran consustanciales con su persona, independientemente de los adquiridos por adaptación a las costumbres de la familia, y finalmente, una relación de los tics, modismos y formas de expresión verbal que definían su habla.

Las últimas preguntas, pasadas casi dos horas, fueron:

–Cuando usted lo vio por primera vez, ¿dónde estaba él?

–Venía por el camino que va de la carretera a la casa.

–Ha dicho que llevaba una caña... ¿Tierna?

–Sí; parecía recién arrancada.

–¿Dónde está el cañaveral más cercano a la masía?

–En los pantanos al otro lado de la carretera.

–¿Los orilla algún camino?

–Un atajo que va a Llurc.

–¿A qué distancia están los pantanos de la carretera?

–A unos quinientos metros.

–Si hubiera venido por la carretera, tendría que haber dado un rodeo para ir a arrancar la caña, ¿no es así?

–Sí.

–Por lo tanto, ¿tiene usted la impresión de que venía de Llurc?

–Pensé que habría pasado por allí.

–Al marcharse, dijo que se dirigiría hacia arriba. Según la expresión corriente en la comarca. ¿Llurc queda hacia arriba o hacia abajo?

–Hacia abajo.

–Usted pensó, pues, que proseguía su viaje.

–Sí. Esto es lo que él dio a entender.

–Nada más. Gracias, señora Drau.

El hombre oprimió el pulsador que inmovilizaba la cinta y añadió:

–Es probable que más adelante tengamos que hablar de nuevo con usted.

Ella miró del uno al otro y observó:

–¿Sería indiscreto preguntar de qué se trata?

El secretario, que tenía una barbilla puntiaguda, de aspecto muy frágil, sonrió.

–Es indiscreto. Pero necesitamos su colaboración y usted ya debe haber adivinado más de lo conveniente... Confidencialmente: dieciocho días antes de la aparición de Urn en la masía, cayó una nave no terrestre a treinta kilómetros de Llurc, y pudimos apresar a los cuatro

individuos que la tripulaban. Después, algunos indicios nos hicieron pensar que eran cinco.

–¡Pero esto se hubiera sabido! –exclamó ella.

–No, señora. Se adoptaron todas las medidas de seguridad. Oficialmente, era uno de nuestros aviones, un avión de prueba.

–Y ¿puede ser esta quinta criatura...

–Puede serlo. Los otros tenían una plasticidad molecular que les permitía adoptar cualquier forma.

–¿Tenían? –recalcó ella.

Pero el señor Clera dijo:

–No abandone la ciudad sin avisarnos, por si hemos de convocarla otra vez.

Y los dos se levantaron. Sin embargo, ella todavía preguntó:

–¿Y por qué no hicieron nada, hace tres años, cuando encontraron el cadáver, ya de tantos meses, de un hombre que vivía dos semanas antes?

El señor Minella volvió a sonreír.

–Algo hicimos, señora Drau; la hemos vigilado durante casi dos años por si se ponía en contacto con alguien.

–¡Nunca lo he advertido!

–Es natural –dijo el secretario, saliendo de su puesto detrás de la mesa.

La entrevista había terminado.

Al cabo de dos días se llevaron al niño para someterlo a observación en un centro gubernamental y el inspector Merna le aseguró que no sufriría el menor daño, si bien era posible que los del ministerio juzgaran necesario internarlo definitivamente si se comprobaba que poseía aquellas facultades de los extraterrestres.

–¿Y qué culpa tiene él? –protestó Mari.

–Ninguna, pero esto no impide que pueda ser peligroso.

–¿Peligroso? ¿Porque su padre asesinó a mi marido?

–Esto no lo sabemos. Pero su hijo, señora, crecerá y, si no vigilamos, engendrará a su vez. ¿Usted comprende las consecuencias de tener entre nosotros una población inindentificable? Hay que evitarlo.

–Debe de haber otros...

–Sí; ésta es actualmente nuestra misma opinión. Los buscaremos.

En realidad, en aquel momento ya se estaban verificando todas las inscripciones de nacimiento de los últimos tres años y, al cabo de una semana, después de haber estudiado al niño, un ejército de policías que, para no alarmar a la gente, se hacían pasar por funcionarios del ministerio de Educación, por vendedores de ropa infantil o por inspectores de sanidad, empezaron a visitar todas las casas donde hubiera críos registrados en aquel período. El procedimiento, un tanto improvisado para no perder tiempo, tal vez no era muy bueno, pero en seguida dio resultados: dos niñas y otro niño.

Curiosamente, dos de ellos procedían de la misma ciudad, y el otro de un pueblecillo cercano. Según el inspector Merna, al que Mari no dejaba de molestar con frecuencia para tener noticias de su hijo, al que no le estaba permitido visitar, aquello indicaba posiblemente que Urn se había establecido en Margala.

–¿Y cómo se las arreglarán para encontrarlo a él? Debe cambiar de aspecto continuamente...

–Sí –confesó el inspector–. Es una dificultad.

–¿Y qué dicen las madres de esos pequeños? ¿Las han interrogado?

–Sí, las han interrogado, y al parecer cada una da una descripción diferente del padre.

–¿Al parecer? –recalcó Mari.

–No tengo detalles. Yo no llevo la investigación allí.

–¿Quién, pues?

–El inspector Juris –y sonrió–. ¿Le gustaría ir allí?

–¿Por qué?

–A él le interesaría. Sé que quería ponerse en contacto con usted.

–No veo en qué puedo serle útil.

–Usted es la única que ha convivido unos días con su... ¿cómo diría yo?... con su forma amorfa. Hablo de Urn, claro está. Y al mismo tiempo es la única que está al corriente del asunto.

–¿No lo saben las demás?

–No. Oficialmente, los niños están retenidos y aislados porque presentaban síntomas de enfermedades infecciosas.

–Pero esta explicación no servirá indefinidamente.

–No, no servirá. Encontraremos otras –dijo confiadamente, y añadió–: ¿Quiere que telefonee al inspector Juris?

El hombre le cayó antipático en seguida. Era alto y robusto, con el clásico corpachón de armario popularizado por las novelas policíacas, y tenía la voz aflautada. No obstante, la antipatía se la suscitó, sobre todo, su especie de amabilidad torpe.

–No sabe usted cómo la admiro, señora Drau –fueron casi sus primeras palabras–. Pocas mujeres hubieran sido capaces de denunciar a su hijo.

Mari quedó estupefacta al ver que las cosas podían interpretarse de esta manera.

–Perdone –objetó–; usted se equivoca. La singularidad de mi hijo me hizo pensar en la necesidad de denunciar al probable culpable de la muerte de mi marido, y esto es todo.

El inspector Juris no se dio por vencido y dijo:

–A pesar de todo, es admirable. La colaboración de una mujer como usted no tiene precio.

Por su gusto, Mari ya se hubiera marchado, pero el hombre ya encadenaba:

–Como le habrá dicho mi colega, hay sólidas presunciones de que el individuo Urn continúa en Margala o sus alrededores. Probablemente en sus alrededores. No podemos olvidar que la carencia de documentos de identificación le impide ejercer una actividad continuada. Por consiguiente, lo más seguro es que se vea obligado a realizar tareas eventuales, como peón o como jornalero en el campo. No hay ninguna otra manera de pasar desapercibido.

–Según estas mujeres que han tenido hijos suyos, ¿a qué se dedicaba cuando las conoció?

–Una nos dice que era agente de seguros, otra representante comercial, y la tercera comerciante de antigüedades. No se ha podido comprobar nada al respecto. Hay que precisar que ninguna de ellas lo conoce mucho. Se trata, en los tres casos, de jóvenes de conducta un tanto irregular para las cuales la relación con Urn es una aventura entre muchas o que, como máximo, se distingue de las demás porque les dejó un crío. Todas lo perdieron de vista poco después de quedar embarazadas.

–Es extraño que no recurrieran al aborto...

–Otras lo habrán hecho.

–El inspector Merna pretende que las descripciones que han obtenido de estas mujeres no coinciden...

-No, en absoluto.

-¿Y qué puedo hacer yo?

-Es muy sencillo. Como le he dicho, nos inclinamos a creer que trabaja en el campo. Tenemos una relación de todas las masías, de todos los granjeros de la región, y por ahí se encaminan nuestras pesquisas. Ya hemos detenido a tres personas.

-¿Detenido?

-Provisionalmente, claro. Detenemos a todos los individuos que no pueden identificarse como es debido. Y aquí es donde entra usted. Naturalmente, en su apariencia actual Urn no se parecerá al Urn que usted conocía, ni a su marido, pero todos confiamos en que puede haber algún que otro detalle, no sabemos cuál, de carácter permanente. Nadie más, si no usted, puede reconocer ese rasgo.

-¿Y bastará una impresión mía para condenar a un hombre?

-No. Si usted llegara a señalarlo, agotaríamos todos los medios de identificación a nuestro alcance... Al fin y al cabo, todo el mundo tiene o ha tenido una familia, ha nacido en algún lugar, y aunque le interese ocultarlo, lo revelará al darse cuenta de que la inculpación es grave.

-¿Y si no da resultado?

–Disponemos de otros recursos –dijo el inspector Juris–. Más tarde o más temprano, daremos con él. Pero nos interesa que sea lo antes posible, antes de que haya tenido tiempo de multiplicar demasiado su progenie. Las malas hierbas deben ser exterminadas sin contemplaciones –añadió apasionadamente–. ¿No cree?

Mari, alarmada por aquel tono brutal, procuró conservar la serenidad y, sabiendo que el inspector Juris no tenía bastante autoridad para garantizarle nada, dijo:

–Antes de aceptar esta colaboración que me propone, desearía hablar con el secretario del ministerio de Seguridad.

El hombre se mostró sorprendido.

–Yo creía que todo había quedado bien acordado con el inspector Merna...

–No, no a mi satisfacción. Es indispensable que hable con el señor Minella.

El inspector Juris suspiró, molesto.

–Haré lo que pueda.

Después de dos días perdidos entre conversaciones telefónicas y el viaje, Mari volvió a entrar en el despacho donde un día la habían interrogado ante un magnetófono,

pero ahora no había ninguno y el secretario la recibió solo. La dejó hablar sin interrumpirla y, cuando terminó, dijo:

–Señora Drau... Es usted una persona de carácter y, hasta el momento, ha dado suficientes señales de fortaleza para que yo pueda serle franco. –Se pasó un dedo por la barbilla escrupulosamente afeitada y prosiguió–: En ningún momento hemos tenido el propósito de eliminar, en cualquier forma, a esas desgraciadas criaturas. Muy al contrario, nos interesa conservarlas y tenerlas en observación mientras sea posible. Y hablo así porque de los primeros exámenes realizados por los especialistas se desprende que no sobrevivirán a la pubertad. Esto, que ya de por sí es lamentable, puesto que nos limita el tiempo de que disponemos para estudiarlos, nos evita, en cambio, adoptar una medida prevista en caso necesario: esterilizarlos. Es más aconsejable que privarlos de la libertad. –Hizo una breve pausa, por si ella quería añadir algo, pero Mari continuó callada–. En lo que respecta a su hijo –prosiguió el señor Minella–, cuando me anunciaron su visita me disponía precisamente a convocarla para darle personalmente la noticia..., la desagradable noticia...

–¿Le ha ocurrido algo? –preguntó ahora ella.

–Sí, por desgracia... Tenga en cuenta que trabajamos en un campo virgen, que no sabemos como quien dice nada acerca de la naturaleza de estos seres y que, a pesar de todas las

precauciones... En una palabra, señora Drau: en el transcurso de uno de los exámenes, su hijo murió...

Ella se irguió, pálida.

–¡Dirá que lo mataron!

–¡Pero, señora! –protestó el secretario–. Usted no ha escuchado lo que le he dicho... ¿No comprende que todos estos seres nos son preciosos, que gracias a ellos nuestros científicos podrán estudiar una forma de vida altamente evolucionada, inteligente y muy distinta de la nuestra? Ni el padre sufrirá el menor daño. Simplemente, evitaremos, como ya le he dicho, que se propaguen.

–Uno de sus subordinados ha hablado de exterminio.

–No son los subordinados los que deciden. Y también es posible que usted lo haya interpretado erróneamente. Cabe hablar de exterminio en el sentido de que la raza no prosperará. Y eso usted lo comprende, sabe que debe ser así. No es que pensemos que el hombre, en su fase actual, sea una finalidad última; muy al contrario, creemos en un progreso..., pero en un progreso humano, ahora amenazado por esta nueva forma de vida que, como usted ha visto, procede sin el menor escrúpulo. Esto lo sabe usted mejor que nadie, ya que fue su primera víctima.

–Sin embargo, el niño...

–Usted es muy joven, señora Drau –se apresuró a interrumpirla el secretario–. Tendrá otros hijos, otros hijos normales, humanos, si me permite que me exprese con toda sinceridad. Yo comprendo sus sentimientos; fuera lo que fuese era un hijo. Pero ahora debe pensar en sus responsabilidades.

–¿Responsabilidades?

–Todos las tenemos. Las responsabilidades que nos confiere nuestra condición humana. Una existencia, una forma extraña, ha venido a perturbar nuestro orden. El simple instinto vital ya nos aconseja defendernos, pero todavía nos lo aconseja más la inteligencia. El hombre está en peligro, señora Drau, y a usted, por así decirlo, le ha tocado un puesto de combate en primera fila. No es envidiable, desde luego, pero estoy seguro de que, en conciencia, no puede usted desertar.

Ella sólo reunió fuerzas para murmurar:

–¿Podré ver al niño?

–La acompañaré personalmente.

El día después del entierro, Mari se trasladó nuevamente a Margala, resignada a emprender una tarea que ahora, después de aquel desenlace, le resultaba más ingrata, y en el curso de los seis días siguientes tuvo que encararse con nueve detenidos que esperaban su visita. Los vio uno tras

otro, como supuesta representante de una sociedad cívica de ayuda a los presos, y cada vez pudo hablar con cada uno un buen rato a solas, con el carcelero al otro lado de la puerta, dispuesto a intervenir si el hombre se permitía alguna insolencia, o algún ademán violento.

Algunos, aturdidos por la aventura de su detención, le confiaron problemas familiares y conflictos personales que, de un modo u otro, los situaban al margen de la sociedad; otros, más astutos, se mofaron de ella, e incluso hubo uno que quiso persuadirla para que se dejara hacer el amor.

Sin embargo, y de ello estaba razonablemente segura, ninguno de ellos era Urn. Tenía la impresión de que, incluso en ausencia de unos rasgos más o menos familiares, su corazón sabría descubrir el individuo que había suplantado a Laris. Un mecanismo interior, instintivo, reaccionaría. El inspector Juris, a quien se lo confió al salir de la última celda, también se mostró de acuerdo.

–Como policía, no debería creer en eso, en las intuiciones. Pero creo en ellas. Por lo tanto, no se desanime. Mañana llegarán dos más.

Pero a éstos ya no los vio. Aquella noche, cuando se dirigía hacia el hotel donde la policía le había reservado alojamiento, la interpeló un individuo con el que casi tropezó al doblar una esquina.

–¡Señora Drau!

Se detuvo, sin reconocerlo, y él lo advirtió.

–¿No se acuerda de mí, verdad? –le sonrió–. Hace años, cuando tenían ustedes aquel arrendamiento, yo había tratado a su marido.

–¡Ah! Tal vez sí.

–Entonces, yo tenía un almacén. Arri Conse... ¿Lo recuerda ahora?

–Vagamente –mintió ella–. ¿Ya no lo tiene?

–¿El almacén? No. El negocio no funcionaba muy bien y lo perdí. No sabía que usted volvía a vivir aquí.

–Estoy de paso, por pocos días.

–Comprendo... Al que veo a veces es a aquel mozo que tuvieron ustedes.

La sorpresa la envaró.

–¿A Urn?

–Sí. ¡Y buena pieza está hecho él!

–¿Qué quiere decir?

El hombre consultó su reloj.

–¿Tiene mucha prisa?

–¡No, no! Dígame...

–¿Por qué no me acompaña a casa? –propuso el señor Arri
Conse-. Me gustaría enseñarle una cosa, ya que he tenido la
suerte de dar con usted.

–¿De qué se trata?

–Ya lo verá. Tengo motivos para creer que abusó de la
confianza que ustedes pusieron en él. Le convenía disponer
de una tapadera, ¿me entiende?

–¿Una tapadera?

–Sí. Cayó en mis manos un papel... Pero venga conmigo.
Vivo muy cerca de aquí.

Lo siguió calle arriba y dobló hacia un callejón más
estrecho, en el que sólo había un farol. Estuvo a punto de
retroceder, pero el hombre dijo:

–Es la segunda casa.

La puerta de entrada estaba abierta y subieron hasta el
último piso, el tercero, por una escalera de obra, muy
desgastada. Numerosos dibujos ensuciaban las paredes y
había inscripciones ofensivas referentes a nombres

femeninos, aunque otros merecían los honores de un corazón traspasado por una flecha en forma de falo.

Una vez arriba, el señor Arri Conse abrió la única puerta del rellano, accionó el interruptor desde fuera y la invitó a pasar.

–Entre...

Penetró en una habitación con mansarda, en la que sólo había una cama, una silla y una mesa, y de cuyas paredes, sólo interrumpidas por una ventana, colgaban tiras de papel desprendido a causa de la humedad. Alzó los ojos hacia el techo de vigas que seguían la inclinación del tejado y, sorprendida por aquella miseria, se volvió.

Urn, con sus facciones blandas y carentes de carácter, tal como lo había conocido durante nueve días, casi cuatro años antes, apoyaba su cuerpo deshuesado contra la puerta y la miraba con una tímida sonrisa.

–Sí –dijo–, soy yo.

Ella se quedó sin palabras, inmóvil y casi indignada consigo misma, al advertir cómo le había fallado aquel supuesto sexto sentido, ya que ni por un momento había imaginado que pudiera ser él. Y cuando recobró el uso de la palabra, salió de sus labios una frase que nunca había tenido la intención de pronunciar; hasta más tarde no comprendió que había querido herirlo.

–¿Sabes que han matado a tu hijo?

Y volvió a sorprenderse ahora por haber empleado esa expresión que, según el secretario del ministerio, no respondía a la verdad.

Él, en cambio, la aceptó como cosa natural.

–No me sorprende –dijo–. También me matarán a mí, si pueden.

–¿Y por esto –masculló ella con súbita ira– asesinaste a Laris?

Urn abandonó la puerta y se le acercó.

–Nunca he asesinado a nadie, Mari. Si te han hecho creer tal cosa, han mentido porque les convenía. Laris murió sobre el volante, a causa de un ataque que lo fulminó. Ni pudo decir nada. Un leve gemido y...

–Pero lo enterraste en seguida, en un hoyo cualquiera. ¿Por qué, si no tenías nada que ocultar?

–Sabes que sí, que tenía que ocultar quién era yo –dijo Urn–. Si hubiera declarado su muerte, se habría iniciado una investigación que yo no podía permitirme arrostrar. Pero no fue solo por esto –añadió–. Pensé en ti y en que era la ocasión de hacerte un hijo. No soy culpable de nada más, Mari.

–¿Y por qué a mí? El mundo está lleno de mujeres.

–Ya lo sé –asintió Urn–. Pero a ti te quería.

Ella apoyó una mano en la mesa, debilitada por el recuerdo de aquellos días y de sus noches, y lo miró.

–Eso no te ha impedido buscarte otras.

–No. –Hizo una pausa–. ¿No lo entiendes, Mari? No podía perder tiempo porque sabía que pronto me destruirían. Como a mis compañeros.

La joven levantó la vista.

–No creo que les hayan hecho nada; los están estudiando.

–Los estudiaron, sí, pero no por mucho tiempo.

–¿Y tú cómo puedes saberlo?

–Porque hasta el último momento estuve en contacto con ellos. –Advirtió su expresión escéptica y dijo–: Sí, podemos comunicarnos a distancia. Sé el instante preciso en que los mataron. A dos de ellos antes de que tú tuvieras a nuestro hijo, y a los otros dos al cabo de pocos meses.

Se sentó en la única silla de la habitación y apoyó la cabeza en las manos. Ella le preguntó:

–¿Por qué vinisteis?

-No sabíamos adónde ir. Y la Tierra ya la conocíamos; nos habíamos acercado a ella más de una vez en el curso de los últimos mil años.

Mari murmuró:

-Todas aquellas naves a las que llamamos platillos volantes...

-No, todas no; algunas.

-¿Y nunca habíais aterrizado?

-Nunca.

-¿Y por qué lo hicisteis esta vez? ¿Acaso nos queríais colonizar?

Urn separó la cabeza de las manos.

-¿Colonizar? No, Mari, es que nos quedamos sin mundo. Veníamos... veníamos a refugiarnos.

Las primeras imágenes las captaron a más de quinientos millones de kilómetros de distancia, cuando la nave de servicio regresaba después de cumplir una misión rutinaria de patrulla, y a Djlnl ya no pudieron acercarse, pues el planeta era una masa incandescente en la que no hubiera podido sobrevivir ninguna forma de vida.

Ignoraban qué había sucedido, lo ignorarían siempre, pero todo les impulsaba a creer que, por uno de aquellos azares estadísticamente tan improbables, algún fallo en cualquiera de las centrales de energía atómica había generado un proceso en cadena. Era irónico que un accidente de esa índole hubiera tenido lugar precisamente en aquel mundo en el que jamás se había hecho un uso bélico de la fusión del átomo, ya que hacía milenios que los habitantes de Djlnl no guerreaban. Una raza única, formada por la mezcla de las razas primitivas, poco diferenciadas, había sublimado gradualmente sus instintos agresivos para crear una civilización en la que el estímulo no eran las riquezas ni el poder, sino el desarrollo de las potencialidades creadoras de la especie. Una larga tradición en este sentido había culminado, dieciocho siglos antes, en la aparición de una criatura nueva, un auténtico mutante cuya plasticidad molecular le permitía elegir su forma corporal sin más limitaciones que las del peso y el volumen. A través de un programa implacable, se había favorecido con tanta mesura la expresión de estos nuevos seres que, al cabo de una veintena de generaciones, esta facultad ya era compartida por todos los miembros de la comunidad.

Tal como el hombre se había apoderado de la inteligencia que le diferenciaba de la bestia, los djlnl habían dado un paso, y confiaban en que no sería el último, hacia la superación de las limitaciones físicas y mentales del individuo. No podían, desde luego, desencamarse ni adoptar

formas que supusieran una contracción física, pero esto aparte les estaba permitida prácticamente cualquier transformación, incluso la de las características sexuales, aunque todo cambio de sexo se traducía, por razones todavía desconocidas, en esterilidad.

Un prudente control de la natalidad hacía que la población se mantuviera estable, perfectamente adaptada a las posibilidades del ambiente. Esto y la desaparición de la propiedad privada habían acabado por eliminar todas las desigualdades basadas en la riqueza y únicamente subsistían, aunque sin tener absolutamente ninguna incidencia social, las de las capacidades personales de cada uno.

Había aún, eso sí, envidias y rivalidades provocadas, sobre todo, por motivos profesionales y, en algunos casos, por antagonismos de tipo afectivo, pero esto rara vez se traducía en delitos, ya que una formación cívica extrema y no discriminatoria impedía a los ciudadanos el entregarse a actos de violencia; las tensiones solían resolverse de manera civilizada, a base de compromisos y de superaciones que, de hecho, beneficiaban a la comunidad.

Y ahora, aquel mundo en el que era posible una auténtica convivencia y el libre desarrollo de las potencialidades del individuo, había dejado de existir por culpa de un error de cálculo, de un descuido, o de una avería mecánica que nadie supo prever. D¡nl era una masa llameante ante la cual los

cinco astronautas tuvieron que retroceder, sin saber qué hacer ni adonde ir. En aquellos momentos no había ninguna otra nave prestando servicio y, por consiguiente, sabían que eran los únicos supervivientes de su raza.

–Y vinisteis a la Tierra –murmuró Mari.

–Sí. El único planeta habitado por una especie semejante a la nuestra entre los ciento veintitrés que habíamos explorado.

Ella retuvo la expresión más sustancial de su frase y repitió:

–¿Semejante a la vuestra?

–Somos, como vosotros, bípedos de marcha erecta, con cuatro extremidades, y nos reproducimos sexualmente por impregnación de la hembra, que es vivípara. Siempre hemos creído que entre los humanos y nosotros había un proceso evolutivo más o menos paralelo... Y esto, esta semejanza que podíamos acentuar a voluntad, nos hizo pensar que podríamos confundirnos entre vosotros.

–¿Y no habría sido más sencillo escoger un planeta habitable, pero deshabitado?

–Sí, más sencillo, desde luego –respondió él–. Pero piensa que éramos cinco varones...

–Y necesitabais mujeres –concluyó Mari–. Hembras que os dieran hijos a través de los cuales poder destruir al hombre y así reanudar vuestra maldita civilización... Porque no creo absolutamente nada de todo eso que me has contado –añadió apasionadamente–. ¿Qué orden, qué convivencia puede haber entre seres capaces de cambiar de aspecto? ¡Buen paraíso para los criminales debía ser vuestro mundo!

–Perdona –repuso Urn, plácidamente–, pero no veo la relación.

–¿No? Cuando ni siquiera es posible identificar a las personas –empezó, sin advertir que estaba repitiendo un concepto del inspector.

El joven se mostró sorprendido.

–¿Quién ha dicho tal cosa?

–Es lógico, ¿no crees? Si siempre estás cambiando de cara, de cuerpo...

–Hay la identificación cerebral, y te aseguro que es tan infalible como lo de vuestras huellas digitales. Nadie puede hacerse pasar por otro.

–Entonces, ¿el cerebro no cambia?

–Sí, puede cambiar si quieres, pero a nadie se le ocurriría hacer tal cosa.

–¿Por qué?

–Porque dejaría de ser él para siempre. Una transformación cerebral implica un olvido absoluto de las propias experiencias, de todo aquello que hace que uno siga siendo el mismo a pesar de los cambios. El cerebro conserva la identidad, por así decirlo.

–¿Cómo?

–Gracias a las sinapsis, que son las conexiones que se establecen entre las neuronas. Si en un cerebro hay más de diez mil millones de ellas y cada una puede tener diez mil enlaces diferentes, comprenderás que no hay dos cerebros que sean iguales. Las técnicas de control que poseíamos sobre estas «normas» facilitaban la identificación individual. Si a esto añadimos la «huella» del *locus caeruleus*, uno de los nudos reticulares que hay en la base del cerebro y que interviene en el mecanismo que provoca los sueños...

–¡Pero nosotros no sabíamos estas cosas! –exclamó ella.

–Tú, no. Las autoridades, sí. Mis compañeros no les ocultaron nada y vuestros científicos están suficientemente familiarizados con la estructura y el funcionamiento del cerebro para poder dominar, casi sin esfuerzo, esas técnicas para nosotros ya viejas.

Mari se dirigió hacia la cama, detrás de él, y, silenciosa, se sentó en ella. Urn se volvió al mismo tiempo que añadía:

–Y eso no impidió que los mataran.

Como distraída, la joven murmuró:

–Pero habéis recurrido al engaño...

–He recurrido yo al ver cómo se desarrollaban las cosas
–dijo Urn, y se levantó para sentarse al lado de ella–.
Escúchame, Mari... ¿No se te ha ocurrido que, como
cualquier criatura, tengo derecho a la vida, y sobre todo a la
vida de mi especie?

Ella tardó unos instantes en contestar, y al hacerlo inclinó
la cabeza.

–No, no había pensado en ello. ¿Por esto has querido tener
tantos hijos?

–Sí, Mari, con la esperanza de que se salvara uno u otro de
ellos. Hubiera querido que fuese el nuestro.

–¿Y por qué él, precisamente?

–Porque a ti te lo hice con amor, Mari.

–Pero te marchaste apenas lo tuve...

–Sí. Me asusté al comprender que pronto te darías cuenta
de que yo no era Laris. No había pensado, antes, que me
delataría.

La joven acercó la mejilla a la suya, le cogió la mano y él pudo ver que tenía los ojos llenos de lágrimas. Sin embargo, no tuvo tiempo de decir nada, porque Mari susurró:

–Quiero tener otro, Urn...

Él se separó casi con violencia, sobresaltado.

–Pero, Mari, si hace un momento...

Ella meneó la cabeza.

–Tampoco a mí me gustaría que se acabara mi especie –dijo–. Ven, Urn...

Y lo abrazó.

Pasada más de una hora, en el silencio de la noche, oyeron el sordo rumor de pies que subían por la escalera y Mari se incorporó en la cama, escuchando. Le pareció que alguien se detenía junto a la puerta y cuando él, extrañado por su inquietud, le preguntó qué ocurría, la joven dijo en voz baja:

–¡Chitón! Debe de ser la policía.

–¿La policía?

–Me habrán seguido, y al ver que no salía...

Una mano recia golpeó la puerta y una voz que identificó como la del inspector Juris, al que los agentes debían de

haber avisado antes de tomar iniciativas, confirmó sus sospechas.

–¡Abran! ¡Policía!

–No contestemos –dijo la muchacha, saltando de la cama–. Tal vez crean que no hay nadie. –Corrió de puntillas hacia la ventana–. Podríamos intentar escapar por aquí...

No llegó a abrirla, pero a través de los cristales distinguió dos figuras acurrucadas o arrodilladas en el tejado de enfrente, y rápidamente se dio la vuelta.

–Tienen rodeada la casa...

Llamaban de nuevo a la puerta, pero ella no hizo caso y volvió junto a la cama donde Urn, sentado, se estaba vistiendo.

–¿Qué hacemos?

El joven meneó la cabeza.

–Así tenía que acabar...

–¡Policía! –repetieron desde afuera–. ¡Abran o echamos abajo la puerta!

Ella, que se estaba poniendo las bragas, se las sacó otra vez y, de pronto, se le iluminó la cara.

–Oye... Has dicho que también puedes convertirte en una mujer...

Urn la miró y, a pesar de la situación en que se encontraban, tuvo que taparse la boca con las manos para sofocar la risa que le acometió al entender las implicaciones de aquellas palabras.

–Date prisa –urgió la joven, y se volvió de espalda para no presenciar la transformación.

Sobre la cama, reptó hacia la pared y, a los pocos momentos, sintió que un brazo le rozaba los pechos mientras, al otro lado de la puerta, el inspector Juris ordenaba:

–¡Dispara contra la cerradura!

Se volvió, y abrazada a Urn se tapó la cabeza con la sábana. Oyó el disparo como si hubieran hecho fuego dentro de la misma habitación y, en el acto, el estrépito de la puerta que golpeaba contra la pared.

Esperaba unas palabras que les ordenaran levantar las manos, abandonar la cama, pero nadie dijo nada. En cambio, unos pasos avanzaron por la habitación y, seguidamente, una mano retiró las ropas. Entonces miró.

El inspector Juris, inclinado sobre ellos, tenía los ojos tan abiertos que habían cobrado forma redonda, pero la boca se

fruncía en una mueca de asco que alteró su voz cuando ordenó:

–¡Fuera de la cama!

No les quitó la vista de encima mientras le obedecían y Mari miró de reajo a su compañero. No, ni ella hubiera tenido la menor duda de haber sido el inspector.

El hombre guardó la pistola que empuñaba y desvió los ojos hacia su cara.

–¿Sabe que la podría... las podría detener por esto?

Mari le sostuvo la mirada.

–No hacemos ningún daño a nadie.

El inspector dio media vuelta y, ya cerca de la puerta, empujó a uno de los agentes, embelesado como los demás.

–¿Qué estás mirando, imbécil?

El hombre tragó saliva, ruidosamente, y le siguió.

El día siguiente, por la mañana, el inspector Juris indicó fríamente a una Mari no demasiado avergonzada que ya no le era indispensable su colaboración, y a primera hora de la tarde la joven regresó a la capital, donde dos días después se presentó para solicitar un duplicado de sus documentos de identificación, perdidos, según dijo, durante el viaje.

Tres días después alquiló un pequeño *cottage* de los cinco que había semiocultos en un bosquecillo privado de Surbis, una localidad cercana que, de hecho, ya no era más que un arrabal de la ciudad. Y al principiar la semana siguiente se incorporó a un nuevo empleo, en el departamento de relaciones públicas de una empresa del ramo de productos de limpieza. Compró una bicicleta para no tener que depender de un transporte público lo bastante lejano como para disuadir a quienes hubieran querido vivir en los *cottages*. En aquellos momentos sólo había otro ocupado por dos ancianos insociables que, cuando Mari pasaba cerca de ellos, volvían la cabeza para no tener que saludarla.

Urn no se reunió con ella hasta después de tres semanas, cuando recibió el duplicado de la documentación que, si por casualidad había un control de viajeros en el tren, le permitiría hacerse pasar por Mari, a la que se parecía como una hermana gemela, con la única diferencia de que él tenía los cabellos mucho más cortos.

Aquella noche, cuando por fin llamó a la puerta del *cottage* ella quedó admirada al comprobar hasta qué punto el joven había reproducido sus facciones e incluso su expresión.

–Parece increíble –le dijo, y lo llevó ante un espejo, en el que dos muchachas prácticamente idénticas se

contemplaron mutuamente—. ¿Sabes que incluso me resulta un tanto molesto eso de verme duplicada?

—No será necesario que me veas más así. Sólo seré tú cuando estés fuera, en el caso de que llame alguien.

—Sería mejor no abrir...

—Es que pueden oírme y les extrañará que no conteste nadie.

—Sí, será más prudente. Sin embargo, no creo que venga nadie a visitarnos. Es una suerte que haya encontrado este lugar tan aislado. El único inconveniente es que nunca podremos salir juntos.

Iba a separarse ya del espejo cuando hizo un gesto y retuvo a Urn.

—A ver, espera...

Volvió a examinarlo a él, a examinarse a sí misma.

—¿No notas nada?

—¿Te refieres a alguna diferencia?

—Sí.

Urn se contempló con mayor atención.

–No.

–Los cabellos –dijo ella–. Tengo que cortármelos. ¿Tú lo sabrías hacer?

–Creo que sí.

Fue a buscar unas tijeras, se sentó y Urn, cuidadosamente, se los recortó hasta que quedaron como los suyos.

A las ocho de la mañana se despidieron con un beso antes de cruzar la puerta y después Mari salió. Una vez afuera, cogió la bicicleta apoyada contra la pared, bajo el pequeño porche, y llevándola por el manillar atravesó los tres o cuatro metros que la separaban de la baja cerca de madera. Abrió ésta, hizo pasar la bicicleta y, una vez al otro lado, montó en ella.

Pasado un segundo y sin haber tenido tiempo de imprimir una vuelta a los pedales, yacía ya en el suelo y Urn, sorprendido por el estampido del disparo, miró por la ventana. En el acto echó a correr hacia la puerta, pero entonces oyó unas voces que se aproximaban y se detuvo un momento para transformarse; no convenía que los vecinos supieran que allí había un hombre.

Pero no eran los vecinos. Un agente de policía se inclinaba sobre Mari, y otro hombre, en el que reconoció al inspector Juris, miraba hacia la casa. En el suelo, junto a la bicicleta y la joven, había ahora un fusil.

Avanzó sin apartar los ojos de los del inspector, que le miraba con una expresión triunfal y que, al parecer, no hacía el menor caso de las palabras que en aquel momento pronunciaba el agente:

–Entre ceja y ceja... Muerto en el acto.

Urn murmuró:

–¿Por qué?

–¿De veras suponía que esto les daría buen resultado?
–dijo el inspector–. ¿No se le ocurrió pensar que debíamos hacer un informe y que se nos comunicaría inmediatamente que, entre sus múltiples habilidades, tenía la de hacerse pasar por una mujer?

Se dio cuenta de que creían que ella era Mari y bajó la mirada hacia el cadáver, mientras preguntaba:

–Entonces, ¿nos siguieron?

–La seguimos a usted –rectificó el inspector– y cuando pidió aquel duplicado al servicio de identificación comprendimos perfectamente qué se proponían. Lo que no acabo de ver claro es por qué quería protegerlo. Un enemigo, tal vez el asesino de su marido...

El agente, que había sacado un teléfono de campaña de la bolsa que llevaba colgada al lado, y ahora daba órdenes a

alguien, le permitió abstenerse de dar respuesta. Sin embargo, después preguntó:

–¿Y era necesario matarlo así, como a un perro?

La cara del inspector reflejó enojo y el hombre replicó con aspereza:

–¿Cree, acaso, que debimos llevarlo ante los tribunales?

La ambulancia debía de esperar muy cerca del bosquecillo, pues ya se acercaba por el camino, y el agente retiró la bicicleta para que no estorbara.

–Hubiera sido más justo. Todo el mundo tiene derecho a explicarse. Tal vez no era tan culpable como creían...

El inspector Juris le miró despectivamente y escupió, como si fuese un insulto:

–¡Mujeres!

Se volvió hacia la ambulancia, que acababa de detenerse y de la que el agente sacó una camilla sobre la cual, entre él y el chófer, depositaron el cadáver para cargarlo en el vehículo.

Sin alejarse de la cerca, siguió el curso de las maniobras y observó que el policía subía a la parte posterior, como para seguir vigilando a la muerta. Tuvo que apearse de nuevo

porque olvidaba el fusil, y el inspector Juris caminó hacia la ambulancia, donde el chófer se encontraba de nuevo ante el volante.

Ya tenía una mano en la manija de la puerta de la cabina, cuando le preguntó:

–¿Y cómo sabían que era él?

El hombre le miró por encima del hombro, con una cara satisfecha y una mueca burlona, y respondió lacónicamente:

–Los cabellos, señora Drau.

Y subió al vehículo, que se puso en marcha inmediatamente.

Urn esperó unos segundos, hasta que la ambulancia viró al llegar al lindero superior del bosquecillo, y entonces, sin correr, se trasladó a la parte posterior del breve jardincillo y, sin entretenerse siquiera en echar un postrer vistazo al *cottage*, saltó la cerca. De un momento a otro, el inspector Juris, hasta entonces obcecado por la captura, podía caer en la cuenta de que las dos llevaban el cabello corto...

LA MUCHACHA QUE VENÍA DEL FUTURO

I

Una semana antes, todo habría transcurrido probablemente de modo muy diferente, porque se habría encontrado con la madre. Pero ahora ésta ya había muerto y, desde entonces, yo vivía solo en la pequeña torre de la calle de Nou Pins. Por esto, porque en la casa no podía haber nadie, me extrañó ver luz en una de las ventanas del piso alto, donde teníamos los dormitorios. Sin parar mientes en la posibilidad de que hubiera entrado un ladrón y de que me exponía a una agresión, abrí la puerta y di un paso en el vestíbulo. Sólo uno... de momento.

Una muchacha muy bella, totalmente desnuda, bajaba de la planta superior. Al verme vaciló, tan sorprendida como yo, y en seguida echó a correr por la escalera y hacia el interior

de la planta baja, pensé que con la intención de huir por detrás.

Pude detenerla en la puerta de la cocina y, al sujetarla, ella se volvió con un movimiento agresivo que no prosperó cuando le torcí un brazo hacia atrás, para inmovilizarla.

–¡Suéltame! –se quejó.

–No tan deprisa. ¿Qué estabas haciendo, aquí?

Esta sencilla pregunta, tan inevitable, pareció desconcertarla; al menos, se me quedó mirando como quien no sabe qué decir.

–¿Por dónde has entrado? –insistí.

–¡Suéltame! –insistió.

–No antes de que expliques cuatro cosas. No habrás bajado del cielo, ¿verdad?

Parpadeó dos o tres veces seguidas y se frotó un labio contra el otro con una energía que los enrojeció todavía más, pero no contestó.

–Supongo que te das cuenta –recalqué– de que por lo menos me debes una explicación...

–Sí, ya lo sé –e hizo una pausa–. ¿Tú vives aquí?

–Claro. ¿Por qué vas desnuda?

Era como si hasta entonces no lo hubiera advertido, pues se ruborizó ligeramente y, con un ademán ingenuo, con la mano que tenía libre trató de cubrirse los pechos. De nuevo parpadeó.

–No sé qué puede haber ocurrido –murmuró como para sus adentros.

Le solté el brazo, atento a sus movimientos.

–Ven –le dije–. Te daré algo...

Puesto que las faldas y las blusas de mi madre, que era más bien obesa, le hubieran quedado grotescamente holgadas y mis pantalones eran demasiado largos, me decidí finalmente por uno de mis *slips* blancos y una camisa. Lo aceptó sin el menor comentario y, medio vuelta de espalda, empezó a vestirse.

–No pretenderás que yo crea –comenté– que has entrado así, desnuda. Te hubieran detenido.

–Supongo que sí.

–¿Entonces?

Se abrochó los botones de la camisa.

–Es que no he venido desnuda.

–Bien... ¿Y qué ha sido de tu ropa?

–No lo sé... Llevaba pantalones, jersey y la ropa interior, claro.

–¿Por qué te lo has sacado?

–No me lo he sacado. Debo de haberlo perdido.

–¿Perdido? –me admiré–. ¿Dónde?

–Por el... –vaciló, sin mirarme–. Por el camino.

Tuve que contener la risa.

–¡Debían venirte muy anchas estas prendas!

–No es eso. Es que...

Y calló.

–¿Es qué?

Se humedeció un labio con el otro y observé que sus manos, nerviosas, retorcían un faldón de la camisa que le caía por encima del *slip*.

–No sé cómo, me he encontrado aquí...

–Tal vez se deba a que soy tonto, pero no acabo de entenderlo. Si te has encontrado aquí, es porque has venido.

-Sí, claro...

-No creo que hayas entrado para robar. Nadie va a robar en cueros. ¿Qué querías, pues?

-No lo sé... ¿Ésta es la calle de Eugeni Prenca?

-No; es la calle de Nou Pins. ¿Por qué?

-Es extraño -comentó como respuesta.

-Acabaré por creer que te has escapado de un manicomio... ¿Cómo te llamas?

-Deli.

-¿Y dónde vives?

-En la calle de Eugeni Prenca.

-Que yo sepa, esta calle no existe. Mira...

Pero ella me interrumpió.

-¿No podría quedarme... por ahora?

-¿Quieres decir a vivir aquí?

-Sí. ¿No lo permitirían tus padres?

-No tengo.

–¿Vives solo, pues?

–Sí, pero, oye: ¡soy yo quien pregunta! Todavía no me has dicho por qué has entrado, qué querías...

–Nada. Te aseguro que no quería nada.

Empecé a cabrearme.

–¿Sabes qué te digo? Que vuelvas a desnudarte y te largues. Y puedes agradecerme que no te denuncie.

–¡Pero si no sé adónde ir! –repuso, desolada.

–Vuelves allí de donde has venido.

–No puedo.

Se le debió de escapar, porque se retrató la contrariedad en su cara y me miró de reojo.

–Ya lo comprendo. Te han echado de algún lugar. O tal vez has tenido que huir. ¿Acaso te han sorprendido en una cama en la que no tenías que estar? –Me di una palmada en la frente–. ¡Claro, es eso! Has tenido que largarte tal como estabas, desnuda.

–¡No es verdad!

–Pronto lo sabremos. Si has entrado aquí, no podía estar muy lejos.

Furiosamente, ella se desabrochó la camisa.

–¡Si piensas eso, puedes meterte la ropa allí donde te quepa!

Y volvió a desnudarse, apresuradamente. Llegué a tiempo para interrumpir la operación cuando tenía ya el *slip* a medio muslo.

–¡Está bien, está bien! ¡No es eso, pues! Pero, ¿qué habrías pensado tú en mi lugar?

Le subí la prenda hasta que el vientre quedó cubierto de nuevo y la obligué a ponerse otra vez la camisa.

–Para que lo sepas –me dijo con expresión de reto–, ¡soy virgen!

–De acuerdo, no te enfades...

Pero de repente me enfadé conmigo mismo.

–¡Vaya si tiene bemoles la cosa! Te encuentro aquí en pelotas, te niegas a darme explicaciones, y todavía me excuso...

Su cara cambió de expresión y sonrió.

–Eres simpático.

–Soy simpático...

Colérico, atravesé la habitación en la que habíamos entrado para que ella se vistiera y di un portazo, inconscientemente, tal vez confiando en que aquello resolvería el problema.

Pero no lo resolvió. Cuando después de una hora, más sereno tras haberme duchado y afeitado, bajé de nuevo, ella estaba en la cocina y había algo en el fuego.

–¿Qué haces? –le pregunté.

–La cena.

Así fue como se instaló en casa. Yo iba cada mañana temprano a la central, donde seguía unos cursos de psicología y otros de perfeccionamiento de lenguas y dialectos antes de que me enviaran a Oriente, almorzaba en una cafetería con otros compañeros y compañeras también destinados al extranjero, y cuando regresaba al chalet por la noche lo encontraba todo a punto, limpio y ordenado como en vida de mi madre. Tal vez incluso más, pues ésta últimamente, a causa de la enfermedad, se había abandonado mucho.

El segundo día de nuestra convivencia le di dinero para que se comprara ropa, pero, por un extraño capricho, en casa llevaba siempre uno de mis *slips* y una camisa o un jersey. No es que yo me quejara, pues le caían extraordinariamente

bien. Tenía unos muslos largos y bien torneados, y unas nalgas salientes, sin ningún motivo para ocultarlas.

Mientras cenábamos y después, hablábamos, pero eran unas conversaciones llenas de reticencias cada vez que, de un modo u otro, se aludía a su persona, a su vida anterior, a la noche en que la encontré en el chalet, a su familia... Yo procuraba no hacerle preguntas directas y, como venganza, también me negaba a contestar las suyas cuando se mostraba demasiado personal. Nos referíamos pues a acontecimientos corrientes, a hechos leídos en el periódico, a ideas generales y de carácter más bien abstracto, cosa que, de todas maneras, me permitió advertir que era una muchacha muy culta, con conocimientos a nivel universitario. Una noche me dijo que tenía veinte años.

No obstante, de vez en cuando sorprendía en ella detalles de ignorancia que no me explicaba, por ejemplo cuando resultó que no sabía el nombre del actual alcalde, a pesar de que era un hombre muy popular desde que, dos años antes, decidió hacer algo sin precedentes: rebajar los impuestos municipales a todos aquellos que no llegaban a la segunda categoría de renta. En realidad, ella incluso desconocía el actual sistema tributario, implantado hacía ya cinco años y objeto de no pocas controversias. Tenía un conocimiento arbitrario y sumamente inexacto de algunos barrios de la ciudad, en la que aseguraba haber nacido y vivido siempre. Si yo se lo hacía observar, callaba o sonreía con una actitud misteriosa, como el jugador que tiene triunfos en reserva.

Había noches, cuando pasaban filmes interesantes, en que nos sentábamos ante el televisor y también en este campo, el del cine, resultó gradualmente que, pese a declararse aficionada al mismo, no había visto muchas cintas recientes, notables por uno u otro concepto. En cambio, a veces citaba títulos o directores que yo desconocía y sobre los cuales, al interrogarla, se desmentía en seguida con un:

–No, tienes razón. Creo que me he confundido.

Yo no sabía cómo interpretar todo esto, pero ello no me impedía enamorarme poco a poco. Ni siquiera era bonita, pero sí agradable, y cuando bajaba la guardia, lo cual no era frecuente, exhibía un carácter juguetón que a mí me encantaba. También tenía sentido del humor.

Un día, por ejemplo, cuando yo comentaba su afición a mis camisas, dijo:

–Son los botones.

–¿Los botones?

–Sí. Hay tantos que siempre tengo la sensación de que, si quiero, puedo abrochar uno más.

–¿Y qué me dices de los *slips*? No tienen...

–Precisamente, y una cosa compensa la otra.

Era el tipo de humor absurdo que me hacía gracia y que contribuía a que me encontrara bien a su lado. Al cabo de un par de semanas, me parecía ya que no podría vivir sin ella. No me importaba de dónde viniera ni quién fuese; la necesitaba con aquel tipo de urgencia con la que, a los veintiún años, necesitamos las cosas, sobre todo las mujeres que nos gustan.

Se lo dije una noche, mientras contemplábamos, todavía lo recuerdo, unos dibujos animados de Clan Yogui. Siempre nos sentábamos en un diván, cerca el uno del otro, y ocasionalmente nuestros brazos o piernas se rozaban sin que ella ni yo evitáramos el contacto o insistiéramos intencionadamente en él. Otras veces nos mirábamos y sonreíamos, haciendo algún que otro comentario sobre el programa. Aquel día, sin embargo, yo tenía los ojos clavados en ella, y la joven, cuya atención también se alejaba de los dibujos, me preguntó:

–¿Qué miras?

–Ya lo ves.

–Sí. ¿Por qué?

Le pasé un brazo por encima de los hombros, la atraje ligeramente hacia mí y, adelantando los labios, la besé. Fue un beso breve, que ni le habría dado tiempo para separarse, de haber querido hacerlo. Lo hice yo.

Siguió mirándome, y al ver que yo no decía nada, inquirió:

–¿Es esto, pues?

–Sí, Deli, es esto. Te amo.

Ella no separó sus ojos de los míos.

–Dirás que quieres amarme...

–No, digo que te amo.

Entonces volvió a mirar la pantalla y, levemente inclinada, con los codos apoyados en los muslos, unió las dos manos a la altura de las rodillas separadas.

–¿No lo habías advertido?

–Supongo que no quería advertirlo.

Fui yo ahora quien preguntó:

–¿Por qué?

–Porque no puede ser, Joni.

–Es así, Deli; no se puede evitar.

–No puede ser –repitió, y esta vez volvió a mirarme–. No sabes nada de mí.

–Sí lo sé. Tenemos muchas cosas en común.

–¿Cuáles?

–Para empezar, las camisas y los *slips*.

Sonrió y su mano se apoderó de la mía.

–Es verdad. Pero esto no basta.

–Quieres decir, simplemente, que tú no me quieres. Ella meneó la cabeza sin soltar mi mano.

–No puedo amarte, Joni. No tengo derecho a ello.

–¿Y eso se relaciona con tu entrada aquí?

Asintió, casi con solemnidad.

–¿De dónde venías? –pregunté.

Y ella, con voz muy baja, me contestó:

–De otro mundo, Joni. O como si fuera otro mundo: del año 1996.

Nos encontrábamos en 1974 y en aquel momento, según fue explicándome, ella todavía no había nacido. No nacería hasta 1976, en el barrio del Riu, y sería la hija única de un contable y de una ex mecanógrafa que se conocieron en la casa en la que trabajaban los dos. A los doce años, la familia se instalaría en la calle de Eugeni Prenca, en el principal del número 8, y ella cursaría los estudios secundarios y después

entraría en la Universidad, pero debería abandonarla casi en seguida, el año 1995, al morir su padre.

En realidad, todo esto no podía explicarse en condicional, puesto que formaba parte de su pasado. Ahora, en el año 1996, tenía veinte años, y un día, aquel anochecer en que la encontré en mi casa, cayó o se trasladó a 1974. Por tanto, había realizado un viaje por el tiempo.

–Desnuda... –bromeé.

–Sí, en aquel momento entraba en la ducha.

–Yo creía que me habías dicho que llevabas pantalones y jersey...

–Entonces no recordaba bien las cosas; acababa de llegar y estaba un poco aturdida.

–Muy conveniente.

–No me crees, ¿verdad?

–¿Y a ti qué te parece? Nadie ha viajado nunca por el tiempo. Ni puede hacerse.

–¿No? ¿Y qué hacemos todos, si no eso?

–Pero sólo hacia adelante, en una sola dirección.

–Entonces nada se opone a que puedas dar toda la vuelta...

–¿Qué vuelta? –inquirí, extrañado.

–Si viajas por una circunferencia, o por una esfera como la Tierra, acabarás por volver al punto del que has salido, pero habrás tenido que pasar por todos los lugares en los que no has estado nunca. Eso es lo que debe de haberme ocurrido a mí.

–Me parece que ésta es una interpretación más que caprichosa de las teorías de Einstein.

–Tal vez sí; no lo sé. Pero en un mundo finito, las cosas deben repetirse, ¿no crees? Es posible, pues, que el año 1974, dos antes de nacer yo, me encuentre aquí.

Volví a bromear:

–Habrías envejecido mucho por el camino.

–¿Por qué? Ya sabes que, según a qué velocidades viajes, incluso puedes rejuvenecerte.

–Viajes en el mundo físico –le hice observar.

–¿Y acaso éste no lo es? Todos los viajes tienen lugar en el mundo físico. ¿Cómo podría estar aquí, de no ser así?

Yo empezaba a hacerme un lío, pero se me ocurrió objetar:

–Por mucha velocidad que fuese la tuya, habrías tardado años; no habría sido una cosa instantánea.

–Yo no digo que lo fuese. Aparentemente, he tardado dieciocho años.

–Dieciocho y veinte suman treinta y ocho. Y tú tienes veinte.

–Pero los del viaje no cuentan, si lo he realizado a la velocidad exacta para rejuvenecerme al paso de los años que me iban envejeciendo, ¿no lo ves?

Yo no veía nada y me levanté, nervioso, casi mareado por aquel inicio de discusión. Ni Deli ni yo éramos científicos, pero ella tenía sobre mí la ventaja de haber reflexionado sobre una cuestión que la afectaba...

–¡No! –Casi grité al formar este pensamiento–. No puede afectarte, porque todo esto es imaginario.

–¿Qué dices?

Me senté de nuevo a su lado.

–Escucha, Deli. Es de sentido común que para llegar al año 1974 desde el 1996, o del que sea, también habría que viajar por el espacio. Y a esa velocidad de la que me hablas...

–¿Y por qué, por el espacio? Tal vez el tiempo sea un lugar... llamémoslo un lugar... por el que se puede pasar de un espacio a otro sin tener que atravesar los espacios que hay en medio. Quiero decir que, en la dimensión del tiempo,

es posible que el espacio tenga otro sentido, o que no tenga ninguno. Esto lo explicaría todo.

–¡Muy oportuno! Primero has reconocido que era un viaje en el mundo físico...

–Sí.

–Y ahora lo niegas.

–¿Por eso que he dicho sobre el espacio? No tiene nada que ver. También el tiempo es físico.

No encontré respuesta. ¿Lo era? Para salirme del paso como fuera, objeté:

–De todas maneras, tiene cualidades que no lo son.

Pero ella estaba al quite y no vaciló:

–Como nosotros. El propio pensamiento no es una cosa material, pero tiene un substrato físico sin el cual no podría existir. ¿Quién te asegura, pues, que el tiempo...?

–No lo embrollemos más, Deli, pues ya todo resulta demasiado difícil. Todo esto... –y entonces, con retraso, tocaron fondo unas palabras que ella había pronunciado poco antes–. Oye... Tú has dicho que has viajado durante dieciocho años, y supongo que te fundas en el hecho de que, al partir, tenías veinte y ahora te faltan dos para llegar al día

de tu nacimiento. Éste es un cálculo erróneo. Fíjate en que te encuentras a veintidós años de tu edad auténtica, el año 1996.

–No –replicó con toda sencillez–, porque en el año 1974, el actual, también tengo veinte. Me encontraría a veintidós años de los veinte si hubiera retrocedido en vez de avanzar.

–Si así fuera, habría una distancia más corta, dando la vuelta a través del tiempo, que si se retrocediera...

–Creo que sí. Pero tal vez sea la misma y todo es cuestión de perspectiva.

–¡Perspectiva! ¿No te das cuenta de que, con eso, es como si me dijeras que todo el mundo puede vivir en cualquier momento?

–Sí. Pero sólo una vez en cada ocasión. ¿Acaso cree que estoy, ahora, en el año 1996?

Volví a bromear, sin poder evitarlo:

–Pues tu madre debe estar pasando una ansia loca... Pero ella tomó mis palabras en serio.

–Sí, debe estar muy angustiada...

–¿Por qué no le mandas un telegrama?

–Si quieres burlarte...

En resumidas cuentas, nos enfadamos y la noche concluyó con portazos. Ya me estaba acostumbrando a ello.

El día siguiente, y los demás, se reanudó la discusión. Y se amplió. Dos noches después, por ejemplo, le hice una pregunta que se me hubiera tenido que ocurrir antes:

–¿Y es éste tu primer viaje?

–No; el tercero.

–¿Y dónde te encontraste las otras dos veces?

–La primera, entre un rebaño de ovejas. Era en 1832.

–¿Lo comprobaste?

–No, no pude. La segunda vez, sí. Había cerca una masía y entré para pedir un vaso de agua. Tenían un calendario y era del año 1913, tal como suponía yo.

–¿Y qué hiciste después?

–Regresé.

–Pero ahora te has quedado. ¿Por qué?

–Algo me falló. Es como si hubiera habido algún factor emocional que me perturbase, que todavía me perturba.

–Entonces, ¿no puedes ir y venir siempre que lo deseas?

–Normalmente, sí. Quiero decir que desde que descubrí que tenía esta facultad de armonizar con... porque es eso –se interrumpió–, como un don que te permite vivir con otro ritmo, con un ritmo que es el tuyo y es... digamos el del universo. Coincides con alguna cosa, ¿sabes?

–No, no lo sé, pero es natural, puesto que nunca lo he experimentado. Y ahora es como si hubieras perdido ese don...

–Perdido, no. Hay eso, unas perturbaciones.

–¿Y son muchas las personas del año 1996 capaces de realizar estos viajes a través del tiempo?

–No lo sé; yo no conozco a ninguna otra. Claro que, si las hay, tal vez hacen como yo y se lo callan.

–De todos modos, digamos que no es cosa corriente, una facultad que el hombre haya generalizado...

–No, eso no.

–Podríamos decir, pues, que en cierto sentido eres una persona anormal.

–Sí, así podría decirse.

–¿Y por qué te lo callas, en tu mundo?

–Porque tengo miedo. ¿No lo tendrías tú?

–Creo que sí. ¿Podrían encerrarte, verdad?

–Eso no importa, pues me escaparía. Pero podrían hacerme cosas peores.

–A mí me lo has dicho. ¿Tanto confías en mí?

Ella asintió con la cabeza.

–Claro. Tú me quieres.

Lo dijo con tal sentimiento, con tanta tristeza, que me emocionó y tuve que abrazarla.

–Deli, Deli... ¿Por qué no abandonas esas ideas? ¿No ves que sólo son fantasías? Podríamos...

Pero ella, que ya se disponía a corresponder a mis besos, se apartó bruscamente.

–Déjame, Joni... Si para ti son fantasías, es que debes pensar que estoy loca.

–Pero, Deli... ¡si tú misma sabes que eso no puede ser! Te has dejado suggestionar por una idea, por una lectura... Como no sea en un libro o en una película, nadie ha viajado nunca por el tiempo. No se puede viajar por él, te lo repito.

Clavó en mí una mirada grave, que contrastaba con mi creciente exaltación, y murmuró:

–No sé cómo puedes decir que me quieres... Debe ser, tan sólo, que tienes ganas de dormir conmigo. Y para eso, tanto da que esté loca como que no lo esté. Al fin y al cabo, soy una chica bien plantada y eso es lo que cuenta, ¿no crees?

–¡Deli!

Me sentía tan herido que la abofeteé. Y ella, en vez de echar a correr hacia su habitación, o de prorrumpir en llanto o reaccionar con insultos, me sonrió mientras yo seguía hablando:

–¿Acaso te he tocado una sola vez un hilo de tu ropa? ¿He venido a rondar tu dormitorio? ¿Me he excedido en algo? Dime, ¿en qué me he excedido?

Siguió sonriendo, se me acercó otra vez y me besó. Todo era tan extraño que me desinflé en el acto.

–Perdona –me dijo–, pero es que me entra una rabia cuando me sales con eso de las fantasías...

Cuando nos separamos, me pasé la mano por la frente con un ademán de fatiga, y me senté.

–Seamos sensatos, Deli. Haz un esfuerzo... ¿A ti te parece que si un día yo entrara en casa y encontrara en ella a alguien que me dijera que estaba muerto, que venía del otro mundo, yo podría creerle?

–No, supongo que no...

–Pues eso tuyo es parecido. Dices que vienes del futuro y el futuro no existe... todavía no existe. Habrá un 1996 si antes no hacemos volar el planeta, pero ahora no lo hay. Y si no lo hay, tampoco puedes estar tú aquí.

–Ya lo sé, Joni. Quiero decir que a ti esto no puede parecerte muy lógico, muy sensato. Te han acostumbrado a pensar así, en un tiempo que se está haciendo, se va creando, desarrollando, que se añade ordenadamente al tiempo ya pasado, o al actual. Pero ¿y si el tiempo ya estuviera hecho todo él, como si dijéramos? Si el tiempo existiera todo él a la vez, y nosotros sólo lo pudiéramos ir viendo poco a poco...

–De ser así, estaría en algún lugar, ¿no?

–Sí. El futuro estaría en un lugar al que todavía no hemos llegado.

–¿Como un pueblo al final del camino y que es ocultado por una montaña? ¿Un pueblo que no ves hasta que ya llegas a él?

–No exactamente. No es necesario que sea como el espacio, desde el cual puedes ver algunos lugares en los que todavía no estás y en los que estarás si continúas avanzando. Es otra dimensión, tal vez interiorizada...

¡Dale otra vez con lo mismo! Aquella noche cenamos a las doce y pico, cuando ya empezábamos a repetirnos y todo se tornaba circular.

Pronto me di cuenta de que estaba negligiendo mis obligaciones con la central y que sólo por pura rutina no me rezagaba en mis estudios. Lo quisiera o no, me pasaba todo el santo día ponderando los argumentos, o algunos de los argumentos, de Deli y buscando otros lo bastante contundentes como para refutarla de una manera definitiva, que la obligara a enmudecer. A hurtadillas, consulté obras de filosofía y de ciencia, e incluso releí *La montaña mágica*, en la que, según me parecía recordar, el tiempo era tema de discusión. Sin embargo, entonces empezó a abrirse paso aquella idea de que yo, y todos los demás hombres que se habían ocupado del asunto, lo habíamos hecho, como me dijo ella, desde el punto de vista de una lógica determinada, quién sabía si más aparente que real, o válida solamente a nivel de unas experiencias que al fin y al cabo eran limitadas. También me decía que la imagen que del mundo físico tiene el hombre había ido cambiando en el curso de los siglos, que hubo un tiempo en que el hombre se equivocó en apreciaciones tan sencillas, comparativamente, como la forma de la Tierra, o la situación de ésta en el sistema solar. Continuamente, habíamos tenido que revisar una y otra vez los conceptos y, aunque no siempre habíamos entrado en contradicción con los de nuestros abuelos, habíamos agregado lo suficiente para descubrirnos un universo más

complejo que el imaginado por ellos, tan complicado, de hecho, que llegábamos ya al momento en que nadie podía dominar la totalidad de los conocimientos adquiridos. La ciencia se dividía en especialidades...

Que Deli no estaba loca era algo que yo podía comprobar a diario. En todo se comportaba como una muchacha normal, inteligente, sin lapsos ni obsesiones, y hablaba de aquel viaje en el tiempo con el convencimiento de quien tiene seguridad en lo que dice, sí, pero no de una manera compulsiva o histérica, como lo hubiera hecho una persona insana que confundiera la realidad con lo que sólo fuese fruto de su imaginación enfermiza.

Seguía pareciéndome increíble, desde luego, que viniera del futuro, que pudiera haber un futuro contemporáneo del presente y, por tanto, del pasado, pero mi escepticismo se matizaba, como si empezara a aceptar que, de una o de otra manera, pudiera haber algo que formara parte del orden natural de las cosas y que todavía no estuviera reconocido.

Tal vez un mundo paralelo que ella confundía con el futuro... No sé por qué, a pesar de todo, esto me parecía más verosímil, pero cuando se lo dije lo negó rotundamente.

–No, no; yo no confundo nada. ¿A ti te parece que, si hubiera un mundo paralelo, sería una copia exacta de éste, con los mismos libros, las mismas películas o las mismas ciudades?

–Alguna vez –le recordé– me has citado títulos que yo no conozco.

–Sí, los de obras que se harán aquí dentro de diez o doce años.

–Y tampoco conoces muy bien la ciudad –insistí.

–Porque muchos barrios han cambiado. No me hagas reír, Joni –añadió–. Es más difícil creer en un mundo paralelo que en el futuro; después de todo, este futuro es el de nuestro mundo.

–No juegues con las palabras. Yo no pongo en duda el futuro, sino el viaje a través del tiempo. Tú ya lo sabes.

–De acuerdo. Quiero decir que sólo has de pensar en un viaje por el tiempo que es el nuestro, mientras que, en el caso de un mundo paralelo, hay el problema de este mundo, que no sabemos si existe, y el del viaje que alguien podría hacer de un universo al otro. ¿No resulta todavía más complicado?

Tuve que admitirlo y, de pronto, comprendí que estaba dispuesto a creer cualquier cosa, o, mejor dicho a admitir que ya la creía si esto había de ayudarme a arrancarla a ella de su seguridad. Después, una vez la hubiera hecho vacilar, ya dispondría de tiempo para desmontar las nuevas hipótesis.

Pero el día siguiente todo cambió. Al regresar a casa, la encontré arreglada, a punto de salir. Era la primera vez que se disponía a hacerlo a aquella hora.

–¿Adónde vas? –pregunté, extrañado.

–Vamos –me rectificó ella–. ¿No te gustaría tener una prueba de que te he dicho la verdad? Pues bien, hay una. Tendría que haber pensado en ella mucho antes.

–¿Una prueba? ¿Aquí?

–Sí. Estamos en el setenta y cuatro y mis padres ya están casados. Recuerdo haber oído decir a mi madre que no me tuvieron hasta pasados tres años. Deben vivir, pues, allí donde yo nací... donde naceré. En el barrio del Riu.

Fuimos. Ella identificó sin la menor dificultad una casa de la calle Marquet y cruzamos la entrada. Se acercó a la hilera de buzones empotrados en la pared de la izquierda y señaló uno:

–Mira.

Era verdad, había allí sus dos apellidos. La tarjeta decía: «Bert Lanca – Marga Buster, 1^o, 2^a».

–Son ellos –me dijo, y la voz le temblaba de emoción–. ¿Quieres subir?

Antes de poder contestarle, la presencia de alguien oscureció el umbral, no muy ancho, y al volverme vi una mujer joven, más o menos de la edad de Deli. Ésta, a mi lado, sofocó una exclamación y se me aferró nerviosamente al brazo. Pensé que debía de ser su madre.

–¿Buscan a alguien? –preguntó la mujer, pero no me miraba, sino que miraba a Deli con una expresión intensa, como quien hace esfuerzos para situar a alguien o algo en su recuerdo.

Deli había bajado la mirada y estaba muy pálida.

–Sí –dije–, pero me parece que nos hemos equivocado de escalera.

Como a su pesar, separó los ojos de Deli.

–Hay tres iguales.

–Será por esto. Muchas gracias.

Y arrastré a Deli hacia la calle, y al llegar a la esquina tomamos un taxi. Durante el trayecto sólo pronunciamos tres palabras.

–¿Era ella?

–Sí... –me contestó casi inaudiblemente.

Seguía estando muy trastornada y, al llegar al chalet, se refugió en su dormitorio y oí que se precipitaba sobre la cama y se echaba a llorar.

Entré para consolarla y ella me abrazó.

–¡Oh, Joni, Joni!

–Cálmate, Deli.

–Verla allí y no poder decirle nada, nada... ¡Qué desgraciada y sola me siento!

–Me tienes a mí, Deli.

–Cuando pienso cómo debe sufrir ahora...

–No pienses en ello. Piensa que yo te quiero...

La besé una y otra vez y ella me abrazó con más fuerza, con todo su cuerpo contra el mío. Los pechos se le alzaban, sacudidos por el llanto, por el corazón que palpitaba debajo de ellos, y bajé la cara mientras repetía:

–Te amo, Deli, te amo...

La seguí cuando se recostó en la almohada y sus lágrimas me humedecieron la frente y las mejillas.

–No quiero que llores, Deli.

-No...

Sus brazos rodearon mi cuello y una uña se me clavó en la carne. Debió de interpretar mal mi ademán, porque dijo:

-¡No me dejes, Joni, no me dejes!

-No, Deli, nunca...

Y a los dos minutos advertí que ya no la consolaba, sino que nos estábamos haciendo el amor.

Vivimos dos meses perfectos. Esto no significa que no discutiéramos todavía aquel problemático viaje a través del tiempo y sus consecuencias, pero ahora ya no éramos dos antagonistas que, deseosos de convencerse mutuamente, al no conseguirlo se impacientan y se enfadan. Ahora colaborábamos en una tarea de esclarecimiento cada vez más difícil. La existencia, al fin y al cabo tan natural, de los Lanca, instalados a unos barrios de distancia, planteaba un tipo de problemas de los que ni ella ni yo teníamos conciencia cuando visitamos aquella casa. Es verdad que a mí, ya en el taxi, se me ocurrió aquello que después calificamos de incompatibilidad, pero entonces Deli estaba demasiado trastornada para que yo le hablara de ello, y fue necesario que nos serenásemos un poco, el día que siguió a nuestra primera noche de amor, antes de que me atreviera a inquietarla con mis consideraciones.

–¿Recuerdas –empecé por fin– que, no hace mucho tiempo, me dijiste que en el año 1996 tú no existías?

–Sí. Porque existo aquí.

–Pero, al parecer, tu madre existe en dos realidades temporales. Tiene, al mismo tiempo, veintitantos años y cuarenta y pico...

–¿Quieres decir que es compatible, verdad?

–Exacto. Tu situación, si aceptamos eso del viaje a través del tiempo, es clara. Ha pasado del año 1996 al 1974. Pero tu madre, que no ha efectuado este viaje, vive aquí y allí. ¿Cómo puede ser esto?

–No lo sé. Pero forzosamente ha de haber una explicación. Tú la viste...

Claro que esto no bastaba. Había visto a una mujer que, según ella, era su madre o, más exactamente, lo sería, y unos buzones con unos apellidos que coincidían. Bien mirado, la demostración era escasamente convincente. Nada le impedía haberse apropiado de los nombres de unas personas domiciliadas en aquella dirección, con la intención de darme, en el momento que a ella le pareciera oportuno, lo que ella calificaba de «prueba». Yo no tenía manera de asegurarme de que se llamara verdaderamente tal como pretendía llamarse. Al encontrarla en el chalet, desnuda, no llevaba ningún documento encima. Por lo tanto, en el fondo

de todo aquel asunto podía haber una mistificación enorme, cuya finalidad, fuera la que fuese, se me escapaba.

Sin embargo, había algo que se oponía a esta línea de razonamiento. Por una parte, no veía cómo pudo haber fingido aquella palidez y aquel desasosiego que le ocasionó la presencia de la mujer. Tal vez no fuese su madre, pero Delia así lo creía y por consiguiente, engañada o no, era sincera. Y por otro lado, la autenticidad de la pasión con la que se había entregado. Ambas cosas desmentían, en mi opinión, un plan preconcebido, destinado a darme gato por liebre, fuera lo que fuese el gato o la liebre.

Me reservé, pues, mis objeciones y admití que, efectivamente, había visto a su madre.

–Pero me cuesta mucho aceptar que pueda haber alguien con dos cuerpos –añadí–. O, por decirlo de otra manera, dos personas que sean la misma y al mismo tiempo sean diferentes. Si hay dos cuerpos, hay también, forzosamente, dos personalidades.

–Bien –reflexionó ella–, esto tal vez pueda comprenderse. La personalidad de una mujer de veinte años y la de una mujer de cuarenta no son iguales, aunque la mujer sea la misma. Cambiamos continuamente.

–Cambiamos, sí, pero a medida que va existiendo una persona nueva deja de existir la persona vieja. Tú y yo, por

ejemplo, hemos sido niños, y ahora estos niños, que eran un nosotros diferente, ya no existen.

–¿Y no podría ser –se le ocurrió– que existiéramos con todas las personalidades que hemos estado teniendo, y la que tenemos en cada momento, sin que una sepa nada de la otra?

–¿Quieres decir como si fuéramos dejando atrás a alguien, que somos nosotros?

–Sí, a muchos de nosotros.

–Si existieran en un sentido físico, como al parecer existe tu madre, los veríamos... ¿Dónde están?

–Aquí. Y no los vemos porque no se puede ver el pasado si no estás en él con tu personalidad actual. No coincidimos.

–Si es como tú dices, tú serás una privilegiada que te verás nacer y crecer... Llegamos a la paradoja de que podrías ser la comadrona de ti misma.

Se quedó pensativa y, pasados unos momentos, dijo:

–En teoría, sí. Pero en la práctica... Tal vez haya algo que se opone, quién sabe si se trata de alguna propiedad del tiempo. Porque si yo pudiera ser mi propia comadrona, lo doblaría. Lo doblaría todo. Existiría dos veces en el mismo momento.

Me asusté.

–¿Te das cuenta de las implicaciones de lo que dices?

–Creo que sí. Que tendré que volver a mi tiempo actual antes de nacer en éste, el de mi pasado.

–¿Y entonces qué? ¿Me dejarás solo?

Se sentó en mis rodillas y me abrazó.

–Sólo es una idea, Joni. Hasta ahora jamás me he sentido obligada a cambiar de tiempo. Lo he hecho porque he querido, por curiosidad.

–Pero esta vez es diferente. Puede ser diferente
–rectifiqué.

–Bien mirado, tal vez no –quiso tranquilizarme–. Si con este don de viajar por el tiempo ya vulnero un orden, ¿por qué no puedo vulnerar otro y ser, como tú dices, mi propia comadrona?

Tal vez lo fuese, o tal vez no, pero pronto supimos que ella iba a necesitar una. Había tenido dos faltas y, antes de la tercera, los análisis confirmaron que Deli estaba embarazada. Esto resultaba alentador en el sentido de que demostraba hasta qué punto podían ser erróneas algunas de las ideas que se forjaba. En ningún momento había querido

tomar anovulatorios ni recurrir a protecciones mecánicas, porque, como me dijo al proponérselo yo:

–Creo que no puede pasarme nada. No puedo tener un hijo fuera de mi tiempo y contradecir con ello mi historia.

–Ya lo has hecho –objeté yo–. En tu tiempo eras virgen, pero ahora, si volvieras a él, ya no lo serías.

–¿Por qué no? Si volviera, lo haría en el momento siguiente al de haber emprendido el viaje. Cada vez ha sido así. No tengo tiempo, pues, en aquel mundo, de haber dormido con nadie.

–Esta vez sí. Llevas meses aquí.

–Bien, pues no he tenido ocasión. ¿Cómo me las arreglaría, sin estar allí, para introducir a alguien en la ducha?

–Pero tú eres la misma persona física ahora y antes. Y si eres la misma, lo que le pasa a una le ocurre también a la otra.

–Puedo demostrarte que no es así. Aquella vez que me encontré cerca de la masía, pisé una herramienta curva, metálica, que me hizo un arañazo en una pierna. Pues al regresar a casa, pasadas quizás unas dos o tres horas, no lo tenía. ¿No lo comprendes? –agregó al ver mi expresión de escepticismo–. Lo que le pasa a una, en un tiempo, no le pasa a la otra en otro tiempo.

Puesto que nos íbamos embrollando, a los dos se nos escapó que, en realidad, con su argumento estaba probando que sí podía quedar embarazada. Volví a pensar en ello cuando tuvimos la certeza del embarazo la tarde en que fuimos a ver al médico, y se lo dije:

–Es natural. Si pudiste hacerte un arañazo en la pierna de la chica que el año 1913 se encontró cerca de una masía, también podía quedar embarazada la chica que el año 1974 ha dormido con un hombre. Todo esto tal vez no tenga ninguna realidad en el año 1996, pero sí la tiene en cada mundo en el que vives, en cada una de tus vidas.

–Sí, no supe verlo –confesó–. Y era bien sencillo. –Sonrió–. Pero no lo lamento en absoluto. ¿Y tú?

–Tampoco, Deli; estoy muy contento. Porque me gustará tener un hijo tuyo y porque ahora sé con certeza que te quedarás. A veces, las mujeres abandonan a su hombre, pero no es tan frecuente que una madre deje a su hijo.

–Si no fuese porque tú mismo me dijiste que tomara algo, creería que lo hiciste adrede. En fin, ahora ya está.

No me pidió que me casara con ella ni a mí se me ocurrió proponérselo. Ni ella ni yo teníamos prejuicios de esta clase, pero por mi parte había otra razón: la central, que no se responsabilizaba de los líos amorosos que pudieran tener

sus agentes y procedía a una investigación a fondo cuando alguien quería casarse. Y Deli carecía de pasado.

Esto me hizo pensar que tenía que fabricarle uno. En todo caso, era imprescindible que le consiguiera unos papeles antes de que naciera nuestro hijo, pues los necesitaría para inscribirlo.

Después de haber meditado unos días, me pareció que podría hacerlo sin complicar a nadie. En mi adolescencia, había ido al instituto con una chica que se llamaba Flona, que murió a causa de una infección intestinal durante el último curso. Puesto que éramos muy amigos, incluso fui al entierro. Su edad coincidía con la de Deli y ahora se trataba, simplemente, de procurarme un extracto de la partida de nacimiento, el primer requisito, y de hecho el único, para obtener una tarjeta de identidad. Sólo había una pega, y era que a ningún muerto se le entregaba una partida de nacimiento.

Fui una mañana a los juzgados y, confundido entre el gentío, pude ver dónde guardaban los registros. Había los de nacimiento y los de defunción, aunque últimamente ambas entradas se hacían en un solo libro, pero estas disposiciones unificadoras eran posteriores a la defunción de Flona y, por tanto, no habría problemas. Después, aprovechando las breves ausencias del guardia de servicio, que paseaba de un extremo a otro de la planta baja del edificio, tomé el molde de las cerraduras mediante las técnicas que me habían

enseñado en la central. ¡Para algo tenían que servirme aquellas habilidades de caco!

Un cerrajero un tanto suspicaz y dispuesto a aprovechar para cobrarme el triple de lo que valían, me hizo las llaves, y unos dos meses más tarde, una noche que llovía a cántaros y no se veía a nadie por la calle, volví a los juzgados. Todo transcurrió perfectamente, salvo que la última llave, la del archivo, se me resistió un poco y tuve que limarla ligeramente. Por suerte, iba preparado.

Empecé por sacar el libro de los nacimientos, por si había alguna inscripción, y obré con acierto, ya que el funcionario había anotado con lápiz al margen: «defunción», así como el número del libro y del folio correspondiente. Aunque no hubiera recordado con exactitud la fecha habría tenido dificultad para encontrarla; me lo daban todo hecho.

Después de borrar la indicación, me entretuve con sumo cuidado, para que no se notara a primera vista, en arrancar la hoja del registro de defunciones. Tal vez algún día alguien llegara a extrañarse de que desde el folio treinta y cuatro se saltara al treinta y seis, pero por más que hicieran jamás podrían averiguar qué difunto había figurado en aquella página. Y lo más probable era que nadie advirtiera nada.

Volví a dejarlo todo tal como lo había encontrado, cerré las puertas e hice desaparecer las llaves en tres agujeros de

cloaca, muy distanciados entre sí. La hoja arrancada la quemé.

Tres semanas después, Deli ya había cambiado oficialmente de nombre.

El niño, porque fue un niño, nació con sólo una semana de retraso sobre el tiempo previsto, el día 4 de junio de 1975, y a petición de ella le pusimos el nombre de Clem, que según dijo había sido el de su abuelo paterno. Era un crío robusto y muy interesado en ganar peso con rapidez, ya que no dejaba los pezones de su madre. Por suerte, Deli tenía los pechos tan repletos que hubiera podido alimentar a unos gemelos.

Durante el embarazo en ningún momento se encontró mal y el parto fue tan fácil que incluso la comadrona se admiró; según ella, las mujeres parían cada día peor. Tal vez por todo ello, Deli no perdió ni un ápice de su belleza y, después de dar a luz, tenía tan buen aspecto, se mostraba tan carnal, que le dije, bromeando, que en aquellas condiciones le haría un hijo cada año.

Sin embargo, aunque de veras lo hubiese querido no habría podido cumplir mi amenaza, porque al cabo de dos meses, cuando volvía al chalet con la noticia de que acababan de destinarme a Hong Kong, madre e hijo se habían marchado y, en lugar de ellos, había una breve nota:

«Hoy puedo hacerlo. Vuelvo en seguida; dos o tres días... Te quiero. Deli».

Tuve que sentarme, pues fue como si me hubieran asestado un mazazo en la cabeza. Últimamente, poco hablábamos ya de aquel viaje a través del tiempo y, siempre, además, como de pasada. «La vida que se ha creado aquí, y ahora el niño –pensaba yo–, acabarán por alejarla de esas ideas disparatadas». Y es que yo volvía a creer que todo aquello era una fantasía. El embarazo y después el nacimiento de Clem me habían devuelto otra vez a la sensatez; todo aquello era demasiado real, demasiado perteneciente al orden de las cosas normales y conocidas para que yo pudiera dudar, si es que alguna vez lo había hecho, de que ella era una criatura de mi mundo, una muchacha de veinte años que, por los motivos que fuese, se había dejado obsesionar o tal vez, lo que era más probable, tenía interés en ocultar su procedencia, su vida anterior. Un día, tal vez cuando ya fuéramos viejos, me lo confiaría todo. No había ninguna prisa. La quería lo suficiente para perdonarle aquel secreto.

Por otra parte, ¿acaso no le había mentado también yo acerca de mi trabajo? Estaba convencida de que me preparaba para representar una casa comercial en Oriente. Era lo que creían todos.

Ahora sin embargo, al recuperarme un poco, cambié de parecer. Aquella escapada demostraba que no había roto

con el pasado, y eso era ya otra cosa. Sobre todo, si complicaba en ella a mi hijo. Por lo tanto, cuando volviera habría explicaciones. Y serían definitivas.

Pero no volvió. Al cabo de quince días, cuando sólo faltaba un mes para mi partida, no quise esperar más y recurrí a una agencia especializada en investigaciones discretas. No me prometieron ningún resultado, puesto que los datos iniciales que yo les proporcionaba eran escasos: una descripción física, el nombre supuestamente auténtico de Deli, su edad y la posible relación con la pareja que vivía en el barrio del Riu. Como es lógico, no quise hacer el ridículo con la menor alusión a su pretendido viaje a través del tiempo.

Tardaron una semana en presentarme el informe y me pareció que habían trabajado bien, a conciencia, a pesar de que nada habían averiguado acerca de Deli. Sin embargo, el historial referente a los Lanca era muy detallado y coincidía perfectamente con todo lo que la chica me había contado sobre la pareja. Y el último párrafo abría un interrogante inmenso: la mujer estaba de tres meses, o sea que daría a luz hacia febrero. Deli había nacido el día doce.

Como yo no estaría presente para verlo, dejé encargado a la agencia que me tuvieran al corriente del nacimiento; quería la fecha exacta, el sexo de la criatura y los nombres que se le impondrían. En mi interior había una desazón muy incómoda. La joven pudo haberme contado perfectamente la historia de una gente conocida, ante cuyo buzón me

acompañó un día para convencerme, sin conseguirlo del todo, de la veracidad de sus afirmaciones. No podía prever, en cambio, que la mujer quedaría embarazada y que el parto tendría lugar en el preciso momento de su propia venida al mundo... Pero lo había previsto. El segundo informe de la agencia me llegó el día veintisiete de febrero, cuando el crío estaba ya inscrito en el registro civil. Era una niña y había nacido a las nueve del día doce. Los nombres eran: Assumpta María Dorotea.

Me quedé sin comprender, claro está, cómo se las había arreglado para acertar con tanta precisión. Pero ahora toda duda sobraba: la muchacha no se llamaba Deli.

II

No regresé al país hasta pasados veintitrés años, a los cuarenta y cinco. Entre una y otra tarea, había tenido períodos de reposo, naturalmente, pero prefería pasarlos en lugares desconocidos, en ciudades que, por una razón u otra, me atraían, o buscando mujeres que me compensaran de un trabajo arriesgado. En mi tierra ya no tenía a nadie e incluso me había vendido el chalet años atrás, cuando una empresa urbanizadora me ofreció por él una cantidad que me tentó. Aunque tal vez se debiera, sobre todo, a que

deseaba quemar las naves y encontrarme en la imposibilidad, si un día se apoderaba de mí una vena sentimental, de regresar allí donde había vivido con Deli.

Me había casado dos veces, la primera con una francesa, Nicole, que resultó excesivamente aficionada a las aventuras extraconyugales, y la otra con Ginette, una italiana impresionante que nada había regateado para hacerme feliz y que incluso me salvó la vida aquella noche en que, en Corfú, iban a por mí y la alcanzaron a ella.

Ni una ni otra me dieron hijos, y por otra parte la clase de existencia que llevaba yo tampoco aconsejaba tenerlos.

Tal vez por esto pensaba a menudo en Deli y la echaba de menos. Los años pasaban y yo maduraba, pero seguía recordando aquella primera noche, cuando ella saltaba por las escaleras, desnuda, y corría hacia la cocina para escapar... De vez en cuando, todavía me preguntaba por qué me abandonó. ¿Qué debía retenerla lejos de mí? Porque estaba seguro de que, de haber podido, habría regresado.

Durante los diez primeros años, otras dos veces me había puesto en contacto con la agencia, sin obtener ni el más leve dato revelador. Había desaparecido por completo, y Clem con ella. Era como si no hubieran existido nunca. Acabé por dejar de preocuparme.

Y probablemente tampoco me habría preocupado ahora, al encontrarme de nuevo en el país, si la lectura de los sucesos en un diario no me hubiera puesto ante los ojos, por azar, el nombre de la calle de Eugeni Prenca, donde tres hombres habían asaltado un banco. ¿Existía, pues? Pensé que debía de tratarse de una calle nueva, en algún suburbio de aquella ciudad que no cesaba de crecer.

Pero no era así. Como pude ver, al consultar el plano, estaba en mi antiguo barrio. De hecho, era la antigua calle de Nou Pins, considerablemente más larga que veintitantos años antes. Al comprobarlo, se me puso la piel de gallina y en seguida supe que iría. Del fondo de mi memoria, volvía a surgir la dirección que Deli me había dado.

No sólo era más larga, sino bastante más ancha, casi tanto como una avenida. No quedaba ninguno de los antiguos chalés; ahora, sólo había casas de apartamentos y el número 8 correspondía exactamente a la finca que había ocupado mi pequeña torre. Entré con el corazón dando saltos en mi pecho y sin atreverme a sacar consecuencias de los pensamientos que hurgaban en mi cerebro. Podía haber otra explicación...

Una Magda Buster de Lanca vivía en el principal y, al llamar, vino a abrir una mujer en la que reconocí, tal vez porque estaba preparado para ello, a la joven que años atrás, en el barrio del Río, nos interpeló junto a los buzones. Advertí que tenía una expresión de fatiga y los ojos tristes.

–¿Viene por el anuncio? –me preguntó.

–¿El anuncio? –repetí, extrañado.

–Sí, la habitación...

No dudé ni por un momento, a pesar de que ya tenía alojamiento en un hotel.

–¡Ah, sí, sí!

Era un apartamento corriente, de gente de la clase media, como ya indicaba el aspecto del edificio, y lo tenía limpio y ordenado. La seguí hasta el dormitorio, donde, según me explicó, había vivido durante ocho meses un funcionario ahora trasladado; la habitación daba a la calle, era espaciosa y estaba amueblada con discreción. Sin embargo, aunque hubiera sido una pocilga, me hubiese quedado con ella.

Me instalé allí aquella misma noche y, cuando me dijo que también podía ofrecerme pensión completa, si yo quería, lo acepté, pensando que en la mesa me encontraría con toda la familia. Sin embargo, cuando me avisó para la cena, en el comedor sólo había dos platos: el suyo y el mío.

Sin hacerle ninguna pregunta directa, fui enterándome de que vivía sola, con una mísera pensión de viudedad que, para llegar a fin de mes, la obligaba a tener un huésped. Por suerte, aquel año acababa de pagar el apartamento,

comprado a plazos cuando su marido todavía vivía. Me causó extrañeza que ni una sola vez se refiriera a su hija.

Tampoco hizo la menor alusión a ella los días siguientes, a pesar de que durante nuestras comidas en común fue ampliando la historia familiar. Salió a relucir lo que ya sabía de ella y de su difunto esposo, las circunstancias del matrimonio, la estancia, durante catorce o quince años, en la calle de Marquet. Hablaba de ello, pero sin ilusión ni nostalgia, con una especie de distanciamiento que me hizo comprender en seguida que no todo había sido dicha en su vida conyugal. Sí, era el tono de una persona frustrada.

Me lo confirmó claramente su reacción al preguntarle, una noche, por qué no había vuelto a casarse.

–Con una vez basta –dijo.

–Pero usted es joven y bonita...

–Muy amable –contestó, vagamente irónica–. Pero ya tengo cuarenta y cinco años.

–Yo no diría que ésta es la hora de la jubilación –repuse sonriendo–. También los tengo yo.

–En los hombres, es diferente.

–No sé por qué. ¿Seguro que nunca piensa en el amor?

Puso una cara como si fuera a enfadarse, pero finalmente meneó la cabeza.

–Tengo otras preocupaciones.

–Tal vez esto se las hiciera olvidar. O lograra que fuesen más soportables.

–No lo creo –dijo con cierta sequedad, y abandonó la mesa.

No había tenido ni la más remota intención de seducirla, pero después de aquella conversación se me ocurrió que no sería mala idea. En primer lugar, ella todavía estaba de buen ver, y además era la manera más sencilla de obligarla a hablarme de unos acontecimientos que, si eran ciertos, arrancaban de allí. Aquel principal se encontraba en el lugar exacto donde, años atrás, había habido el primer piso del chalet. Si Deli había vivido allí y, por azar, había hecho un improbable viaje por el tiempo, era natural que, al retroceder veinte años, se encontrara en mi casa.

Inicié, pues, una campaña para meterme en su cama. Suponía que sería un proceso lento, pero no me importaba, pues hasta pasados seis meses no tenía que volver a incorporarme al servicio y de momento disponía de todo mi tiempo. Por lo tanto, podía permitirme tomar las cosas con calma, para no asustarla si era verdaderamente, como parecía, una mujer sin experiencia.

Me costó casi un mes convencerla para que me acompañara al cine, a un local del centro en el que anunciaban la reposición de un clásico de los años sesenta que, en su tiempo, me dijo ella, le había gustado muchísimo. Era un Bergman. Al principio, se negó.

–Ahora no voy nunca.

–¿Y por qué? Por lo que yo he podido observar, no va nunca a ninguna parte...

–¿Y dónde quiere que vaya, yo sola? Ya ve que no tengo amigos.

–No es verdad. Yo lo soy. Por esto la invito.

–No estaría bien... –objetó.

–Si le desagrada mi compañía, ya es otra cosa.

–¡No, no es esto!

–¿Qué puede ser, si no? No iré a decirme que los vecinos harían comentarios. Muchos más podrían hacer, si quisieran, por el hecho de vivir yo en su casa.

–No es lo mismo. Hace tiempo que tengo huéspedes.

–Con los que se debe suponer que mantiene unas relaciones civilizadas. Que un día vayamos juntos al cine, porque a los dos nos interesa la misma película, forma parte

de esta convivencia amistosa. Los dos somos personas adultas y libres, y vivimos en un mundo que acepta perfectamente una amistad entre hombre y mujer.

–Ya lo sé... –flaqueó.

Y yo me impuse:

–¡No se comporte como una niña, pues! Esta tarde iré a buscar dos entradas. Dicen que cada día se llena la sala...

Dos días después salimos juntos por primera vez y, al terminar la sesión, accedió también, esta vez sin poner pegas, a tomar algo en un bar. Permanecimos en él hasta las dos, una hora escandalosa según ella, pero esto no le impidió, una vez en el apartamento, decirme que lo había pasado muy bien y darme las gracias; la película seguía gustándole.

Se había roto el hielo. Pasados ocho o diez días, cuando la invité otra vez, sólo protestó para mantener las formas, y la tercera vez no presentó ninguna objeción. Sin embargo, me miró con una expresión de curiosidad, tras la cual había múltiples preguntas que todavía no tenían una formulación suficientemente clara.

No la obligué a encararse con ellas hasta haber salido dos veces más, una noche que, por ser temprano y tener un tiempo espléndido, decidimos regresar a casa a pie. Teníamos que atravesar un pequeño parque, en realidad

una simple plaza con numerosos bancos bajo los árboles, en los que al anochecer siempre solía haber alguna pareja. Fue allí cuando, aprovechando que nuestras manos se rozaban una y otra vez, cogí la suya y la retuve.

Casi se detuvo, pero siguió caminando y solo al salir de aquella mancha oscura, en dirección a la luz de la calle, se desprendió de mis dedos con un leve tirón indolente. Ni ella ni yo habíamos pronunciado una sola palabra.

Ante la puerta del apartamento, cuando alzaba la cabeza después de buscar las llaves en su bolso, la besé. Se quedó quieta, tal vez sorprendida, entreabrió los labios como si se dispusiera a corresponder y entonces, de repente, apartó la cara. Ya dentro, dije:

–Magda...

Ella, que me había precedido y caminaba ya hacia el pasillo, se detuvo sin volverse hasta que mis brazos la rodearon y mi boca se acercó de nuevo a la suya.

–No... –protestó en voz baja.

Pero el gesto la había traicionado y sus labios se acercaban instintivamente a los míos. Volví a besarla. Apoyó las manos en mi pecho y yo repetí:

–Magda...

Fue un error, porque le dio tiempo para cambiar de actitud y, cuando me di cuenta, ya huía hacia el comedor. La seguí y, junto a la puerta del dormitorio, le dije:

–Te quiero, y tú me quieres, Magda...

Movió la cabeza en un ademán negativo. Tenía lágrimas en los ojos y se notaba que no podía hablar.

–¿Por qué? –insistí–. ¿Por qué esta frustración?

Entonces se precipitó hacia el interior de la habitación y, sin volverse, cerró la puerta. No lo hizo con llave y yo hubiera podido entrar de haber querido; tal vez ella quería, precisamente, que entrara. Pero había cerrado de golpe y no supe decidirme.

Después, ya en mi dormitorio, pensé que me había comportado como un tonto; de hecho, en el último momento, como un colegial, cosa que no encajaba en absoluto con mi proceder habitual. ¿Sería tal vez que aquel proyecto de seducción con una finalidad ajena al amor había ido cambiando de naturaleza al conocer mejor a Magda? Este pensamiento me angustió durante un buen rato, cuando estaba ya acostado, porque las ocasiones perdidas no vuelven a encontrarse con facilidad. Ahora, ella tendría toda una noche para reflexionar sobre la situación y era muy posible que el día siguiente me pidiera que me marchara...

Hasta pasada una hora, cuando aún no dormía, no supe que mi inquietud era infundada. No oí los pasos, puesto que iba descalza, pero la puerta gimió al abrirse y, al incorporarme, la vi débilmente iluminada por la escasa luz que entraba por la ventana. Se acercó silenciosamente a la cama y, muy bajo, pronunció el nombre con el que me conocía:

–Lan...

–Sí, Magda... –dije.

Y en seguida la tuve abrazada, a mi lado.

La mañana siguiente, al entrar en su dormitorio por primera vez, vi la fotografía sobre la mesilla de noche.

–Es mi hija –dijo, al advertir que yo la miraba.

Se me había hecho un nudo en la garganta y tuve que carraspear antes de conseguir preguntar con un hilo de voz:

–Entonces, ¿tienes una hija?

–La tenía. Murió... No –rectificó–, se mató. Por esto no me gusta hablar de ella.

Pero ahora tenía necesidad de repetir delante de alguien todos aquellos acontecimientos de los que no había

entendido, ni entendía, nada, porque Assumpta jamás había hecho una cosa como aquella...

–¿Qué hizo?

Una tarde, ya al anochecer, se había marchado de casa sin avisar, aparentemente desnuda, ya que la ropa que llevaba estaba sobre la cama y en el armario no faltaba ninguna prenda. Ella creía que se estaba duchando.

–La llamé al ver que pasaba el tiempo y ella no salía, y después entré. Pero ella no estaba.

La había buscado por toda la casa y pasó la noche sin acostarse y sin saber qué hacer, confiando en que de un momento a otro regresaría con una explicación tan sencilla y convincente que ambas se reirían de su angustia.

Sin embargo, al continuar ausente Assumpta el día siguiente, decidió seguir el consejo de un vecino y llamó a la policía.

–Incluso publicamos su foto en los diarios, por si alguien la veía. Podía tratarse de un caso de amnesia, ¿sabes?

–¿Y no lo era?

–No lo sé... Tres o cuatro personas telefonearon, pero cada vez se trató de una confusión o de una broma. La policía dijo que en estos casos siempre hay gente que hace estas cosas...

De todos modos, no supieron dar con ella y pasó tanto tiempo que yo llegué a creer que había muerto. Y ellos también debían de creer lo mismo, porque se desinteresaron del asunto.

–Pero no había muerto...

–No.

Un día, pasado poco más de un año –haría ahora unos siete meses–, ella estaba en la cocina, donde lavaba unas prendas en el fregadero, cuando oyó un gemido y sollozos en el dormitorio que había sido el de Assumpta. Fue una cosa tan repentina que, de momento, la paralizó el terror. Pero los gemidos se repetían y, finalmente, más muerta que viva, corrió hacia la habitación.

–Y era ella, estrafalariamente vestida con un *slip* y una camisa de hombre...

No obstante, no era esto lo más singular, ya que en la cama, con la joven, había un muchacho sobre el cual ella se inclinaba, llorando y acariciándolo.

–Y entre sollozo y sollozo –recordó–, no cesaba de llamarlo: ¡Clem, Clem!

Pero el joven no se movía y cuando ella, Magda, se acercó, entre contenta por el regreso de su hija e indignada por

encontrarla en la cama con un muchacho prácticamente desnudo, vio que el desconocido estaba muerto.

Necesitó ayuda para arrancar a su hija del cadáver, y el médico, cuando acudió, tuvo que inyectarle un calmante para que no se partiera la cabeza contra la pared.

–Nunca había visto a alguien tan desesperado. Basta con decirte que ni siquiera me reconoció, tan cegada estaba. Debía de querer con locura a aquel chico.

–¿Supiste quién era?

–No. Y lo más raro de todo fue que el forense, al hacerle la autopsia, dijo que, por dentro, era una especie de monstruo. No tenía ningún órgano totalmente desarrollado y no entendía cómo había podido vivir hasta los veinte años, la edad que aparentaba... Que aparentaba por la complexión, ya que por fuera tampoco era del todo normal; los brazos se le habían quedado cortos, como los de un niño de muy poca edad, y tenía una nariz pequeña, tanto como la de un bebé... Sí, era un fenómeno.

Las náuseas ascendían hasta mi boca y tuve que correr hasta el lavabo, donde vomité. Al incorporarme, con la boca amarga, ella estaba detrás de mí y me dijo:

–He hecho mal al contártelo.

–No, pero impresiona...

–Yo también caí enferma.

–¿Y ella qué dijo después? ¿Dio alguna explicación?

–Sí, la dio. Dijo que era su hijo.

Entonces comprendieron que había enloquecido. La policía no juzgó necesario detenerla, puesto que no había indicios de crimen, pero la interrogó, y ella, Magda, pudo asistir a los interrogatorios.

–No sabía lo que decía. Daba explicaciones confusas y no cesaba de hablar de un tal Joni, según ella el padre de la criatura, que ahora la estaba esperando en algún lugar y que no le perdonaría la muerte de Clem...

Era todo tan extraño y la joven estaba tan indiscutiblemente perturbada que la policía accedió a que fuese ella, Magda, quien tratase de aclarar la cuestión. Pensaban que, con paciencia, tal vez en su casa acabara por confiar sus cuitas a la madre.

–Se portaron muy bien –me dijo–, pero las cosas no transcurrieron como ellos creían.

En casa no abría la boca, se pasaba horas y horas sentada en un rincón, con los labios fruncidos, a veces suspirando, y como máximo se le escapaban los nombres de Clem o de Joni, o bien repetía: «¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?».

–Tal como me habían aconsejado, yo la trataba como si fuera una chica normal, como si no advirtiera sus extravagancias, pero de vez en cuando se me escapaba el nombre de Assumpta...

–¿Es que tal vez no era el suyo?

–Claro. Pero ahora quería que la llamásemos Deli. Otra extravagancia... Le hablaba con naturalidad, pues, tratando de interesarla en las cosas que antes le gustaban, pero no sólo no me hacía caso, sino que alguna vez, sobre todo si la llamaba Assumpta, tenía accesos de violencia y por dos veces tuve que evitar que me hiciera daño. Por suerte, nunca la dejaba sola... Después, el médico dijo que no podía ser, que era necesario internarla.

Pero no tuvieron tiempo, porque aquella misma tarde, cuando vino la ambulancia a buscarla, Deli aprovechó que su madre fue a abrir la puerta a los enfermeros, para lanzarse contra la ventana y arrojarse a la calle. La altura no era excesiva y tal vez no se hubiera matado, pero cayó delante de un camión que le pasó por encima.

–Ni parecía ella... –dijo Magda, y estalló en llanto.

Yo volví a vomitar.

La tumba era una losa en la que se leía: «Assumpta Lanca Buster, 12 de febrero de 1976–23 de agosto de 1998». Al dejar en ella las flores que llevaba, pensé que acaso fuese

mejor así. Si no hubieran muerto, el hijo habría tenido ocho meses más que la madre.

EL REGRESIVO

Apenas advirtió que empezaba a rejuvenecerse, se compró un bastón. Sabía que era una estupidez, pero tenía miedo de que se le notara. Su hijo y su nuera se limitaron a hacerle una pregunta discreta, a la que él contestó con palabras que restaban importancia al hecho, aunque el tono era intencionadamente preocupado:

–No es nada; las piernas flaquean un poco...

Darc, el nieto, que acababa de cumplir diez años, mostró mayor curiosidad:

–¿Te cuesta caminar, abuelo?

–Un poco...

–¿O sea que tienes más dolores?

Él y Darc se avenían mucho. Pasaban muchas horas juntos y al niño le gustaba que le contara cosas de cuando todavía había coches particulares o casas con jardín. Todo esto él había podido conocerlo, pero ahora sólo tenían coches algunos organismos especializados, como los bomberos o los hospitales de urgencias, que combinaban el transporte terrestre con el transporte aéreo. El subsuelo de la ciudad era una red inmensa y complicadísima de metros, reforzada por otra red de autobuses, prácticamente el único servicio de superficie, ya que ahora incluso los taxis eran helicópteros. En cuanto a los jardines, ¿cómo podía haber jardines particulares si ya no quedaba ninguna torre, ningún chalet, y todo eran edificios de diez pisos como mínimo, apiñados unos junto a otros?

Por otra parte, la ciudad se extendía ya, ininterrumpidamente, desde Malgrat hasta Tarragona, desde el mar hasta Igualada, con algunas zonas tan densamente pobladas que eran conocidas con el apodo despectivo de «los hormigueros». Había edificios de quinientos pisos o más, muchos de ellos posteriormente divididos y subdivididos por sus propietarios en apartamentos de una o dos habitaciones independientes. Se decía que la población de algunas de estas construcciones llegaba a las ocho mil personas, en su mayoría gente sin ocupaciones regulares, cuando no eran delincuentes profesionales. Eran lugares en los que la policía no se atrevía

a entrar si no era por motivos muy poderosos y con un despliegue de fuerzas impresionante.

Contaba, precisamente, con esconderse en alguno de estos barrios casi impenetrables, incontrolados. En ningún otro lugar se sentiría seguro contra las brigadas especiales que, desde hacía diez años, cuando se hicieron públicos los primeros casos de rejuvenecimiento, se dedicaban a la busca y captura de los viejos en los que los servicios médicos habían apreciado la llamada «regresión», que era considerada como una enfermedad hasta el momento incurable. Por esta razón los internaban en centros creados a toda prisa, si bien eran pocas las personas que llegaban a ingresar en ellos. En general, con la excusa de que habían intentado fugarse, las brigadas las liquidaban antes. Y las demás, de una u otra manera, eran liquidadas en el hospital. Lo cierto era que la regresión causaba pánico, y él lo comprendía perfectamente. En un mundo ya superpoblado, sometido a una regulación muy estricta de los nacimientos –dos hijos por pareja, como máximo–, el rejuvenecimiento de los viejos era una auténtica amenaza. No era infrecuente el caso de que los propios familiares del afectado por la enfermedad lo denunciaran a las autoridades. Normalmente, sin embargo, no era necesario. El examen médico anual, obligatorio a partir de los setenta y cinco años, detectaba casi sin fallos las señales de la regresión.

Hasta la próxima consulta, él disponía de siete meses largos, lo que no dejaba de ser una circunstancia afortunada. También era una suerte que hubiera notado los primeros síntomas cuando le faltaban tres semanas para trasladarse a casa de su hija, que vivía en el barrio que en otro tiempo fue la ciudad de Mataró. Hijo e hija, que llevaban años sin hablarse, habían convenido, antes de pelearse, que cada uno tendría a su cargo al anciano durante seis meses cada año. Gracias a este sistema de turnos, si él hacía las cosas debidamente, tardarían mucho en advertir su huida.

Empezó por enviar una carta a la hija para informarle de que aquel año no iría; la nuera, decía, empezaba a recuperarse de una pleuritis y, puesto que él era todavía persona válida, lo necesitaban a su lado. La respuesta, que no tardó en llegar, era más o menos la que él había previsto: bien sabía él cuánto les gustaba tenerlo con ellos, pero comprendían perfectamente que, dadas las circunstancias, no hiciera el viaje como cada año; ya se verían el año siguiente. Ni una palabra, claro, para lamentar la supuesta enfermedad de la cuñada. Estaban irremisiblemente reñidos.

Seguidamente retiró el dinero que, previsoramente, tenía repartido en tres bancos y, el día de su fingida partida, se dejó acompañar por su hijo y su nieto hasta la estación de la que cada diez minutos salían los autobuses que cubrían la zona de la costa norte. Sólo deploraba el engaño a causa del niño. ¿Qué pensaría cuando, finalmente, se enterase de su

desaparición? ¿Creería, creerían todos, en un accidente? ¿O tal vez, al no encontrar el cuerpo, acabarían por adivinar la verdad? En este caso, estaba seguro de que Darc se alegraría de la astucia de su abuelo. Fuera como fuese, se separó de él con una pena que le desgarraba el corazón, pues sabía que no volvería a verlo nunca más.

Escogió la barriada del Besós, uno de tantos «hormigueros» de gente más o menos marginada entre la cual no extrañaría a nadie una cara nueva. Como todos los lugares de ese estilo, la población era poco estable y había muchos solitarios, hombres y mujeres. Era curioso, pero hacía tiempo que le parecía haber observado que la proporción de personas sin vínculos familiares crecía con gran rapidez...

La casa por la que se decidió tenía tres entradas con sus correspondientes escaleras, y doce pisos de altura. Cada piso era recorrido por un verdadero laberinto de pasillos con numerosas puertas a derecha e izquierda. Algunas, cuando el piso mantenía su forma original, quedaban relativamente separadas; otras, abiertas después, al venderse o alquilarse habitaciones, casi se tocaban entre sí. No funcionaba ninguno de los tres ascensores. Todo consistía, pues, en tratar de instalarse en la planta baja o, si en ella no encontraba nada, en el primero o el segundo piso.

Tuvo suerte. La primera mujer a la que preguntó, le dijo:

–Tal vez al fondo, junto a la salida de urgencia; esta tarde se llevan el viejo al hospital.

No era tan viejo. Era un hombre de unos cincuenta y cinco años tal vez, pero tan flaco que la piel de la cara parecía adherida a los huesos; después, al sacar un brazo fuera de la manta que lo cubría, pudo verse que en él tampoco tenía carne apenas. Era, prácticamente, un esqueleto.

También era el dueño del «piso», una sola habitación de tres metros por dos y medio aproximadamente, que accedió a alquilarle en el acto si él no le pedía contratos ni recibos. Y el dinero al contado rabioso. Hablaba lentamente, con una voz baja y ronca que apenas se hacía entender, con numerosas pausas para recuperar el aliento. No dijo qué enfermedad tenía, y tampoco él se lo preguntó. Hasta más tarde, cuando ya se lo habían llevado en una ambulancia, no se le ocurrió que tampoco le había preguntado su nombre.

A las seis ya estaba solo e hizo el inventario: un catre con una sábana única, debajo, y una frazada vieja, sucia y agujereada; una mesita de madera sin pintar, con un fogón de gas encima y una bombona de butano entre las patas; una silla y una caja alargada, como un ataúd pero más alta, dentro de la cual había unas cuantas prendas de vestir, un libro de remedios caseros y varios utensilios de cocina: una olla, una paella, un vaso y cubiertos, todo ello, excepto la paella, de aluminio. En el fondo de aquella celda, junto a la cabecera de la cama, el lavabo. No había retrete ni ventanas,

y la única luz procedía de una bombilla que colgaba del techo.

A las siete, con la ayuda del cuchillo y del tenedor, había levantado ya una baldosa, bajo la cual excavó un hueco suficiente para ocultar el dinero, metido en una bolsa de plástico. La baldosa quedó un tanto holgada en su encaje, pero no importaba; había otras por el estilo y la cama la ocultaba.

Después salió a recorrer el barrio, con la intención de localizar los urinarios. Los más cercanos estaban a unos ciento cincuenta metros y pudo constatar que la mujer que se ocupaba de ellos los tenía muy limpios. Sin embargo, al caer la noche compró un orinal, y también adquirió una cerradura, ya que no sabía quién podía tener las llaves del propietario.

Durante siete años, vivió en aquella madriguera sin trabar amistad con nadie y sin que nadie le molestara. Nunca más oyó hablar del enfermo que había ocupado la habitación, y supuso que debía de haber muerto. Seguramente no tenía familia y, en cuanto a los documentos de propiedad del piso, sabía Dios adónde habían ido a parar. Pensó que ahora, prácticamente, podía considerarse él como el dueño y señor.

Al llegar el momento en que hubiera tenido que presentarse para la revisión anual –la no comparecencia en la misma solía provocar las persecuciones de la brigada de la

regresión-, había destruido sus documentos y seguidamente, con un ácido, intentó quemarse las yemas de los dedos para borrar las huellas digitales con las que, si lo detenían, podrían identificarlo. Renunció a ello porque el procedimiento era demasiado doloroso y, por otra parte, las huellas de los dedos sólo las comprobaban en casos graves, de delitos mayores.

Establecer una nueva identidad sobre el papel no era problema. Poco le costó, antes de jubilarse en la imprenta oficial donde trabajaba, apoderarse de una docena de tarjetas, en las que repitió la numeración para que no se notara el hurto, y ahora todo se reducía a estudiar a conciencia la firma del funcionario y la forma del sello. Imitó sin esfuerzo la primera y reprodujo fielmente el segundo. Siempre había sido muy trazudo en estas cosas.

La nueva tarjeta de identidad ostentaba, claro, otro nombre y le atribuía diez años menos –sesenta y ocho-, lo que le situaba fuera de la edad de la revisión obligatoria. Se había afeitado la barba y el rejuvenecimiento, que no cesaba, pronto le permitió no usar gafas en público, aunque su vista no volvería a ser buena del todo hasta pasado un par de décadas.

Fue entonces, al iniciar el octavo año de su estancia en el barrio, cuando por vez primera entabló relación con un vecino. En realidad, se trataba de una vecina, la más inmediata. Hasta aquel momento, allí había visto siempre a

una pareja de unos cincuenta años y pico, gente furtiva y malcarada, y por tanto le sorprendió un poco que aquella noche alguien llamara a la puerta de su habitación y, al abrir, se encontrase ante una mujer de unos cuarenta, regordeta, casi obesa, que le preguntaba si por casualidad tenía cerillas. Le explicó que, desde hacía seis días, ocupaba el apartamento contiguo.

Le prestó el encendedor, que ella olvidó devolverle, y la mañana siguiente, al reclamárselo, la mujer le invitó a tomar una taza de café, que era su desayuno.

Aquél fue el comienzo de unas relaciones discontinuas en el transcurso de las cuales se enteró progresivamente de que ella se llamaba Lalia, de que hacía doce años que estaba separada de su marido, desde los veintinueve, y que desde entonces se ganaba la vida como prostituta.

–Pero sólo un hombre cada noche –añadió, y cuando él se mostró extrañado, le explicó–: No quiero perderle el gusto. Nunca me he considerado una profesional.

Ahora, por desgracia, había ya noches en que le costaba encontrar clientes, tal vez porque empezaba a envejecer o porque estaba demasiado gorda, de modo que había procurado encontrar otro trabajo, y si las promesas que le habían hecho no eran vanas, pronto entraría en un «rápido», donde causaba baja una «bocadillera».

Entró en él un mes después y, puesto que el trabajo la tenía ocupada muchas horas al día, pasó unas tres semanas sin verla, hasta que una noche, ya muy tarde, ella llamó discretamente a su puerta. Él ya se había acostado.

–¿Qué te ocurre, Lalia? –preguntó, sorprendido.

Y ella se lo dijo sin circunloquios. Tenía ganas de dormir con un hombre y había pensado que tal vez a él le gustara la idea. A no ser que también la considerase demasiado gorda...

Le gustó. Hacía trece años que no dormía con una mujer y el cuerpo de Lalia fue un redescubrimiento en el que, durante el último año, empezaba a pensar otra vez al ver chicas que le caían bien. Que ella poseyera aquella abundancia en pechos y nalgas vino a reforzar su satisfacción.

La convivencia se prolongó casi diez años, sin que él, pese a tan larga intimidad, se atreviera a confesarle que era un regresivo, ni siquiera cuando Lalia se mostraba sorprendida al encontrarlo tan «joven» para sus años. Con el apoyo de la documentación falsificada, que un día exhibió negligentemente, le hacía creer que no era tan viejo como su apariencia indicaba.

Pero cuando ella murió asfixiada en el hospital, según dijo el médico por un exceso de grasa, le pareció llegado el

momento de cambiar de domicilio. El proceso de rejuvenecimiento continuaba, tan implacable como lo había sido antes el de la senectud, y un día u otro acabaría por llamar la atención de los vecinos.

En aquel entonces hacía poco que había empezado a trabajar como «legionario», como denominaban, sin que él supiera exactamente el porqué, a los obreros que algunos empresarios poco escrupulosos contrataban sin contratarlos. Para ahorrarse los gastos sociales, muy elevados, se les hacía firmar un papel según el cual trabajaban por su cuenta y, por consiguiente, cobraban unos servicios que se les habían solicitado y cuyo precio se suponía fijado por ellos libremente. De hecho, la ficción era tan transparente que no hubiera podido prosperar sin la complicidad de los organismos oficiales o de aquellos que tenían la autoridad.

Él había «alquilado» una imaginaria empresa de transportes, un simple camión que, según los papeles que obraban en poder de la firma y que, por tanto, ésta podía destruir en el momento que le conviniera, era de su propiedad. El trabajo consistía en transportar tierras desde Collserola, donde se efectuaban desmontes, hasta unos terrenos situados en lo que antes fue el Prat, y por mediación de un compañero consiguió una habitación en el antiguo barrio del Pastor, donde se alzaban edificios de quince o dieciocho plantas, una especie de «hormiguero» todavía más laberíntico que los del barrio del Besós, cuyo

apartamento cedió a un matrimonio ya cercano a la tercera edad.

Había vuelto a renovarse la documentación, en la que constaba que tenía cincuenta años, aunque cronológicamente tuviera noventa y seis y fisiológicamente unos sesenta. Se sentía cada día más fuerte y, a pesar de estar acostumbrado a verse, advertía que las arrugas de la cara ya no eran tan pronunciadas como en el momento de su huida, y que algunas incluso habían desaparecido.

Era capaz ahora de levantar pesos que años antes hubiera juzgado prohibitivos y sus reflejos nerviosos se tornaban progresivamente más rápidos.

La nueva habitación que se procuró pertenecía a dos hermanas, viuda una y soltera la otra, que en el curso de quince años habían logrado acaparar una docena de apartamentos del edificio, de cuyos alquileres vivían y ahorraban. Eran mujeres calculadoras y suspicaces que no se fiaban de su sexo y sólo alquilaban sus propiedades a hombres solos y de edad madura. La experiencia les había enseñado que con ellos no había tantos conflictos.

Él les cayó bien cuando observaron que trataba con respeto los cuatro muebles de su apartamento, que siempre lo mantenía todo muy limpio, que no se emborrachaba como tantos otros, y que nunca era necesario visitarlo dos veces para cobrar el importe de la mensualidad. La viuda,

que por otra parte era la más joven, empezó a mirarle con ojos tiernos y él, que desde la muerte de Lalia llevaba una vida de abstinencia, se dejó arrastrar fácilmente a la cama de las dos hermanas, puesto que la primera noche pudo enterarse de que solían compartir los hombres.

Fue, sin embargo, una relación de breve duración. Menos de un año después, al regresar un anochecer a su casa, vio la calle llena de coches de la policía y, por los curiosos a los que los agentes mantenían a raya, supo que se había producido un doble asesinato, en las personas de una madre y una hija que, según se decía, previamente habían sido violadas. Se procedía a una identificación tan minuciosa como era posible de los inquilinos del edificio, y él creyó más saludable alejarse de allí con carácter definitivo. Era lo bastante cauto como para no conservar, en la habitación, nada que pudiera revelar su personalidad. Los documentos siempre los llevaba encima.

Durmió dos noches en el camión, hasta que el dueño de la taberna donde comía le dio la dirección de una parienta suya, una prima, que dejaba un apartamento en los Plans de Cornellá.

Vivió en él ocho años, primero solo y después, al quedarse sin trabajo por haber expirado los contratos de transporte que tenía la empresa para la que trabajaba, con dos chicos que iban a dormir. Por primera vez desde que había

abandonado su casa, vivía en un piso de veras: tres habitaciones, aunque pequeñas, cocina y servicios.

Uno de los jóvenes se casó al cabo de un año y el otro se marchó al encontrar un trabajo más interesante cerca de la antigua ciudad de Igualada. Les sucedieron tres muchachas muy jóvenes, menores de dieciocho años, que probablemente se habían escapado de sus familias para vivir su vida.

Alguien les había dado una dirección que no encontraban y, cuando le dijeron que era para ver si tenían habitaciones, él les ofreció las dos que habían quedado libres. Fue necesario comprar otra cama y meterla en el dormitorio que era algo más espacioso, pero había la compensación de que ellas estaban dispuestas a pagar más de lo que daban los dos chicos. En cambio, no querían que él las declarase, como venían obligadas a hacer todas las personas que admitían realquilados. Él se echó a reír, lógicamente; tampoco había declarado a los dos muchachos.

Al principio, sin que él lo creyera, fingieron trabajar en un supermercado, en el turno de la noche, pero un día, al anochecer, una de ellas le preguntó si podía traer un hombre al piso. Hablando sobre el particular, se quejó de que, por culpa de su edad, le era difícil que la admitieran en los llamados «hoteles de placer», y los clientes, que a menudo no vivían solos, tampoco podían llevarla a sus casas...

Las tres tenían el mismo problema y él, comprensivo, se avino a que utilizaran el piso para sus actividades profesionales mediante un aumento del alquiler. Sin que se conviniese específicamente, quedó entendido que de vez en cuando le harían compañía en la cama.

Al cabo de dos meses había ya una cuarta chica, llamada Morva y a la que ellas habían conocido en algún lugar, y de nuevo fue preciso comprar una cama, cuya ocupante sería la que más durase en la casa, puesto que de las otras tres una se fue a vivir con un mecánico que le había robado el corazón, la segunda decidió regresar junto a su familia al comprobar que, de hecho, aquella vida no era tan excitante como ella había imaginado, y la tercera desapareció misteriosamente, tal vez detenida en alguna redada, en cuyo caso tuvo el sentido común de no revelar su madriguera.

Otras chicas, siempre muy jóvenes, las sustituyeron paulatinamente mientras Morva arraigaba en el piso y, poco a poco, se aseguraba también la exclusiva de la cama de él. Era una muchacha que le recordaba a su esposa, aunque poseía una ciencia erótica infinitamente superior y la decisión de valerse de ella, como se demostraría más tarde, al convertirse en la dueña de un negocio que resultaría más que productivo.

No pudo convencerle para que se casara con ella, y había sus motivos, pero sí supo decidírle a aportar el dinero que necesitaba para adquirir un «hotel de placer» regular,

autorizado por la ley, cuya propietaria se retiraba y estaba dispuesta a dar facilidades. Un contrato privado le convertía a él en socio del establecimiento.

Sin embargo, no expulsó a las chicas de la casa. Aparte los placeres que ellas le procuraban, se había acostumbrado al ambiente que ellas creaban con su presencia y sus promiscuidades, y eran, detalle no negligible, una reserva conveniente en el caso de que el otro asunto fracasara o sufriera algún tropiezo.

Nunca tuvo ninguno, tal vez porque Morva sobornaba a alguien, y las ganancias eran cada vez más abundantes cuando, finalmente, él tuvo que abandonar el piso en plena noche y con el tiempo justo para deslizarse por una tubería de desagüe, mientras la policía llamaba ya a la puerta. Alguien había denunciado que allí se recibían hombres a todas las horas del día.

También esta vez llevaba encima los papeles, pero en aquel vecindario, no tan anónimo como el de los «hormigueros», había gente que le conocía, de modo que una vez más tuvo que cambiar de identidad. Nunca había ingresado dinero en un banco para no dejar ningún rastro, y también esta vez lo tenía debajo de una baldosa, en su habitación, donde permaneció una temporada porque no se atrevía a regresar allí. De Morva, a la que recurrió al huir, sabía que no podía fiarse. La joven frunció el ceño al saber que la policía lo perseguía y, con la excusa de que el primer

lugar donde lo buscarían sería el «hotel del placer», le impidió quedarse con ella. Por si fuera poco, el mes siguiente, al hacer la liquidación, le obligó a salir del negocio, y todavía tuvo que agradecerle que no lo despojara del todo.

Por consiguiente, hasta pasados seis meses no se atrevió a visitar de nuevo la casa. Iba decidido a abrirse paso hasta el dormitorio si los nuevos inquilinos ponían obstáculos, pero en el piso no había nadie, la cerradura era la misma, y pudo entrar con toda tranquilidad. Pasados diez minutos salió de él definitivamente, con el dinero en el bolsillo; nadie había descubierto su escondrijo.

En aquel entonces vivía ya otra vez en su apartamento del barrio del Besós, que la pareja había dejado unos meses antes de la irrupción de la policía, sin que él se hubiera preocupado de alquilarlo nuevamente. En su gran mayoría, los vecinos debían de haber cambiado, porque reconoció muy pocas caras y, aparentemente, nadie lo reconoció a él. Lo consideró natural; era ahora un hombre que frisaba en los cincuenta y volvía a tener los cabellos casi negros.

Los ahorros de que disponía le permitían tomarse las cosas con calma, y al cabo de nueve o diez meses, cuando encontró a Quila, todavía no trabajaba. La chica, que ahora debía de tener apenas diecinueve años, había sido la más joven de sus pupilas, y tal vez la más desafortunada. Ni ella sabía el porqué, pero siempre atraía a los clientes más iracundos y sinvergüenzas, y a menudo él había tenido que

intervenir para salvarla de sádicos que, para colmo, querían estafarla. Una noche, incluso tuvo que amenazar a uno de ellos con un cuchillo.

Al encontrarla ahora, supo que la mala racha de la chica proseguía. Alguien le había dado una paliza unos días antes y aún tenía un ojo amoratado; le confesó también que le habían contagiado purgaciones y que la mujer de la casa donde vivía le hacía la existencia imposible desde que se retrasó en el pago de la habitación.

Se la llevó a su vivienda, se preocupó de hacerle curar la enfermedad y, una vez restablecida, siguieron juntos. Ella misma se lo pidió. Seguiría trabajando, lo mantendría... Pero él, que había salido de aquel negocio de mujeres escarmentado y con la conciencia intranquila, aceptó la vida en común sólo con la condición de que ella dejara el oficio. Quila estuvo tan contenta que lloró a moco tendido.

Fueron unos años felices, los más felices que pasaría en su segunda existencia. Quila iba madurando a su lado mientras él se rejuvenecía lentamente, pero sin cesar. Ella era una muchacha de carácter tierno, dulce, poco apta para llevar el tipo de existencia que, por una extraña aberración, había elegido al huir del sepulcro blanqueado de su familia, y en seguida se manifestó como ama de casa impecable. La seguridad de que ahora disfrutaba y los años que iba sumando la transformaron, y de una jovencuela de físico anguloso y cara asustada, con unos ojos siempre temerosos,

pasó a ser una mujer de curvas voluptuosas y carácter alegre, que convertía en fiesta la vida de cada día. Y él, que cada vez era más hombre, acabó por advertir que a su deseo se añadía el amor.

Volvió a trabajar una temporada como camionero, en las mismas condiciones de antes, aunque para otra empresa; lo dejó para tomar un empleo de cobrador por cuenta de un individuo que, sin que lo supieran las casas que lo tenían en nómina, subarrendaba sus funciones a base de retener un dos por ciento de la comisión, y cuando en el barrio quedó desocupada una tienda de papelería, la alquiló para Quila, que abrió en ella un pequeño negocio de confección.

Fueron prosperando, la habitación se convirtió en un almacén y, siempre a nombre de Quila, compraron todo un piso en otro edificio del «hormiguero». A ella ni se le ocurría extrañarse de que él no prefiriese vivir en una zona menos densamente poblada. Era demasiado feliz para preocuparse por nada.

Es decir, hubiera querido tener un hijo y él no se negaba. Ahora, aunque un día le abandonara su buena suerte, Quila podría defenderse ya por sí sola. Pero el hijo no venía. La joven visitó un ginecólogo que la encontró bien, apta para la maternidad, y después se hizo visitar él. Los análisis demostraron que, prácticamente, no tenía ningún espermatozoide en el semen. La joven, al saberlo, le abrazó, ahora más desolada por él que por ella, y cuando él le dijo

que, toda vez que la culpa era suya, no se oponía a que se hiciera fecundar por otro, Quila se echó a llorar, convencida de que él ya no la quería. Tiempo después, tuvieron que confesarse que, gracias a esas acusaciones, jamás habían pasado una noche tan maravillosa. Pero ella siempre se admiraba de que aquellas emisiones tan copiosas pudieran ser lo que el analista había asegurado. No entendía que la naturaleza pudiera hacer las cosas tan mal.

Cuando lo entendió, habían pasado ya casi quince años. Ella era ahora una matrona robusta y en el punto más dulce de su feminidad. Tenía treinta y cuatro años y un cuerpo espléndido que nunca se hubiera podido prever en la jovencita esmirriada a la que él acogió como quien recoge un gatito enfermo. Nunca, y se lo decía riendo, se había sentido tan mujer.

Y entonces, un día advirtió de repente aquello que hubiera debido haber visto antes. Estaba delante del espejo del lavabo, donde se había sacado el maquillaje para acostarse, y él, que también se había desnudado, se inclinó junto a ella, con una mejilla rozando su cara. Quila levantó una mano, le acarició la otra mejilla y, de pronto, interrumpió el ademán. Lo reanudó en el acto, pero esta vez palpando.

–No tienes ni una arruga –dijo.

–Eso de ni una...

–Cuando te conocí, las tenías...

Se incorporó, dejó resbalar la ropa que llevaba y se contempló, desnuda, al lado del cuerpo de él, igualmente desnudo.

–¿Cómo puede ser? –murmuró–. Pareces tan joven como yo, ¡y tienes veinticinco años más!

Recordó de pronto sus noches, el vigor de él, que había ido constantemente en aumento, y que últimamente a veces no le bastaban las noches. Los ojos se le abrieron, sorprendidos, y musitó:

–Oye..., ¿no serás uno de éstos?

No se atrevió a negarlo y asintió. En el fondo, hacía años que esperaba este momento, y que lo temía. Un día u otro, Quila había de asociar aquella juventud suya con lo que los médicos y las autoridades se obstinaban en calificar de enfermedad. En realidad, ahora se hablaba tal vez más que antes, acaso porque el número de regresivos aumentaba, y de vez en cuando entrevistaban a algún especialista en la radio o la televisión.

Se lo confesó todo, pues: cómo había preparado las cosas con tiempo, en previsión de esa eventualidad, cómo había desaparecido al notar las primeras señales de rejuvenecimiento, cómo había cambiado de nombre y había

estado falsificando su documentación... Reconoció que en aquel momento llevaba viviendo casi ciento veinte años.

Al oír esta cifra, la mujer retrocedió, impresionada. No importaba que tuviera ante sí un hombre en todo el esplendor de su edad, y que este hombre le resultara familiar e incluso que lo amara. Él vio que le miraba como a quien volviera de la tumba o perteneciera a otro mundo; de hecho, casi como si fuera un monstruo. Y por primera vez, pensó que tal vez sí lo era.

No le denunció, ni lo abandonó. Pasado el instante de la revelación, que la había desconcertado, se esforzó en hacerle olvidar su primera reacción, en no alterar en nada su vida en común. Pero no dejaba de ser esto, un esfuerzo, y él lo notaba. La alegría de Quila ya no era espontánea y a menudo, al abrazarla, él notaba una especie de resistencia que no le permitía seguirlo en una fruición hasta entonces compartida.

Comprendió que la mujer seguía junto a él porque era consciente de todo lo que le debía, y que cabía decir que había llegado la hora de pagar sus favores con un sacrificio. Tal vez tuviera incluso la esperanza de superar, con el tiempo, aquella caída vertical de la ilusión en la que habían vivido, pero él sabía que esto era totalmente imposible y que cada día lo sería más. Poco a poco, entre ellos se establecería una diferencia de años que, en vez de aproximarlos, los separaría. Bien mirado, esto tenía que pasar de todas

maneras y más de una vez ya lo había experimentado. Pero ahora sería peor, porque ella sabía...

Por consiguiente, se decidió. Rompió sus relaciones con el cobrador para el que trabajaba y una mañana, cuando ella estaba en la tienda, buscó el talonario de cuenta corriente que tenía Quila, y que como comerciante necesitaba; comprobó que disponía de reservas suficientes y que, por tanto, podía llevarse tranquilamente, sin ningún cargo de conciencia, el dinero que una larga costumbre le movía a ocultar debajo de una baldosa; cogió una muda de ropa que se metió en los bolsillos y, después de haber escrito una nota en la que le expresaba su agradecimiento por aquellos quince años de amor que le había dado, abandonó el barrio con la intención de no volver nunca más a él.

De nuevo se encontró solo en aquel mundo hostil que, a través de los años, había estado cambiando para empeorar. A pesar de las leyes que frenaban la natalidad, la población aumentaba y la ciudad invadía ya tierras que, cuando él huyó de su casa, quedaban a docenas de kilómetros de sus límites extremos. A ello debía contribuir también la longevidad, cada día más dilatada, de la gente, aunque para combatirla se estaban creando numerosos centros de asistencia geriátrica en los que eran internados, con el argumento de que nada era tan favorable para el bienestar de los ancianos como la convivencia entre los de una misma generación, en un ambiente exento de tensiones familiares, todos aquellos que cumplían los setenta y cinco años. Pero ya había corrido

la voz de que en estas instituciones el índice de mortalidad era terrible, y se decía, en voz baja, que en realidad eran centros de eutanasia. Con todo, la población activa, desbordada por el problema de los viejos, aceptaba estos centros como una necesidad.

Más resistencia se ofrecía, sin embargo, a las disposiciones que, dictadas dos años antes, modificaban el índice de natalidad permitido. Se había abandonado ya el concepto de pareja, de acuerdo con el cual se hacían anteriormente los cálculos, y se establecía una denominación por «sujeto femenino» que limitaba los nacimientos autorizados a uno por cada mujer. Era una ley provisional que, en principio, había de tener una vigencia de treinta años, hasta que se restableciera un cierto equilibrio demográfico, pero las generaciones sacrificadas la transgredían a menudo, como lo demostraban los constantes procesos contra las mujeres embarazadas. La penalidad era tan rigurosa que comprendía la eliminación del hijo.

En conjunto, el aumento incontenible de la población, con la lógica secuela de un auge de la criminalidad, y la promulgación de tantas leyes restrictivas, habían obligado a reforzar todavía más los servicios de la policía y a crear otras secciones especializadas cuya actuación siempre era imprevisible, ya que se habían eliminado los uniformes y no era posible distinguir, de antemano, entre un agente de policía y un paisano. Esta medida había sido aconsejada por el número cada día más impresionante de servidores del

orden que caían víctimas de su deber. Las últimas estadísticas publicadas hacían ascender la cifra a tres mil doscientos diecisiete policías desaparecidos o asesinados en un solo año.

Era un mundo, por tanto, en el que había que proceder con gran cautela, sin que esto garantizara nada, pero él disponía de una astucia de fugitivo que los últimos quince años de vida sedentaria no habían anquilosado del todo. Su experiencia le dictaba lo que había de hacer y, a las nueve de la noche, después de haber descartado tres, encontró una chica que se avino a llevarlo a la habitación en la que vivía sola.

Se quedó allí tres días, pagando y estudiándola, y ya casi estaba decidido a instalarla en un piso confortable, a pesar de que de vez en cuando mostraba unas brusquedades que a él no le gustaban, cuando al bajar una noche para cenar en un «semi-rápido» que había en una esquina, notó que, por la causa que fuera, una de las chicas del mostrador no le quitaba la vista de encima. Era una muchacha muy morena, de unos veinticuatro o veinticinco años, de carnes compactas y piel fina, con unos ojos graves, vagamente tristes. Preguntada la camarera de la mesa en la que se había sentado, se informó de que la chica se llamaba Ruba.

Se instaló en la sección de ella, para tomar un «nap-café», y lo bebió sin dejar de mirarla. Se dirigieron

varias sonrisas y después, aprovechando que ella se inclinó casi delante de él para lavar unos vasos, le preguntó:

–¿Nos conocemos, Ruba?

La chica, que no mostró la menor sorpresa al oírle pronunciar su nombre, contestó, sin interrumpir su trabajo:

–Podemos conocernos.

–¿Cuándo?

–Acabo mi turno a las diez.

Se encontraron en la salida y tomaron el metro hasta la casa de ella: dos habitaciones y lavabo bajo tejado, en lo alto de un edificio de dieciséis plantas. Vivía allí con otra joven, cajera en unos grandes almacenes, pero cuando llegaron ella no estaba y en el interior, clavada en la puerta de una de las habitaciones, encontraron una nota: había ido a pasar el fin de semana con un tal Jocre.

Ya en la cama, él quiso saber:

–¿Por qué me mirabas, en el «semi-rápido»?

–Para que hicieras lo que has hecho.

–¿Tanto te interesaba?

–Pues sí, eres un tipo muy bien plantado.

Había vivido cinco años con el mismo hombre hasta que, dos antes, éste se mató en un accidente. Desde entonces, no había dormido con nadie.

–No soy una chica promiscua –le dijo–. Conmigo, es para quedarse. Es decir, para quedarse si comprobamos que la cosa resulta. ¿Qué te parece?

–En principio, me parece bien. Pero no estoy acostumbrado a que me elijan.

–Nos hemos elegido los dos. De lo contrario, no te hubieras acercado al mostrador.

Dos días después ya sabían que la cosa resultaría y él se instaló definitivamente en el piso. Sin embargo, al cabo de una semana él estaba ya harto de la otra chica.

Fena, una rubia de ojos aguados y muy parlanchina, que, por un motivo u otro, se obstinó en llevárselo a la cama. Siempre tenía la piel ligeramente sudada, cosa que a él le causaba una cierta repugnancia, y por todo ello propuso a Ruba cambiar de domicilio.

Al principio la chica accedió, incluso ilusionada, pero cuando él le dijo que comprarían el piso a nombre de ella, se negó. Le parecía más natural que lo pusieran a nombre de él, ¿no era así? Él improvisó una explicación según la cual no podía haberlo sin que el fisco le atizara un palo; fingía trabajar en una empresa de seguros y que todos sus gastos

estaban controlados, y adujo que la compra de un piso revelaría que ganaba más de lo debido, habría una investigación y todo terminaría con una multa y el paso a una categoría tributaria superior.

El sistema de impuestos era lo bastante complicado para que ella, en su ignorancia, acabara por creerlo.

Pero a pesar de estas razones, que parecían más que convincentes, la chica siguió negándose a comprar en su nombre y al final, en vista de la insistencia de él, le dijo que al fin y al cabo, si el único motivo para dejar el piso era el hecho de que Fena le acosara, nada le impedía complacerla de vez en cuando; ella no se opondría.

Fue entonces cuando a él le vino la idea, pero calló, prudentemente, mientras recogía otros elementos de juicio. No le costó mucho enterarse de que el piso, subarrendado a unos subarrendatarios que, legalmente, no tenían derecho a cederlo, estaba todavía a nombre de éstos, aunque existía un contrato privado con Fena. Más sutileza le exigió, en cambio, averiguar que Ruba trabajaba en el «super-rápido» con el nombre falso de Lia, que correspondía, como supo por Fena, al de una chica que fue camarera y después se casó. Antes, le explicó Fena, Ruba pegaba etiquetas para una empresa de productos farmacéuticos.

Le pareció que aquello era suficiente; todo coincidía. Eligió, pues, una noche, cuando estaban haciéndose el amor, y, como quien no quiere la cosa, preguntó:

–¿Verdad que nadie diría que tengo ciento veinte años?

A la chica se le cortó la respiración. Es decir, la tenía ya entrecortada, pero hubo un cambio en el ritmo de su jadeo, de su cuerpo, y los ojos, que se desenfocaban, lo miraron con espanto. Entonces, sin darle tiempo para contestar, añadió:

–¿Y tú cuántos tienes, Ruba?

–¿Des... desde cuándo lo sabes? –tartamudeó ella.

–Después, Ruba, después...

Y la abrazó más estrechamente mientras ella exhalaba un suspiro de alivio.

Su regresión partía de una fecha algo anterior y, en realidad, todo le había resultado más sencillo que a él. Nacida en una de las pequeñas comunidades rurales, generosamente protegidas por el gobierno y que aseguraban el cultivo de extensos territorios, a veces incluso de cincuenta kilómetros cuadrados, en su ambiente había un espíritu de solidaridad totalmente desconocido en las ciudades, y las órdenes, disposiciones y costumbres procedentes de éstas eran objeto de resistencia. En general,

los miembros de cada comunidad pertenecían a la misma familia, o a familias relacionadas por enlaces matrimoniales, y, como principio, se protegían contra el mundo exterior. No había, en el caso de Ruba, cuestiones de herencia que pudieran perjudicarla, ni tampoco problemas de manutención, ya que las comunidades campesinas nadaban en la abundancia.

Se ocultó pues, maliciosamente, el hecho de su regresión, que era la primera de la que se tenía noticia en el campo, y apenas murió otra mujer, sobrina suya, un nombre fue sustituido por el otro y, desde entonces, Ruba figuró como difunta en el registro civil. Permaneció en el pueblo hasta los cuarenta años de esa segunda vida, cuando toda la gente de su generación y de la generación siguiente había muerto ya, y ella empezó a sentirse extraña entre una población que, de una o de otra manera, tendía a marginarla.

–Me parece –explicó– que cuando dije que me marchaba se quitaron un peso de encima.

Pudo colocarse como ama de llaves en casa de un delegado de abastos que había enviudado y que tenía dos hijos adolescentes, y se quedó allí siete años, hasta que uno de los jóvenes se le metió en la cama. Para entonces ya dormía con el padre, pero no pudo negarse cuando el hijo, al verse rechazado, barboteó que tenía medios para perjudicarla si no accedía a su capricho. Nunca dijo claramente a qué se refería, pero alguna vez lo insinuó con bastante

contundencia como para que ella, asustada, se aviniera a satisfacerlo.

Se creó una situación explosiva cuando, casi al mismo tiempo, el padre le pidió que se casara con él y el joven, sin estar enterado todavía de esa proposición, le exigió que rompiera sus relaciones íntimas con el viejo. El problema, y esto lo comprendió en seguida, sólo podía solucionarse de una manera: esfumándose.

Se fue a vivir con una muchacha jorobada con la que se había hecho amiga años atrás, al defenderla en un incidente en un «emporio» femenino en el que compraban las dos, y ella le proporcionó aquel trabajo de las etiquetas por cuenta de unos laboratorios, pero lo pagaban tan miserablemente que alguna vez tuvo que prostituirse; la propia jorobada también se agenciaba a veces un hombre, cuando alguno se encaprichaba de su defecto.

La dejó al conocer, en una sala de espectáculos, al conductor de helicóptero que le propuso instalarse juntos en la casa donde él vivía, pero se trataba de una pensión y la dueña, diaconisa de una secta postcristiana, se opuso. Vivieron en dos o tres lugares diferentes y, finalmente, acabaron en el piso de Fena, conocida de una conocida del conductor. Poco después, el joven se mató al chocar con otro vehículo que había perdido el control.

Entretanto, había conocido a la propietaria del «semi-rápido», donde los dos solían comer a menudo, y la mujer, una rubia todavía joven que siempre le tenía muchas atenciones, sin que ella supiera por qué, le ofreció un puesto detrás del mostrador, que era donde más se ganaba. Esta colocación no era del todo desinteresada, ya que la propietaria en seguida dejó entender que esperaba de Ruba otros servicios más personales, a lo que ésta se avino, pero con la condición de que no se formalizara su contrato. Le explicó que había quebrantado la ley por haber parido tres hijos, de los que ahora cuidaban los abuelos, y que le interesaba pasar desapercibida para evitar que la detuvieran. Era un argumento capaz de conmover el corazón de cualquier mujer, y más si estaba encaprichada, y la dueña, que después de todo tampoco podía exponerse a tener una empleada clandestina, encontró la solución: la muchacha que se iba para casarse le debía más de un favor y, por lo tanto, no se opondría a que Ruba trabajara con el nombre de ella... No se opuso.

–Todo esto está muy bien –le dijo él–. Pero si alguna vez sufres un accidente laboral...

–Ya lo sé. Pero pueden hacerse dos cosas. Una de ellas, que descarto porque se descubriría todo, sería fingir que acababa de colocarme, a prueba. La otra, silenciar el accidente. Perdería la compensación económica, claro, pero no se puede tenerlo todo. Y también ella, Tala, me ayudaría en caso necesario.

–¿O sea que continúan las relaciones?

–Sí. No muy frecuentes, pero continúan. No me atrevía a decírtelo.

–¿Y ha tolerado que vivieras con un hombre?

Ruba sonrió.

–También le gustan. Ya ves que no hay problemas. Quiero decir por parte de ella; no sé si tú...

Pero él tampoco podía elegir.

Vivieron con Fena y, ocasionalmente, él fue el amante de ésta, hasta que los grandes almacenes en los que trabajaba la nombraron encargada de la supervisión de las cajas en una nueva sucursal, en la antigua ciudad de Vilafranca, y le proporcionaron, como hacían con el personal que ocupaba puestos de responsabilidad, un pisito que pagaba la empresa.

Se quedaron solos, pues, sin que ni a ellos ni a Fena se les ocurriera hacer un cambio de nombres en el contrato privado, pero nadie puso nunca en duda su derecho a vivir allí, ni tuvieron la menor dificultad en los catorce años que pasaron todavía en aquel piso. Los problemas fueron de otra índole y empezaron más o menos cuando Ruba había regresado a los quince años y él tenía veintisiete.

En aquellos momentos, hacía ya tiempo que él la había obligado a dejar el «semi-rápido» para evitarle interpelaciones enojosas, mientras él trabajaba para un médico que, clandestinamente, se dedicaba a la fecundación artificial de mujeres que de todas maneras insistían en tener un hijo. Era una actividad totalmente ilícita y duramente castigada, y sus ingresos como mediador eran considerables. Al principio, había intentado actuar como donador, pero el conteo de espermatozoides era tan insuficiente como años atrás y tuvo que renunciar a ello. El médico actuaba al margen de la ley, pero en este aspecto era de una total honradez.

Todo habría marchado perfectamente, pues, sin las primeras señales de puerilidad que ya se manifestaban en el carácter y la conducta de Ruba, que tenía caprichos y coqueterías de adolescente que a él le ponían nervioso. A menudo se reía sin el menor motivo, de una manera ridícula, o bien se enfurruñaba sin ninguna razón aparente. Se desinteresaba de la casa, sólo pensaba en cintas para el cabello y otras naderías, y pasaba muchas horas en la calle, contemplando los escaparates, corriendo hacia donde corría la gente y curioseando en los lugares donde había peleas, detenciones o accidentes...

Todo empeoró aún más cuando, a los trece años, se le retiró la regla. Últimamente ya perdía peso, parecía un poco más baja, sus pechos se empequeñecían y se apreciaba una reducción en las nalgas... Seguidamente, su busto se aplanó

con gran rapidez, le desapareció del todo la pilosidad y se pasaba horas y más horas contemplándose y llorando. No podía olvidar que había sido una mujer y, a pesar de que el sexo ya no le interesaba, o le interesaba de una manera furtiva que nada tenía que ver con la curiosidad natural de la chiquilla que se aproxima a la pubertad, a veces le preguntaba con su voz infantil:

–¿Recuerdas que yo era muy guapa?

Y en seguida aparecía en su cara un gesto de confusión, casi como avergonzada por haberle llamado la atención sobre un pasado en el que habían hecho tantas cosas en la cama. Era penoso y a él se le contraía el corazón. Le dolía pensar que había sido una mujer ardiente, alguien con quien compartir la vida. Ahora ya nada compartía con ella; ella se alejaba progresivamente hacia un mundo infantil que, si puede ser delicioso en los niños de veras, resultaba repelente en una persona a la que él había conocido adulta, responsable, femenina de pies a cabeza.

Todavía más desagradable y angustioso era ver en aquella regresión una imagen del futuro que le esperaba a él, personalmente. Jamás lo había imaginado así. Mejor dicho, había evitado imaginarlo de cualquier manera, y le había resultado relativamente fácil, pues al fin y al cabo no conocía precedentes de un caso como el suyo. Ahora, en cambio, sabía cuál sería el final. Y día tras día, año tras año, comprobaba que no podía ser más horrible. Asistía,

impotente, a la degradación de un adulto que retornaba a la infancia, y le sublevaba la crueldad de un destino que, al principio, pudo haberle parecido excepcional. ¿Tendrían razón las autoridades sanitarias cuando hablaban de enfermedad?

No podían continuar en el piso, donde ya había prolongado su estancia hasta límites imprudentes. No importaba que, como en todas partes, también allí la gente viviera apiñada, unos junto a otros y como quien dice sin mirarse siquiera, cada uno inmerso en su propio egoísmo, en la insolidaridad que engendraba la vida en una urbe monstruosa, donde, bajo el orden inflexible impuesto por los gobernantes, se incubaba el instinto de la fiera enjaulada, convertida en solitaria a fuerza de hacinamiento. Un día u otro, a causa de cualquier incidente, alguien podía denunciarlos.

Por consiguiente, cuando Ruba sólo debía de tener ocho años, cambió de casa.

El médico para el que trabajaba le proporcionó una habitación en su consultorio. Se confió a él sin el menor temor de que le traicionara; más que amo y empleado, eran cómplices. Una palabra de él y aquel hombre sería juzgado y condenado, pues cuando se trataba de un profesional la ley era inexorable. Por esta razón cobraba los honorarios que cobraba.

El piso, que eran dos, entre los cuales se había abierto una comunicación a fin de disponer de dos salidas y evitar con ello que las pacientes que entraban y salían se vieran entre ellas, tenía seis habitaciones, y a partir de aquel instante una de ellas se convirtió en el lugar donde Ruba se iba haciendo pequeña y él retrocedía hacia la primera juventud y, después, hacia la adolescencia.

Nada indicaba que aquello fuese un consultorio. El médico, que pertenecía a los servicios sociales y, por tanto, no podía tener una práctica privada, había evitado incluso la mesa de examen. Como bibliófilo obstinado, el piso, recubierto de libros de un extremo a otro, era ostensiblemente la biblioteca particular a la que se retiraba cada día unas horas para trabajar en una Historia Social de la Medicina. Había un despacho y una habitación con un diván, en previsión de que su trabajo le fatigara y quisiera descansar un rato. Era plausible, como también lo era que, por tratarse de un médico, no faltara en el despacho un armario con numerosos instrumentos de la profesión. Lo tenía todo suficientemente bien montado para que, en caso de una incursión de la policía, le resultara fácil deshacerse del material comprometedor, muy limitado porque la fecundación la realizaba mediante inyecciones que hacían pasar, directamente, el licor seminal a los óvulos aislados por defectos de conformación.

Él se convirtió en su supuesto bibliotecario, encargado de redactar un catálogo de los volúmenes, y se ocupó a fondo

de ello, sin negligir sus otros deberes. Después agregó a ellos unas satisfacciones que no había previsto, puesto que el médico, con el pretexto de que el acto creaba una receptividad altamente favorable, copulaba con las pacientes que más le gustaban. Cuando él lo descubrió, le sustituyó con frecuencia.

Durante sus horas libres, sacaba a Ruba a pasear y la llevaba a los parques infantiles para que se distrajera, pero pronto advirtió que esto era peligroso. Un día, mientras esperaban su turno para subir a unas montañas rusas, observó que unos individuos pedían la documentación a las mujeres que iban acompañadas de niños, y discretamente, por si acaso, arrastró a Ruba fuera del parque.

Días más tarde, esta vez solo, comprobó que los agentes, porque desde luego lo eran, sólo abordaban a las personas con niños, y una mujer le dijo que examinaban los carnets de filiación, cuya existencia, como se enteró entonces, era reciente. El médico se lo confirmó. A él le había pasado por alto.

Por consiguiente, la niña quedó condenada a vivir entre cuatro paredes, pero no parecía que le importara. Era una criatura extraña, llena de conocimientos que no había olvidado del todo y que hacia los cinco años, en su inconsciencia, lanzaba preguntas como la que hizo una noche:

–¿A cuántas te has tirado hoy?

El médico se interesaba por aquel fenómeno tan singular de la regresión y, con gran paciencia, examinó a Ruba repetidamente, sin sacar nada en claro. Físicamente, era como cualquier otra niña normal y, hasta entonces, la única rareza era la de que no había contraído ninguna enfermedad infantil. Probó, quizá no siempre con mucha prudencia, preparados hormonales y otros fármacos que, en su opinión, podían detener el proceso y tal vez incluso invertirlo. Si se había producido una reversión, ¿por qué no podía haber otra?

Pero Ruba era cada día más pequeña y los únicos efectos de los potingues que le administraba pródigamente eran vómitos, mareos e hinchazones que, finalmente, desaconsejaron seguir haciendo experimentos con su salud. Desde luego, no era que la cosa tuviera importancia, ya que la muerte parecía inevitable. Pero, ¿cómo se presentaría?

El médico explicó que sería interesante meterla, más adelante, en una incubadora y, si ello fuera imposible, introducirla en una matriz, pero a ello se oponían muchas razones, una de ellas la de que no había manera de establecer un cordón umbilical o un conducto suficiente para la nutrición. De por sí, la técnica para introducirla ya sería complicadísima y exigía empezar con una cesárea. Y ni que esto se pudiera hacer, ninguna mujer se prestaría a ello.

Durante largo tiempo dio vuelta a la idea mientras él, convertido en un adolescente de catorce años, hacía esfuerzos para conservar sus intereses de adulto, sin poder conseguirlo siempre del todo. Por ejemplo, ahora ya no tenía tantas ganas de copular con las pacientes, y ellas, por su parte, mostraban cierta repugnancia en cuanto a cohabitar con un muchacho tan jovencito y, en algunos aspectos, poco desarrollado, y al mismo tiempo las desconcertaba su indiscutible maestría. El médico comprendió que debería prescindir de él.

Siguió dándole alojamiento, pero sólo hasta la tarde en que, en pleno trabajo, recibió una llamada telefónica que le obligó a despedir sin demora a su paciente. Cuando le dijo a él que acababan de avisarlo a fin de que se preparase para recibir una visita de la policía, comprendió que el hombre trabajaba más seguro de lo que él había creído; no había duda de que contaba con la complicidad interesada de algún funcionario bien situado.

Por lo tanto, le sobró tiempo para hacer desaparecer los pocos rastros que pudiera haber de su actividad y él, que también tenía que marcharse porque, como le dijo el médico, no podría explicar satisfactoriamente la presencia de la niña, salió a comprar un gran cesto con tapa de mimbre, de los que últimamente se habían puesto de moda para ir al mercado, introdujo en él a la pequeña Ruba, que tenía unos veinte meses, y abandonó el piso.

No sabía qué hacer. Había muchos lugares en los que se derribaban casas para construir edificios todavía mayores, pero estas ruinas, u obras, eran vigiladas por guardianes que disponían de perros para defenderse contra los intrusos. Recordó un cuartel abandonado ante el cual había pasado no hacía mucho tiempo y donde, como era frecuente con las propiedades públicas u oficiales, no habían dejado a nadie para proteger los materiales de derribo.

Llegó allí cuando ya era de noche, siempre con el cesto al brazo, y pudo instalarse en lo que había sido un calabozo, en compañía de un viejo que también debía andar fugitivo de alguien o de algo, ya que no mostró la menor curiosidad al ver a la niña y el día siguiente se largó para no volver. Lo sustituyeron dos mujeres andrajosas que tampoco manifestaron gran interés por Ruba y se contentaron fácilmente con las explicaciones de él, cuando les dijo que era su hermana y que se habían quedado sin padres.

Vivió un mes en aquel rincón, hasta que hicieron acto de presencia una brigada de obreros y tuvo que buscar refugio en una iglesia cerrada, en la que pudo introducirse tras forzar una puertecita. Eran muchos ahora los templos abandonados y la propiedad de los terrenos de algunos de ellos era, desde hacía años, objeto de disputa entre el estado y las autoridades eclesiásticas. Se trataba de un litigio prolongado, de difícil solución, y él lo aprovechó.

Durante meses, subsistió allí a base de conservas y de fruta, pero pronto tuvo que comprar un fogoncillo de pilas a fin de preparar las papillas de la pequeña. Ruba había perdido paulatinamente la facultad de caminar y empezaba a arrastrarse a gatas alrededor del confesionario donde él la había instalado. Poco a poco, dejó también de poseer un lenguaje articulado y de controlar sus funciones naturales. Le daba mucho trabajo y rara vez se atrevía a dejarla sola.

Hubiera podido abandonarla, desde luego, pero le repugnaba. Su mentalidad, ya bastante infantil y que tendía a hacerle olvidar el sentido de la responsabilidad, se veía equilibrada por sus recuerdos de adulto, cuando él era un hombre y ella una mujer, y por otra parte aquella dependencia de la pequeña provocaba en él una especie de amor con el que se mezclaban la ternura y el dolor. Ella le miraba con una confianza tan absoluta y, con frecuencia, le tendía las manos con un impulso tan afectuoso, que se veía obligado a estrecharla entre sus brazos mientras, muy emocionado, las lágrimas le rodaban por las mejillas al oír aquellos balbuceos infantiles.

Vivía atormentado por las memorias a veces contradictorias, y siempre incómodas cuando se superponían, de dos existencias: la que había vivido de cara a la vejez y la otra, de cara a una infancia de la que nadie se ocuparía, porque al morir Ruba se encontraría solo, totalmente solo.

Llegó el instante en que la niña no fue capaz siquiera de tragar las papillas que él le preparaba y en que, convertida en un bebé indefenso, hubiera necesitado la leche de una madre, o un biberón. Ahora, si él no la sacaba en brazos, ya nunca se movía del cesto, en el que él, con retazos de tela, le había hecho una camita, y durante días la alimentó con azúcar disuelto en agua en una punta de pañuelo que le ponía en la boca y que ella chupaba como si fuese un pezón. La limpiaba tres o cuatro veces al día, escrupulosamente, para evitarle sarpullidos en aquellas carnes tan tiernas. De pronto, después de años de no pensar en ello, había recordado que así lo hacía su mujer con los hijos, cuando eran pequeños. Lo más trágico era que, a veces, Ruba lo miraba como si fuera tan consciente de la situación como él.

Murió una mañana, cuando había perdido ya casi toda la pelusilla y la cabeza se le volvía grande en comparación con el cuerpo. Hacía pensar en un crío que acabara de salir del vientre materno y el cutis incluso tenía aquella tonalidad entre roja y terrosa que suelen presentar los recién nacidos.

La abrazó convulsivamente al ver que ya no respondía a su presencia ni a sus palabras, y al calmarse, ya al anochecer, cerró el cesto con el pequeño cadáver dentro y fue a dejarlo en una entrada desierta. Más tarde o más temprano, alguien la encontraría y las autoridades forzosamente le darían sepultura...

Ya no regresó a la iglesia ni se buscó ningún otro escondrijo estable. Era un chiquillo de doce años y de día no temía que le molestaran. De noche, dormía en cualquier rincón y, durante una temporada, debido a haber conocido a otro muchacho, se integró en un *gang* juvenil de chicos y chicas fugitivos de sus respectivos hogares. Pero no se encontraba a gusto con ellos. En todos ellos se manifestaba un afán de aventura, un impulso vital que él ya había perdido y que sólo rara vez, en momentos de total olvido, conseguía recobrar parcialmente. También los otros, por instinto, notaban una diferencia que les provocaba y que ocasionaba peleas. Él salía ganador en ellas sin esfuerzo, asistido por una serie de tretas maliciosas que acudían para ayudarlo, pero no ponía en la lid el corazón, como hacían sus adversarios.

Un día emigró hacia otros barrios y prosiguió su vida solitaria, pronto interrumpida, también brevemente, por una mujer que lo encontró durmiendo en un rincón de un pasadizo y, compadecida, se lo llevó a su habitación. Creyó que era huérfano y, al advertir que parecía un niño educado y con buenos modales, quiso que se quedara con ella. Era viuda de un funcionario y nunca había tenido hijos, pero cuando, al cabo de unos meses, empezó a hablar de adoptarlo e incluso pronunció la palabra escuela, él huyó de nuevo para reanudar una existencia nómada, aunque sin abandonar nunca la ciudad, cuyos recovecos y escondrijos se los sabía todos de memoria.

Vivía en un estado de desequilibrio del que procuraba liberarse, sin conseguirlo del todo, con un ir y venir inquieto, incesante. Se encontraba como partido entre una realidad actual y aquel doble pretérito que no le permitía ser totalmente infantil y entregarse a los juegos con los que se entretenían los otros chiquillos de su edad. No sabía jugar y, al mismo tiempo, iba perdiendo la capacidad de reflexión sostenida, propia del adulto. Ni un mundo ni el otro eran el suyo.

Por otra parte, no le abandonaba el recuerdo de Ruba, de aquel proceso de degradación hacia el cual se precipitaba él, mucho peor, le parecía en sus momentos de lucidez, que la antigua idea, de cuando era viejo, de tener que enfrentarse un día a la muerte. Aquél era un futuro previsto, sí, pero indeterminado, en tanto que ahora..., ahora sabía exactamente cuándo moriría y cómo. Tal vez fuera esto lo que no le permitía ser un niño.

Acudían de nuevo a él, cada vez con mayor intensidad, multitud de reminiscencias infantiles, de cuando sus padres vivían y él era un chiquillo feliz, más bien travieso y poco aficionado al estudio, siempre con ganas de merodear con los amigos del vecindario, en el cual, a diferencia de la mayoría de sus compañeros, se quedó al casarse.

No se había acercado más allá desde su huida, pero ahora pensaba en él muy a menudo y las imágenes que evocaba iban creando en su interior una necesidad que no sabía

cómo combatir. Añoraba aquella infancia despreocupada y, con ella, el calor de un hogar, de un ambiente protector.

Cada día le resultaba más difícil resistir a la llamada y, cuando estaba a punto de cumplir los diez años, empezó a rondar el barrio pero sin atreverse, todavía, a penetrar en él. Tal vez temiera, también, una desilusión. ¿Quién sabía si la casa, como tantas otras, había sido derribada, pese a encontrarse en una zona más favorecida de la ciudad, lejos de los «hormigueros»? ¿Por qué ir al encuentro de una desilusión que le dejaría más solo que nunca?

Huía pues y, durante semanas enteras, proseguía su vida de vagabundo en otros barrios distantes, pero aquella atracción se tornaba obsesiva y, como a su pesar, siempre acababa por encontrarse cerca del paisaje de su infancia, al que lo ligaban, hubiera dicho, unos hilos misteriosos pero lo bastante consistentes como para aprisionarlo. La antigua casa se convertía en el puerto de llegada.

Dio el paso decisivo una tarde de primavera y en el acto se quitó un peso de encima. Al final de la calle, en la esquina, la casa estaba allí donde había estado siempre, aunque ahora era más alta, pues le habían añadido tres pisos. Estuvo tan contento que, al principio, apenas se fijó en los coches, en el gentío. Unos vehículos policiales rodeaban el edificio y, junto a la fachada de las casas de enfrente, se alineaba una pequeña multitud que los agentes mantenían a raya. Detrás

de los coches, otros policías apuntaban hacia las ventanas, sin disparar.

Se escurrió entre los curiosos, sin atreverse a preguntar qué ocurría y esperando que el incidente, fuera lo que fuese, quedara solucionado para poder entrar en la casa. Entretanto, miraba a su alrededor, como si confiara en descubrir una cara conocida. Pero sólo vio, claro, a gente extraña.

Entonces se oyó un disparo procedente del edificio y, mientras los espectadores corrían a refugiarse en las entradas o doblaban la esquina, la policía abrió fuego contra la casa. Los disparos desde el interior se repitieron a través de una de las ventanas de la escalera y, por un breve momento, distinguió una cabeza blanca que se retiraba en seguida.

Comprendió de qué se trataba, porque el espectáculo no era una novedad. De vez en cuando, había viejos que se resistían al internamiento y defendían a tiros su libertad si conseguían, de una manera u otra, hacerse con un arma. Ahora, alguien repetía la jugada.

Uno de los policías, apostado detrás de un coche, gritó al tirador que se rindiera, pero el hombre, por toda respuesta, disparó de nuevo, y con tanto acierto, como no se tratara de una casualidad, que el megáfono quedó partido por la mitad. Sin esperar órdenes, los agentes cosieron a balazos la

fachada. Sin embargo, no lo tocaron, porque brotó de la casa otro fogonazo, desde la ventana situada debajo de la anterior. Era evidente que el hombre iba bajando.

Hubo una pausa y el mismo policía, con otro megáfono que le entregaron, invitó por segunda vez al anciano a entregarse, pero nadie contestó desde el interior, ni tampoco respondió ninguna arma. ¿Lo habrían herido?

Los agentes miraban a su oficial, como si esperasen la orden de avanzar al descubierto, y la gente, desde el refugio de los portales, alargaba el cuello para no perderse detalle del inminente asalto. Pero no lo hubo.

Súbitamente, el hombre apareció en el umbral de la puerta de entrada, con el fusil en las manos, alzado y a punto de disparar. Y él, boquiabierto y con el corazón lanzado al galope, se vio tal como era sesenta y ocho años antes, cuando estaba próximo a los ochenta, y por un instante le rondó por la cabeza la idea de que se había producido un desdoblamiento. Después, como un rayo, estalló en él la verdad: ¡era su nieto! Su nieto que, ya viejo, prefería morir en la calle antes que ingresar en un asilo donde lo liquidarían. Porque aquello era un suicidio.

Los disparos sofocaron su voz cuando, sin reflexionar, abandonó la protección de la pared y echó a correr hacia la casa mientras gritaba:

–¡Darc, Darc!

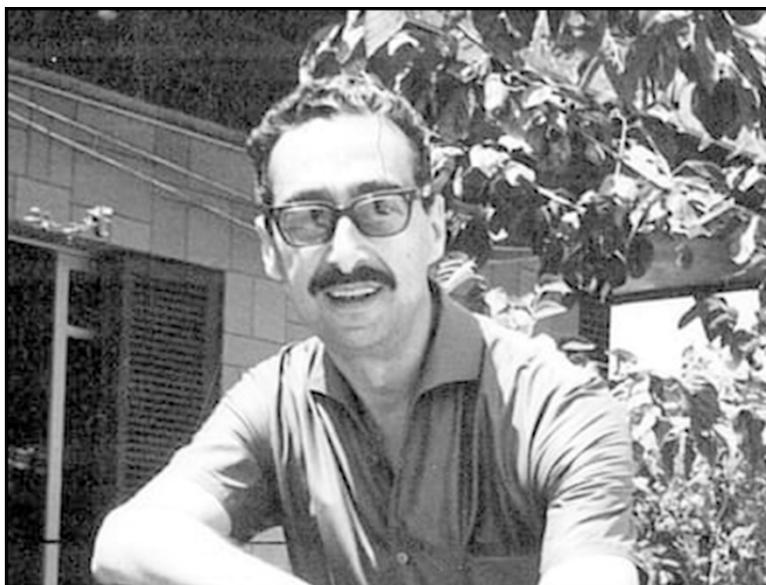
El anciano, alcanzado por la descarga, ya vacilaba, caía y el arma se le escapaba de las manos, pero todavía estaba vivo al llegar a su lado y precipitarse sobre él como empujado por la bala que le agujereaba la espalda. Una rasgadura brutal le cortó la respiración, pero los dedos tuvieron fuerza suficiente para tocar la cara barbuda, a dos palmos de la suya.

–Darc...

El hombre, que había cerrado los ojos en el momento de caer, los abrió, le miró con una expresión distante, desinteresada, de persona que ha renunciado a todo, pero cuando él repitió el nombre, la mirada se aclaró un poco, permaneció unos segundos como en suspensión, concentrado en algo, tal vez en la imagen del niño que él había sido a los diez años, acaso en la de una fotografía contemplada cien veces en un álbum familiar, y entonces los ojos rieron y un brazo se alzó, con esfuerzo, hacia la espalda de él mientras los labios murmuraban:

–¿Eres tú, abuelo?

Él sólo pudo asentir con la cabeza, feliz por aquel encuentro y por aquella muerte que no le dio tiempo para completar el ademán con la palabra.



ACERCA DEL AUTOR

MANUEL DE PEDROLO MOLINA (L'Aranyó, Els Plans de Sió, Lérida, 1918 – Barcelona, 1990). Fue un escritor español en lengua catalana. Su obra ha sido traducida a más de veinte idiomas.

Pasó su infancia y la adolescencia en Tárrega, y en 1935 se trasladó a Barcelona.

Durante la Guerra Civil Española se afilió a la CNT–FAI e hizo de maestro en la población de Fígols de les Mines. Perteneció a la rama de artillería del Ejército Popular

Republicano y estuvo en los frentes de Falset, Figueras, donde vio morir a su hermana Jacinta.

En 1949 publicó su primer libro, la obra *Ésser en el món* (*Ser en el mundo*), un poemario. De 1953 data su primera novela, *Es vessa una sang fàcil*. En 1954 obtuvo el premio Joanot Martorell, lo que consolidó su posición como uno de los valores más sólidos, a la vez que más prolífico, de la novelística catalana actual, y más tarde el premio Mercè Rodoreda de cuentos y narraciones por *Crèdits humans*.

Pedrolo ensayó toda suerte de innovaciones en sus novelas. Sea cual sea el tema, refleja un fuerte realismo, que aborda la aventura del hombre sujeto a su condición humana, con todas las contradicciones que eso implica. Practicó también en otros géneros, en especial el cuento y el teatro. Destaca por encima de todos su novela de ciencia-ficción el *Mecanoscrito del segundo origen*. También fue un escritor relevante de novela negra.

Su obra fue censurada durante décadas aduciendo los siguientes criterios: catalanismo, opiniones políticas, religión, moral sexual y lenguaje indecoroso.